

Pedro García Cabrera

---

# OBRA SELECTA

POESÍA (2)

EDITORIAL  *Verbum*

## OBRA SELECTA

### Pedro García Cabrera

Pedro García Cabrera (La Gomera, 1905-Tenerife, 1981) participa en el movimiento de renovación española de los años 20 y 30 desde las Islas Canarias. Colabora en las revistas de vanguardia *La Rosa de los Vientos* y *Gaceta de Arte*. Está entre los organizadores de la exposición internacional del surrealismo de 1935 en Santa Cruz de Tenerife y entre los firmantes del Manifiesto Surrealista junto a B. Peret y A. Breton. Es detenido en 1936 y vuelto a encarcelar en 1938.

Permanece en la cárcel hasta 1946. Su obra atraviesa el siglo xx y queda marcada por sus inquietudes y convulsiones. A su estela deja una producción llena de vitalidad que habla del amor, de la soledad, y de una naturaleza que enseña de forma permanente a la historia otra forma de existencia: una dimensión universal y solidaria de la condición humana.

*Verbum* ○ MAYOR

OBRA SELECTA

COLECCIÓN VERBUM MAYOR  
DIRIGIDA POR PEDRO AULLÓN DE HARO

La colección *Mayor* de Editorial Verbum se presenta como un proyecto singular y de fondo para la cultura hispánica mediante obras que detentan, por la razón que fuere, un valor emblemático o universal.

Se trata, bien de obras relevantes a menudo difícilmente accesibles, en ocasiones como redescubrimientos de un patrimonio intelectual que debe permanecer vivo y ejemplar, muy enriquecidas mediante estudios y documentación; bien de nuevas obras capaces de identificar un sentido de unidad o la visión de un todo en un momento del saber, de una materia o diversas, en fin, de una categorización importante del mundo del pensamiento o del arte.

El lugar de acción es la lengua española, pero regido siempre tanto por la liberalidad de espíritu como por una voluntad universalizadora.

Materialmente, *Verbum Mayor* ofrece obras de sobriedad elegante, a veces de gran extensión, pero de formato manejable, restituyendo con características modernas un estilo de edición netamente cultural y de vocación perenne casi olvidado en nuestra lengua.

PEDRO GARCÍA CABRERA

Obra selecta  
II

EDICIÓN DE  
NILO PALENZUELA  
RAFAEL FERNÁNDEZ HERNÁNDEZ

Poesía (2)

EDITORIAL  *Verbum*

ESTA OBRA HA SIDO PUBLICADA CON LA AYUDA DE LA  
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTES,  
LA VICECONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTES,  
LA DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA DEL GOBIERNO DE CANARIAS  
Y "CANARIAS CULTURA EN RED, S.A." CON MOTIVO DEL  
PRIMER CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE PEDRO GARCÍA CABRERA



**Gobierno de Canarias**  
Consejería de Educación,  
Cultura y Deportes



**Fundación**  
**PEDRO GARCÍA CABRERA**

© Derechos reservados a los  
Herederos de Pedro García Cabrera, 2005  
© Editorial Verbum, S.L., 2005  
Eguilaz, 6, 2.º Dcha. 28010 Madrid  
Apartado Postal 10.084, 28080 Madrid  
Teléfono: 91-446 88 41 - Fax: 91-594 45 59  
E-mail: verbum@telefonica.es  
I.S.B.N. Obra completa: 84-7962-328-4  
I.S.B.N. Volumen II: 84-7962-330-6  
Depósito Legal: M-21505-2005  
Diseño de la colección: Pérez Fabo  
Fotocomposición: Origen Gráfico, S.L.  
Printed in Spain/Impreso en España por  
Tecnología Gráfica

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

# ÍNDICE

## DÍA DE ALONDRAS (1951)

7 ALONDRAS EN EL JARDÍN	
Alondra del amor a la vista.....	19
Alondra de la muerte pequeñita .....	20
Alondra de la niña distraída .....	21
Alondra de la vaquita de humedad .....	22
Alondra de la camelia burlada.....	23
Alondra de las dos orillas .....	23
Alondra de las letras castigadas.....	24
7 ALONDRAS EN EL BOSQUE	
Alondra de la fuente enamorada.....	27
Alondra de la tela de araña .....	27
Alondra del bosque resentido.....	29
Alondra de los mirlos sobre la nieve.....	30
Alondra de la niña traviesa.....	32
Alondra de la tarde perdida.....	33
Alondra de la hojita verde en el río .....	34
7 ALONDRAS EN LA ORILLA DEL MAR	
Alondra del llanto de golondrina.....	36
Alondra del faro huido.....	37
Alondra del caballito de mar .....	38
Alondra de la conchita en la arena.....	39
Alondra de la buenaventura .....	40
Alondra de la estrella de mar varada.....	41
Alondra de la tarde besada .....	42
7 ALONDRAS EN LA ALCOBA	
Alondra de la rosa y el reloj.....	44
Alondra de los dos gatos .....	44
Alondra del niño trasnochador .....	46
Alondra del grillo telegrafista .....	47
Alondra del muchacho albañil .....	48

Alondra del sueño de ausencia.....	49
Alondra de la aguja perdida.....	50

## 7 ALONDRAS EN EL CAMPO

Alondra del mirlo y ciruelo en flor.....	51
Alondra de la amapola raptada .....	52
Alondra del júbilo .....	54
Alondra de la manzana y el ruiseñor.....	55
Alondra del viento del oeste .....	56
Alondra de la hierbabuena herida .....	57
Alondra de la retama blanca.....	58

## 7 ALONDRAS EN LA AZOTEA

Alondra del palomo tonto .....	62
Alondra de la nube de langosta .....	63
Alondra de la nubecilla mimosa .....	64
Alondra del loro aventurero .....	66
Alondra del verde amor .....	67
Alondra de la escalera rota .....	67
Alondra del avión en vuelo .....	68

## 7 ALONDRAS EN LA CIUDAD

Alondra del caballito de circo.....	70
Alondra del marinero embriagado.....	71
Alondra del galgo campeón.....	72
Alondra de la noche de cine .....	73
Alondra de la niña disfrazada .....	74
Alondra del viento enamorado.....	76
Alondra del niño extraviado .....	76

## LA ESPERANZA ME MANTIENE [1959]

<i>EL POETA METE LA MANO EN EL AGUA</i> .....	83
En la mar vuelvo a nacerme .....	86
A la mar fui por mi voz .....	88
A la mar fui por mis amigos ahogados.....	89
A la mar fui por la paz .....	92
A la mar fui por mi infancia .....	93
A la mar fui por un hijo.....	95
A la mar fui por la libertad.....	97

A la mar fui por mi sueño .....	100
A la mar fui por mi patria.....	101
A la mar fui por las islas.....	103
A la mar voy todavía.....	106
Soliloquio de la mar .....	106

### ENTRE CUATRO PAREDES [1968]

<i>PRELIMINAR</i> .....	113
-------------------------	-----

#### I ESTE HOGAR EN QUE VIVO

Compañera te doy .....	115
A la derecha, entrando.....	116
Casa de alquiler .....	117
Aniversario .....	118
Media naranja.....	119
Nuevo hogar de una concha.....	120
Adoración a Hugo, rey .....	121
Ani .....	123
Elegía de un banco.....	124
La escoba.....	125
Voces de servidumbre .....	127
Compañera ausente .....	128
Mis sellos, los desaparecidos .....	129
Casa de Tacoronte .....	131
Pesadilla .....	132

#### II TIEMPO DE VACACIONES

A orillas del mar.....	135
A la vera del bosque.....	136

#### III EL HOGAR EN VOLANDAS

Mensaje al español peregrino .....	139
Carta a José Domingo.....	140
Ha llegado tu carta.....	141
Me visita tu ausencia.....	142
Testimonio .....	144

### VUELTA A LA ISLA [1968]

<i>PRELIMINAR</i> .....	147
Nana de una isla .....	148

Canto a Santa Cruz.....	148
La Laguna.....	150
La Esperanza.....	152
Tegueste.....	154
Tacoronte.....	155
El Sauzal.....	157
La Matanza.....	158
La Victoria.....	161
Santa Úrsula.....	162
La Orotava.....	164
Puerto de la Cruz.....	166
Los Realejos.....	168
La Guancha.....	170
San Juan de la Rambla.....	171
Icod de los Vinos.....	173
Garachico.....	175
Los Silos.....	177
Buenavista.....	179
El Tanque.....	182
Santiago del Teide.....	183
Guía de Isora.....	185
Adeje.....	187
Arona (Los Cristianos, Valle de Arona).....	189
San Miguel.....	191
Vilaflor.....	194
Hierro.....	195
Gomera.....	197
La Palma.....	199
Lanzarote.....	201
Fuerteventura.....	203
Gran Canaria.....	204
Granadilla.....	206
Arico.....	208
Fasnia.....	210
Güímar.....	212
Arafo.....	214
Candelaria.....	215
Santa Cruz.....	217

## HORA PUNTA DEL HOMBRE [1970]

## LOS ROBOTS DAN LA CARA

Noche de muerte.....	225
Noche de tristeza.....	225
Noche de exterminio.....	226
Noche de absurdos.....	227
Noche de demagogia.....	228
Noche de perros.....	228
Noche de ira.....	229
Noche de ánimas.....	230
El alba urge.....	231

## PRIMER PLAN DE SOLEDADES

Respuesta del campesino.....	233
Respuesta del pescador.....	234
Respuesta del estudiante.....	235
Respuesta de los otros.....	236
Respuesta del poeta.....	238

## LAS ISLAS EN QUE VIVO [1971]

PRELIMINAR.....	243
<i>Este charco, este pañuelo de agua.....</i>	244
<i>No sé si es criminal que yo escriba un poema.....</i>	244
<i>Pisar por vez primera estos callaos.....</i>	245
<i>Hombre soy de las islas.....</i>	246
<i>Aún no sé si la distancia es llanto.....</i>	247
<i>Frente a la mar, cigarro tras cigarro.....</i>	247
<i>Casi nunca la mar en esta costa.....</i>	248
<i>No sé si hoy las olas son distintas.....</i>	248
<i>Tengo un amigo marinero.....</i>	249
<i>Un brote de la mar ha llegado a mis pies.....</i>	249
<i>Se ha agachado la brisa y hoy cosechas de espumas.....</i>	250
<i>Hoy es la muerte de una mariposa.....</i>	251
<i>Viene la mar subiendo. Menos isla.....</i>	251
<i>Mientras escucho fondo y penumbras.....</i>	252
<i>Un día habrá una isla.....</i>	253
<i>El tiempo de la mar.....</i>	253
<i>También la noche cuenta en una isla.....</i>	253
<i>A este viejo marino.....</i>	255

<i>La barca allá, a lo lejos</i> .....	256
<i>No es necesario que a la mar tú vengas</i> .....	257
<i>Hay familias que vienen de los altos</i> .....	258
<i>Tiempo falta a la mar para entenderse</i> .....	259
<i>Hoy vengo a ti a buscar la dula de alegría</i> .....	259
<i>Estoy en las salinas</i> .....	261
<i>Fue una noche de tantas</i> .....	261
<i>Todo iba hoy despacio</i> .....	262

### ELEGÍAS MUERTAS DE HAMBRE [1975]

La mesa está servida .....	265
Elegía del frijol .....	266
Elegía del arroz .....	267
Elegía de la lenteja .....	268
Elegía del trigo .....	271
Elegía del garbanzo .....	273
Elegía de la judía .....	276
Elegía del maíz .....	277
Elegía de la arveja .....	279
Elegía del mijo .....	280
Elegía del haba .....	282

### OJOS QUE NO VEN [1977]

Polución .....	287
Reunión en la cumbre .....	288
Choque en cadena .....	289
Ordenadores electrónicos .....	289
Soliloquio a un poeta .....	290
Juguemos al ping pong .....	291
Datos para un informe .....	292
Invasión de caimanes .....	292
Triunfalismo .....	293
El fantasma de la esperanza .....	294
Secretaría de consumo .....	295
Hegemonía de artilugios .....	296
El mayor desatino .....	297
Cartas explosivas .....	299
Tecnología de muerte .....	299
La cesta de la compra .....	300

Nuevo feudalismo.....	301
La próxima olimpiada.....	302
Parientes ontológicos.....	302
Islas del despertar.....	303
Fiebre de desarrollo.....	304
Ring de las panaceas.....	305
Piedras de democracia.....	305

#### HACIA LA LIBERTAD [1978]

Los invencibles.....	309
En la tierra de nadie.....	309
Daban vueltas y vueltas.....	310
Dondequiera.....	310
Ballet de esperanzas.....	311
Sálvese quien pueda.....	311
Amnistía.....	312
A voz en cuello.....	313
Silencios a la espalda.....	314
El último inquilino.....	314

# DÍA DE ALONDRAS

[1951]

*A Matilde Torres Marchal,  
compañera de los más bellos días*

*7 ALONDRAS EN EL JARDÍN*

## ALONDRA DEL AMOR A LA VISTA

Córtame una rosa blanca  
del corazón de la luna.  
—Antes tengo que afilar  
mi cuchillo en tu cintura.  
—Entonces, la que desciende  
en los dedos de la lluvia.  
—Se llenaría al instante  
de aguas que no son las tuyas  
la dulce alberca de mármol  
de tus espaldas desnudas.  
—¿Y aquella otra que exalta  
las doce de la blancura?  
—Enfrentarías tus senos  
como pájaros en pugna  
disputándose un silencio  
de soledades maduras.  
—¿Y la que está más distante,  
esa que no vemos nunca?  
—La verás cuando te llene  
la alondra de la ternura  
de madrigales de abejas  
y redondeces de fruta.  
—Tu voz, tu voz me ha dejado  
toda la sangre en penumbra.  
—Así son las rosas blancas  
del corazón de la luna.

## ALONDRA DE LA MUERTE PEQUEÑITA

*a Federico Sarmiento*

¡Ay, tiempo de mariposa,  
rúbrica de brisa y pluma!  
¿En qué granito de arena  
se enredó tu hora oscura?  
¿Qué alarido de cristales  
dobló tus alas en punta?  
Besos de geometría  
sincopaban tus espumas,  
resolviendo el crucigrama  
al sesgo de tu blancura,  
¡Cómo lloraron violetas,  
ángeles y niñas rubias  
tu muerte cortada verde  
de un vuelo de semifusas!  
Una muerte pequeña,  
muerte de hojita de luna,  
de papel de celuloide  
o de zarcillo de lluvia.  
¿En qué trocito del aire  
se desanudó tu fuga?  
¿Bajo qué ritmo de nieve  
tu descanso se dibuja?  
Nadie le ha visto la cara  
a esa muerte, leve y tuya,  
que es una gota de escarcha  
limpia de sombra y angustia.  
¡Ay, mariposa del alma,  
zigzás de brisa y espuma;  
que mi silencio te entierre  
en una hojita de luna!

## ALONDRA DE LA NIÑA DISTRAÍDA

Que sí, que sí te lo di.  
Estaban, niña, delante  
la rosa y el alelí.  
Puedes también preguntarle  
a la espiga de la fuente  
y al girasol de la tarde.  
¡Qué extraño que no recuerdes  
que te lo puse en el dedo,  
sentaditos en el césped!  
Yo, en cambio, sí que me acuerdo.  
La noche anterior habías  
tenido un hermoso sueño:  
paseabas por la pista  
del anillo de Saturno,  
dulce como una sonrisa.  
Oyéndote, se nos puso  
la boca de caramelo,  
pero a mí más que a ninguno.  
Y todavía te veo  
con la melena dorada  
llameando sobre el hielo.  
Debías estar tan blanca  
como una fría azucena.  
Tú no te acuerdas de nada:  
ni de anillos, ni pulseras,  
ni del collar de marfil:  
tienes memoria de arena.  
La rosa y el alelí  
sí que se acuerdan de todo,  
hasta el beso que te di  
de puntillas en tus ojos.  
Y, aunque te niegues, lo vieron,  
aunque sin decirlo a nadie,  
el nomeolvides del cielo  
y el girasol de la tarde.

## ALONDRA DE LA VAQUITA DE HUMEDAD

Vaquita, puedes cruzar  
sin temor ninguno el patio,  
que el día está muy azul  
y el jilguero enamorado.  
No necesitas correr,  
que hoy todo va muy despacio:  
las palabras y las nubes,  
los relojes y los pájaros.  
No me muevas las patitas  
todas a un tiempo, que acaso  
quiera el caracol ponerse  
a pasear a tu lado.  
Te vas a cansar muy pronto  
si sigues con ese paso  
de estambres de siempreviva  
y de pistones delgados.  
Mas si te cansas —pues cruzas  
el suelo por lo más largo—,  
puedes fingirte sin riesgo  
perdigón abandonado;  
que hoy se dejó la escopeta  
en su casa el niño malo  
y solamente ha venido  
con su ancha sonrisa en alto.  
Sólo tienes que tener  
cuidado con ese charco,  
que sus aguas no navegan  
hojitas verdes ni barcos.  
Y después, puedes seguir  
midiendo segura el patio;  
y al final ya me dirás  
si no has estado pensando  
que el día está muy azul  
y el jilguero enamorado.

## ALONDRA DE LA CAMELIA BURLADA

Aunque me digas que no,  
yo sé que estás esperando  
la cita del ruiseñor.  
Tus fríos pétalos blancos,  
tu sonrisa, tu silencio,  
todo te está delatando.  
Si amor no aleja tu sueño,  
¿a qué, entonces, te mantienes  
despierta como un lucero?  
Es inútil que lo niegues.  
¡Y cuánto se burlarían,  
si se enteran, los claveles,  
de que andas loca perdida  
por la abierta madrugada!  
Ya ni las lluvias de abril  
podrían lavar tu falta.  
¡Y cómo verte me apena,  
tan voz de llanto y escarcha,  
contemplando las estrellas!  
Pero te queda un remedio:  
entrar de madre abadesa  
en un florido convento.

## ALONDRA DE LAS DOS ORILLAS

Al saltar la soga  
de derecha a izquierda,  
cantaban las niñas  
su gozo de estrellas.  
«Dejo en este lado  
la orilla desierta  
y en la otra me encuentro  
un reloj de arena.  
Salta mi alegría,  
no saltan mis piernas,

que mi corazón  
 lo llevo a la izquierda».  
 Y al saltar la soga  
 de izquierda a derecha,  
 cantaban las niñas  
 su llanto de estrellas.  
 «Dejo en este lado  
 mi alegría abierta,  
 mi rojo lucero,  
 la flor de mis venas.  
 No salta mi gozo,  
 que saltan mis piernas,  
 pues mi corazón  
 lo dejé a la izquierda».  
 Y así transcurría  
 de derecha a izquierda  
 la voz de la tarde  
 de izquierda a derecha.

#### ALONDRA DE LAS LETRAS CASTIGADAS

*a María del Carmen Salido*

Una tarde se escaparon  
 del colegio cinco letras,  
 las cinco letras vocales,  
 risas y llantos de seda.  
 Se pusieron a jugar  
 en el jardín de la escuela  
 y jugaron a los novios,  
 con las flores por parejas.  
 La «a» le dio el corazón  
 a un fino croto gris perla.  
 Se puso la «e» a reñir  
 con un dondiego cualquiera.  
 La «o» le ciñó los brazos  
 a un gladiolo de maceta.

Y la «i» se divertía  
con una sosa camelia.  
Porque asustaba a las flores,  
la «u» se quedó soltera.  
En esto, salió a buscarlas  
—ira y puños— la maestra.  
Sus labios eran tan rojos  
y tan espesas las cejas,  
que las flores se quedaron  
más pálidas que la cera.  
La «i» fue vista y no vista,  
y, sin poner mano en ella,  
de un brinco, subióse al agua  
del surtidor de la escuela.  
Y era, subida en lo alto,  
burla de cristal su lengua.  
La «o» se escondió en el vientre  
de una pera sanjuanera  
predestinada a sufrir  
dentelladas de merienda.  
La «e», ovillada en el suelo,  
se hizo la ovejita muerta.  
La «u» levantó los brazos  
desnudos de la clemencia.  
Las florecillas del patio  
se quedaron boquiabiertas  
al ver cómo castigaban  
a sus amigas las letras.  
No comprendían ni jota  
de lo que allí sucediera:  
los claveles eran mudos,  
las rosas, analfabetas.  
A todas las fue poniendo  
de rodillas la maestra,  
con los brazos extendidos  
y una cesta en la cabeza.

La sonrisa de la «a»  
llegaba de oreja a oreja.  
Y, guiñando picardías,  
la «i» sacaba la lengua,  
rayando en el mapamundi  
los senos de la maestra.

## 7 ALONDRAS EN EL BOSQUE

### ALONDRA DE LA FUENTE ENAMORADA

Perdida en medio del bosque,  
la fuente tenía miedo  
de que un día se ahogase  
de frío verde y silencio.  
Quince lunas de obsesiones  
encandilaban su pecho,  
quince luneras de agua  
desangrando quince espejos.  
Tenía sed de ola presa,  
sed de obelisco y lucero,  
la blanca sed de una corza  
desnuda dentro de un sueño.  
Cúpulas de soledades  
y helados de vidrios sin besos  
ahondaron su garganta  
hasta el talón de los hielos.  
Los párpados de la orilla  
siempre esperaban abiertos  
que una mano les cortase  
pestañas de lirios tiernos.  
Y un día la fuente vio  
claro el fondo de su pecho  
y se sintió enamorada  
del ruiseñor del silencio.

### ALONDRA DE LA TELA DE LA ARAÑA

*a Josefina y Antonio*

Ten cuidado, ruiseñor,  
no vuelas por esa rama,  
que está tejiendo su tela

la alegría de la araña.  
Se levantó muy temprano  
porque el buen tiempo le hablaba  
con unos labios que nadie  
sabe aún dónde los guarda.  
Y sus patitas de hilera,  
por el rocío soldadas,  
garabatean los hilos  
de un sueño que no se alcanza.  
Pero ella lo está tejiendo  
con hebritas arrancadas  
de los ovillos del viento  
y las madejas del agua.  
Ten cuidado, ruiseñor,  
no le rompas con tus alas  
sus diamantes de hilandera  
y sus tisúes de plata.  
Que te bordará un pañuelo  
de tan finísima trama,  
que hasta podría servir  
de velo a una rosa blanca.  
Mira con qué ingeniería  
el aire dormido labra  
y cómo tiende sus puentes  
colgantes en la enramada.  
Que es muy fea, ya lo sé,  
ruiseñor; pero trabaja  
tan al fondo de un espejo,  
que no puede ver su cara.  
No la piques, ruiseñor,  
que desde el trino del alba  
desborda dulce alegría  
el corazón de la araña.  
Y te bordará un pañuelo  
con ramos de noches blancas.

## ALONDRA DEL BOSQUE RESENTIDO

*a Javier Casais*

Anoche, el bosque, al dormirse,  
se dejó por fuera un árbol,  
y en uno de sus esguinces  
el viento lo hizo pedazos.  
Soñaba mientras dormía  
de que un león del espacio  
hacía trizas las verdes  
pulsaciones de sus gajos.  
Y esta mañana, el rocío  
—lente y mejilla del llanto—  
le suelda muertos charoles  
con sus gotitas de estaño.  
Sin cuerda ni lazo al cuello  
las ramas se han ahorcado,  
y en sus vencidos atriles,  
con la cabeza hacia abajo,  
muestran los nidos su boca  
de cántaros derramados.  
El viento, suelto en la noche,  
hiere sin piedra ni palo.  
Y el bosque siente la ofensa  
de su firme y blanca mano.  
Zagal, que bajo lo verde  
apacientas el ganado,  
no te vayas a beber  
el agua de los regatos,  
que por su vena más honda  
late una obsesión de agravios  
y ha puesto cepos al viento  
en el cristal de los charcos.  
No abreves sus aguas rotas,  
que la escarcha se ha prestado  
a llenar los arroyuelos

de agudos vidrios descalzos  
 y la víbora del frío  
 te mordería los labios.  
 ¡Qué madera de sollozos,  
 y cuántos nudos de llantos,  
 y qué silencio de axilas  
 en los musgos de sus brazos!  
 Déjalo llorar a solas,  
 aléjale tus rebaños,  
 que anoche el bosque ha perdido  
 el violoncelo de un árbol.

#### ALONDRA DE LOS MIRLOS SOBRE LA NIEVE

En el más nevado brezo  
 que han visto cielos y tierra  
 están jugando unos mirlos,  
 jugando a siminisierra.  
 Y dijo el mirlo, que tiene  
 fríos el pico y la frente  
 de mirar tanto el espejo  
 de las aguas de la fuente:  
     Vena del bosque,  
     charol del día,  
     ¿qué manda, manda,  
     su mirlería?  
 Pues mi mirlería manda  
 —y el mando no tiene espera—  
 que al atardecer me traigas  
 la luna cascabelera.  
 Y se alejó del pajarillo  
 pensando con desconsuelo:  
 ¡Cómo podré ver la luna,  
 si la nieve llena el cielo!  
 Y dijo el mirlo más negro,  
 aquel que llora en sus plumas

un dolor de noche antigua  
y una nostalgia de espumas:  
    Ojo del bosque,  
    flecha del día,  
    ¿qué manda, manda,  
    su mirlería?

Pues mi mirlería manda  
—y el mando siempre me apena—  
que me traigas de la mar  
el beso de una sirena.  
Y se marchó monte abajo  
hacia la playa remota,  
pensando: ¡Tal vez me ayude  
a buscarlo una gaviota!

Y se acercó el más lancero,  
aquel que en el pecho siente  
brotar la espiga del trino  
y la alegría naciente:  
    Blonda del bosque,  
    labio del día,  
    ¿qué manda, manda,  
    su mirlería?

Pues mi mirlería manda  
—y el mando es juego fugaz—  
que me traigas un latido  
del corazón de la paz.

Los tres mirlos fueron tres  
flechas de mala fortuna:  
el que fue al cielo, clavóse  
en el rostro de la luna;  
el que a la mar, en el iris  
de una fina concha breve,  
y aquel que buscó la paz,  
en la espalda de la nieve.

    Llanto del bosque,

pena del día;  
héroes tiene  
la mirlería.

### ALONDRA DE LA NIÑA TRAVIESA

En una fuente del bosque  
está una niña encerrada  
llorando a lágrima viva  
arroyos de lunas blancas.  
La fuente, por dentro, es  
como una lisa cabaña  
con el tejado de vidrio  
y las paredes de agua.  
La niña que llora en ella  
tiene la carne empapada  
de un blanco dolor de lluvia  
y transparentes escarchas.  
De tanto frío en los ojos  
y tanta nieve el alma  
se han puesto los cabellos  
como la flor de la caña.  
Y es tan armiño su llanto,  
tan honda su pena blanca,  
que se han quedado ateridos  
los frescos lirios del alba.  
Nadie sabría, mirando  
los cristales de su cara,  
dónde termina su rostro  
ni dónde comienza el agua.  
Y todo fue porque quiso  
coger en la madrugada  
una estrellita desnuda  
que en la fuente se bañaba.  
Resbaló en la luna verde  
y se quedó aprisionada

en la mazmorra de azogue  
de los sótanos del agua.  
Y está esperando a que vengan  
los sauces a libertarla.

#### ALONDRA DE LA TARDE PERDIDA

Tarde perdida en el bosque,  
busca de prisa el camino,  
que no te coja la noche.  
Súbete al árbol más alto  
y mira si el sol ya rompe  
sobre la piedra del agua  
su cacerola de cobre.  
No te detengas oyendo  
el lenguaje de las flores,  
que en el vientre de la sombra  
se amamantan los terrores  
y el blanco diente del miedo  
muerde en oscuros relojes.  
Oros ya heridos de muerte  
multiplicaban sus voces  
por manantiales de nubes  
y por jirafas de torres.  
¡Oh, tarde, apenas viviendo  
en el eco de tu nombre!  
¡Ay, Caperucita Roja,  
tus lirios de carne ponen  
colmillos más afilados  
al negro lobo del monte!  
No te detengas más tiempo  
extraviada de ilusiones,  
que ya la red del silencio  
va recogiendo montones  
de lentos pájaros grises  
y anchas caderas de bronce.

No te quedes, verde y sola,  
en el corazón del bosque,  
que ni la luna sabría  
en dónde se encuentra, en dónde,  
la cabaña de rubíes  
en que habita tu horizonte.  
¡Ay, tarde que te has perdido  
como una corza en el bosque:  
huye en las últimas luces,  
que no te coja la noche!

### ALONDRA DE LA HOJITA VERDE EN EL RÍO

*a Angustias y Pepe*

Caracol de la rama,  
voz de lo verde,  
por las aguas abajo  
se van tus sienes.  
Trábalas de un remanso  
de la corriente,  
que hasta amarga en los mares  
la dulce nieve.  
Date prisa, lucero,  
que si te duermes  
no encontrarás al alba  
tus cascabeles.  
Corazón de las aguas,  
ramos de fuentes,  
dejadme las luneras  
que hay en mis sienes.  
Una ovejita blanca  
como la nieve  
moriría de pena  
si no me vieses.  
Caminito del agua,  
anda y detente,

que en los mares se ahogan  
los sueños verdes.  
No me llevéis más lejos  
por la corriente,  
que es el día muy corto  
y el paso, breve.  
Déjame en la ramita  
que cuelga enfrente,  
prendidita en los juncos  
con alfileres.  
No me beses tan hondo,  
boca de mieles,  
capullito del agua,  
luz de mi frente.  
Que si me paso toda  
la tarde ausente,  
murmurarán las otras  
ramitas verdes.

## 7 ALONDRAS EN LA ORILLA DEL MAR

## ALONDRA DEL LLANTO DE GOLONDRINA

*a Mme. y M. Frenette*

Porque volar no podía,  
a la orillita del mar  
lloraba una golondrina.  
Tenía una pata rota  
y el ala derecha herida.  
De madrugada partieron  
todas sus demás amigas  
y ella se quedó en la playa  
sin navegar la alta brisa,  
hongo de la soledad  
crucificado de espinas.  
Le están doliendo en las alas  
las azules lejanías,  
las frescas islas del mar  
y las montañas nativas.  
Ya nunca volverá a ver  
el campanil de la ermita,  
las cataratas del Nilo  
ni las ciudades de arcilla.  
Adiós, los cálidos nidos  
en los muslos de las vigas.  
Adiós, arena del mar  
y aires verdes de las islas.  
Ya arrastraré para siempre  
mi oscura flor de marisma,  
mi dolor de vuelos rotos,  
picoteando vigiliás,  
y los negros tulipanes  
abiertos de mi agonía.  
Además, vendrá el otoño

espoleando la prisa.  
El otoño, con sus manos  
pianísimamente frías,  
con telarañas de niebla  
y lágrimas amarillas.  
¡Y tendré la pata rota  
y el ala derecha herida!  
Así, a la orilla del mar,  
lloraba una golondrina.

### ALONDRA DEL FARO HUIDO

*a Carmen y Arozena*

Te estoy aguardando aquí,  
faro, madura manzana,  
que vas pasando a cuchillo  
las lejanías cerradas.  
Te estoy aguardando aquí,  
junto a la orilla del agua,  
y tú te marchas muy lejos  
por calles alborotadas.  
Es aquí donde yo aguardo,  
a la sombra de la playa,  
el ruseñor de destellos  
de tus noches despertadas.  
Que es aquí, en la tierra dulce,  
y no en las olas amargas,  
donde descubre mi novia  
sus vertientes de albahaca.  
Si no te fueras tan lejos  
y acercases tus miradas,  
verías qué ola tan dulce  
de mármol son sus espaldas  
y cómo baten dos mares  
la arena de sus pestañas.  
¡Ay, faro: si tú la vieras

entrar desnuda en el agua,  
no registrarías tantos  
horizontes ni distancias;  
aquí, con todas tus luces,  
vendrías a recordarla!  
¡Ay, faro: si tú pudieras  
verla tendida en la playa,  
quedarías en la orilla  
como un pescador de caña!

#### ALONDRA DEL CABALLITO DE MAR

Tendido sobre la arena,  
un caballito de mar.  
Su fino cuello desnudo,  
¿a quién interrogará?  
Si es a tus ojos azules,  
no le dirán la verdad,  
ni tampoco las colinas  
que sobre tu pecho están.  
Si a la brisa le pregunta,  
la brisa responderá  
que se ha rasgado el vestido  
en las púas del rosal.  
La arena misma pregunta,  
muerta de curiosidad,  
qué diminuta sirena  
su lomo cabalgará.  
El niño del pelo largo  
decía en su soledad:  
¿podrá jugar en el agua  
al ajedrez con la sal?  
Y la niña no podía  
dejarse de preguntar:  
¿sabrán relinchar de amor  
los caballitos de mar?

## ALONDRA DE LA CONCHITA EN LA ARENA

Caracolita,  
caracola,  
como un hoyuelo  
de mi novia.  
Su voz de nácar  
me pregunta  
cómo es de fina  
su cintura.  
Díceme en baja  
voz de orilla  
si es en su frente  
blanco el día.  
Y su voz de aire  
me interroga  
si hay en sus sienes  
mariposas.  
Caracolita,  
caracola,  
como un hoyuelo  
de mi novia.  
Tiene de nácar  
la cintura,  
istmo de seda,  
flor de luna.  
Y tiene azules  
las pupilas,  
dulce la frente,  
blanco el día.  
Pero enanita  
caracola,  
no hay en sus sienes  
mariposas.  
En sus fulgores  
tú como ella:

luce el hoyuelo  
sin la perla.

### ALONDRA DE LA BUENAVENTURA

Dame, alga, tu mano verde,  
fiel amiga de la espuma,  
que quiero leer en ella  
del mar la buenaventura.  
De que estás enamorado  
no lo pone nadie en duda:  
ni las playas, ni las islas,  
ni los ojos de la lluvia.  
Ni tampoco los anillos  
de estelas que te circundan  
ni las corzas de la brisa  
corriendo sobre las dunas.  
La vena azul de las ansias  
late en tus sienas maduras.  
La sal siempre está tejiendo  
azahar para tus nupcias,  
ramos de estrellas el cielo,  
pieles de armiño la luna.  
Y los peces ya no pueden  
nadar tus aguas profundas  
sin sentirse ruiñeños  
de las submarinas grutas.  
Y más abajo, en el fondo  
de tus líquidas penumbras,  
un instinto de corales  
sueña gargantas desnudas.  
Las aves de tus dominios  
te vuelan lechos de pluma;  
te llevarán las del bosque  
epitalamios de frutas.  
(Aquí se corta del alga

la verde buenaventura.  
Pero yo puedo añadir  
—sin jactancia ni amargura—  
que si el mar se enamoró  
más de lo que estuvo nunca,  
fue porque mi dulce amiga  
mojó sus pies en la espuma.)

#### ALONDRA DE LA ESTRELLA DE MAR VARADA

He pasado entre corales  
y hombros azules mi infancia.  
Pero yo quiero quedarme  
para guiar a la playa  
por negros cielos de arena  
a las espumas del alba.  
Estrellitas de la noche  
siempre caminan de espaldas,  
cortan mentiras de lirios  
y a los que esperan engañan.  
No son de fiarles sueños,  
frentes, citas ni esperanzas.  
Estrellitas de la mar  
no tienen clavos de plata,  
pero sienten y padecen  
valles de espuma salada.  
Y mucho más, si se tiene  
redonda de amor el alma  
y se lleva el corazón  
florecido en la solapa.  
Quiero quedarme velando  
contra la arena estrellada,  
para que su vientre fino  
no arrastre la ola amarga.  
Que ésta es la noche más noche  
de cuantas se pierden playas.

Hay más estrellas que nunca,  
más vereditas de plata,  
más mentiras que otras noches,  
más lunas de hoja de lata.  
Yo me quedaré contigo.  
Si esta noche te dejara  
pisar el delgado hielo  
de las espumas del agua,  
caerías en tan hondos  
valles salados de lágrimas,  
que no podrías volver  
a tu arenita de playa.  
Que estrellitas de la mar  
ni tienen clavos de plata,  
ni siembran lirios de engaño,  
ni mienten fuera del agua.  
Y podéis fiarles sueños,  
frentes, citas y esperanzas.

#### ALONDRA DE LA TARDE BESADA

La niña sueña en el agua  
y el niño duerme en la arena.  
Ella, gacela de espumas.  
Él, cazador de la selva.  
El mar a la niña envuelve  
en lisos quimonos frescos.  
El sol, al niño, en la espalda,  
hunde botones de fuego.  
Las olas alzan en vilo  
un copo de tibia nieve  
y sienten latir la niña  
en las conchas de sus sienes.  
La negra playa se ahonda  
bajo un yunque de luceros  
y siente al niño latir

martillos de blando acero.  
La niña siguió nadando,  
el niño siguió durmiendo  
y el día cruzó las últimas  
estribaciones del cielo.  
Cuando la tarde redonda  
abrió su primera estrella,  
la niña salió del agua,  
el niño pisó la arena.  
Y en el límite difícil  
de la noche con el día  
los horizontes del beso  
unen al niño y la niña.  
Los dos hermanando luces  
con sombras de siempre y nunca:  
él, roca de su silencio;  
ella, flor de sus espumas.

## 7 ALONDRAS EN LA ALCOBA

### ALONDRA DE LA ROSA Y EL RELOJ

La rosa estaba enfrente  
del reloj de la cama.  
Uno a uno, sus blancos  
pétalos le contaba.

Isla de la blancura,  
con su talle en el agua,  
en su nido de mármol  
tus senos recordaba.

Abejas interiores  
le iban dando largas  
al rostro de minutos  
de su agonía blanca.

Dolor de nieve herida,  
el reloj patinaba.  
De tanto oír su muerte  
se fue quedando abstracta.

Y cuando ya la rosa  
era sombra y escarcha  
se hizo el reloj con ella  
una esfera de plata.

### ALONDRA DE LOS DOS GATOS

*a José Enrique Marrero Regalado*

El gato blanco asomóse  
a la luna del espejo  
y vio surgir otro gato  
de la arena del silencio.  
Se acercaron al cristal

despacio, como temiendo  
que su guillotina de aire  
fuera a partirlos por medio.  
Pisaban muy de puntillas  
y eran sus pasos tan lentos  
cual si calzasen babuchas  
de dormidos terciopelos.  
Frente a frente se miraron  
desde témpanos de hielo:  
atril el uno del otro,  
el uno del otro, asedio.  
Sugerían un paisaje  
de bambúes somnolientos  
esperando la embestida  
de unas zarpas en acecho.  
Quebrada línea en los bordes,  
vetas de azogue en el centro,  
marcaban sus grandes ojos  
los manómetros del miedo.  
Sus madejas de resortes  
en un instante se abrieron  
y los lomos enarcaron  
ágiles bielas de acero.  
Sólo sus albos bigotes  
permanecían serenos.  
Y eran los dos tan iguales  
en nombre, color y gestos,  
que el de adentro saltó fuera  
y el de fuera cayó dentro.  
Y ahora, yo ya no sé  
cuál es el gato que tengo:  
si es el que siempre he tenido  
o el del fondo del espejo.

## ALONDRA DEL NIÑO TRASNOCHADOR

*a Eliseo Jerez Véguero*

Acuesta tus ruiñeños,  
no salgas de noche, niño,  
que un cocodrilo de sombra  
amedrenta los caminos.  
Negras razones descalzas  
divagan pasos perdidos  
nutriendo todas las cosas  
de apetencias de infinito.  
La gota de agua se piensa  
un arco iris dormido,  
las caracolas, estrellas,  
y ojeras de amor, los lirios.  
Si tu sangre se contagia  
de tan abiertos delirios,  
tus manos se alargarán  
hasta los celestes nidos,  
desbordará el corazón  
como un búcaro de trinos  
y la sed de tus lagares  
no apagarán los racimos.  
Una íntima nostalgia  
llorarían tus vestidos  
como si ya le faltasen  
amapolas a los trigos.  
Y ya nunca te vendría  
justo al dedo el anillito.  
Acuesta tus ruiñeños,  
no salgas de noche, niño,  
que entre las sombras se evaden  
de la tierra los caminos.  
No pongas los pies en ellos,  
que te llevarán consigo  
y entonces ya no serás

más que rumor de ti mismo.  
Acuesta tus ruiseñores,  
deja la noche en su sitio,  
que los sueños son los sueños  
y otro sueño son los niños.

#### ALONDRA DEL GRILLO TELEGRAFISTA

Puestos los auriculares,  
emitiendo hechicerías,  
se pasó toda la noche  
un grillo telegrafista.  
Con su morse de «cricrís»  
radiaba lunas perdidas,  
catástrofes de relojes  
y cósmicas pesadillas.  
Cogió radios y más radios  
de estaciones submarinas,  
de oasis de los desiertos  
y estrellas a la deriva.  
Dos caracoles de mar,  
para hacer una tortilla,  
pidieron que les llevaran  
un paquete de sal fina.  
Una palma del Sahara  
llamaba a la policía  
porque dos monos salvajes  
las tamaras le comían.  
Un cometa de quince años  
solicitó una escofina  
para limarse las luces  
de sus blancas zapatillas.  
La noche se desangraba  
cruzada por mil espinas.  
Después le dio por coger  
redondos sueños de isla,

alisios de libertades  
y vuelos de golondrina.  
Resentíase la sombra  
de que un ecuador de pinzas  
le clavara en la cintura  
dientes de relojería.  
Su primavera de arpones  
incendiaba banderillas  
en el toro desmandado  
que del insomnio surgía.  
La sombra se lamentaba,  
pero el grillo proseguía  
radiando los puntos muertos  
de oscuras geometrías.  
Hasta que por la mañana,  
muy cerca de la cocina,  
se calló, negro de sueño,  
el grillo telegrafista.

### ALONDRA DEL MUCHACHO ALBAÑIL

*a África y Aristides*

En los ijares del aire,  
firmes, clavaba el andamio  
sus secas astas de bosque  
y sus patrullas de zancos.  
Yera tan veloz el gesto  
del maderamen alzado,  
como si por él corriese  
una jauría de galgos.  
Gacela de las alturas,  
el chico subió a lo alto.  
La fresca brisa del mar  
besaba sus ojos pardos.  
De pronto, cayó su cuerpo,  
con la cabeza hacia abajo,

en el fondo del espejo  
en que me estaba afeitando.  
Al ver gotear la sangre,  
creí que me había cortado.  
Pero el espejo se puso  
igual que un muro de blanco,  
blancas en él las paredes,  
blancos mis ojos cerrados.  
Su luna estaba tan fría  
como el invierno de un lago.  
Todo lo que había dentro,  
trajes, cortinas, muchacho,  
se quedó en su superficie  
rigurosamente helado.  
Su rostro de aire dormido  
he cubierto con un paño  
para que no aterrice  
su agua rígida mi cuarto.  
Y dicen negras esquelas  
que ha fallecido el muchacho  
que se cayó en el espejo  
en que me estaba afeitando.  
Llorad, cristales de todos  
los edificios más altos.  
Llorad por mi claro espejo,  
muerto en flor con un muchacho.

#### ALONDRA DEL SUEÑO DE AUSENCIA

*a Juan Sosa Suárez*

Y así preguntaba el niño:  
—¿Son muy grandes las estrellas?  
¿Las veré mucho mayores  
subiéndome a la azotea?  
Y se le iban las palabras  
por babeles de escaleras

altas, tan altas, que al hielo  
le daba frío el cogerlas.  
Y se le fueron las sienes  
igual que dulces cometas  
aire arriba, por los hilos  
blancos de la luna nueva.  
Y fue cerrando los ojos  
por lejanías abiertas.  
No le rindió el blando sueño.  
Quedó dormido de ausencia,  
porque se había clavado  
en la diana de una estrella.  
¡Quien la bese, besará  
sólo un capullo de seda!

#### ALONDRA DE LA AGUJA PERDIDA

*a D.ª Ignacia Oramas*

Entra, rayito de sol,  
vamos a buscar la aguja  
que la gallinita ciega  
de la sombra tiene oculta.  
La está esperando el dedal  
en el cesto de costura  
y el hilo negro y el blanco  
por su ojito me preguntan.  
Si registras el espejo  
muy al fondo no te hundas  
que el aire reposa en él  
con las espaldas desnudas  
y podría convertirse  
en vendaval si lo azuzas.  
A las ambiguas tijeras  
no las interrogues nunca,  
que viven siempre en el limbo  
de su indecisión de curvas

y los nortes de sus ojos  
niegan el sur de sus puntas.  
En ese rincón salvaje  
no metas tu mano rubia,  
que un cachorro de la noche  
tiene afiladas las uñas  
y tu hociquillo de miel  
se marchitará de angustia.  
El enamorado imán  
no te sacará de dudas  
porque desde hace unos días  
ha perdido su herradura.  
El pico de la cigüeña  
no creas que la simula,  
que él vino sólo a traer  
la niña que está en la cuna.  
Ni el ojal de mi solapa  
ni las luces la vislumbran.  
Ni tampoco la muñeca  
de los ojos de color de uva.  
Nadie ha podido encontrar  
su gran pestaña de lluvia.  
Y la gallinita ciega  
de la sombra, en la penumbra,  
dice al rayito de sol:  
cansado de tanta búsqueda:  
¡Si me das tu anillo de oro  
diré dónde está la aguja!

## 7 ALONDRAS EN EL CAMPO

## ALONDRA DEL MIRLO Y CIRUELO EN FLOR

*a Caridad Arévalo Mateos*

No me digas que te quiera,  
que ayer dijiste lo mismo  
al brezo y la madreSelva.  
Pierdes el tiempo conmigo:  
a mis estrellas de nieve  
no le hacen falta tus trinos.  
Y, aunque sin alas me quede,  
no encontrarás en mis brazos  
una rama que te espere.  
Sé lo que vienes buscado:  
lucir tu traje de noche  
sobre mis hombros nevados.  
No son, mirlo, tus canciones  
las que verán mi desnudo  
desabrochado de flores.  
Antes me quede sin fruto  
que inmolar mis risas blancas  
a pico tan inseguro.  
Sigue a mentir en volandas  
a otros árboles lejanos  
que crean en tus palabras.  
En mí no vengas buscando  
amor para un alto nido.  
Ni pretendas que te quiera,  
que ayer dijiste lo mismo  
al brezo y la madreSelva.

## ALONDRA DE LA AMAPOLA RAPTADA

*a Rosita y Domingo*

La señorita amapola,  
bajo sombrilla de estío,  
dormía siesta de laca  
junto al real del camino.  
Mientras, el viento tocaba  
el acordeón del trigo.  
Un pájaro muy lancero  
desde una rama le dijo:  
«Amapola, amapolita,  
¿te quieres casar conmigo?  
Y la flor se puso roja  
al oír tal desatino.  
El pájaro descubría,  
uno tras otro, sus trinos.  
La amapola se apretaba  
cada vez más el corpiño.  
Dulces abejas de sangre  
le zumbaban los pistilos  
y su rubor le impedía  
mirar de frente a los lirios.  
Viéndola de amor madura,  
todo su canto hecho filo,  
en un rapto de rubíes  
cortó la flor con el pico.  
Le vieron subir volando  
las altas nubes del frío  
con todos los pedernales  
del corazón encendidos.  
Nadie pudo saber nunca  
en qué lucero perdido  
posó su carga de amor  
el brillante pajarillo.  
El girasol de la tarde,

desde su raíz de vidrio,  
ve volar sobre los hombros  
de sus arcos amarillos  
el pájaro del recuerdo  
con la amapola en el pico.  
Y siempre que esto sucede,  
el viento, su buen amigo,  
hace sonar esmeraldas  
al acordeón del trigo.

#### ALONDRA DEL JÚBILO

Sosteniendo un horizonte  
de alambre sobre sus patas,  
el teléfono atraviesa  
el campo a grandes zancadas.  
Nada importa que el invierno  
suelte los bueyes del agua:  
él salta sobre los hombros  
mugientes de las barrancas.  
Ni le importa que a su encuentro  
linos de niebla le salgan  
escondiendo los caminos  
y equivocando distancias.  
Él aísla en cada paso  
un ojo de porcelana  
y allí donde pone el ojo  
deja clavada una zanca.  
Con sus botas de cien leguas  
deja siempre rezagadas  
las carreteras veloces  
que el viento lleva a la espalda.  
De lejos le vi cruzar,  
apenas naciendo el alba,  
adelantando su cuello,  
de gran insecto de plata.

Pasó silbando de gozo,  
más pies que nunca y más alas.  
Llevaba un amigo ausente  
en un azul telegrama.

#### ALONDRA DE LA MANZANA Y EL RUISEÑOR

En el camarín redondo  
de una verde manzanita,  
tres infantiles gusanos  
hablaban mientras comían:  
«Hemos elegido mal  
nuestra silvestre casita;  
tiene duras las paredes  
y la despensa vacía».  
Ellos aún ignoraban  
qué las verdes manzanitas  
—porque lo ha dispuesto así  
un dios a punto de almíbar—  
no ablandan su doncellez  
ni se ponen amarillas  
sino cuando un ruiсеñor  
de amores las solicita.  
Entonces nace en la fruta  
un cielo de golondrina,  
un ansia rubia de abejas  
y un caracol de sonrisas.  
Y su perfumado seno  
amanece cada día  
tan luna llena del alba  
como el de mujer encinta.  
La manzana, poco a poco,  
se fue poniendo encendida;  
se le otoñaba el color  
y unas alas le nacían.  
Y ya los tres gusanillos

en su gozo no cabían:  
«Nuestro refugio ya tiene  
un corazón de ambrosía,  
de tierna pulpa el silencio  
y de azúcar la vajilla».  
Y todo el secreto era  
—¡oh, qué rubor sin mejillas!—  
que se había enamorado  
del ruiñeñor de la ermita.  
Con sus trinos, en la sombra,  
su caracola se henchía  
de océanos de ternura  
y exactitudes de isla.  
Su blanco pecho de aromas  
los tres huéspedes mordían,  
que madurez de manzana  
oculta un áspid suicida.  
Y cada cual, en su rama  
de soledad, florecía:  
él, deshojando sus trinos,  
ella, dorando la brisa.  
Y así, de sueños nupciales,  
se fue quedando amarilla  
la redonda doncellez  
de mi dulce manzanita.

#### ALONDRA DEL VIENTO DEL OESTE

Saltó del agua oscura  
el viento del oeste.  
Fumaba su gran pipa  
de ráfagas celestes.  
El reloj de una isla,  
su naufragada frente;  
y un ramo de horizontes,  
su cintura de nieve.

Los árboles, al paso,  
en anchas copas verdes,  
le escanciaron cabriolas  
de mentas y grumetes.  
Le ofrecieron las playas  
un lecho de vaivenes,  
caracolas distantes  
y salobres claveles.  
Pero a todo negaba  
su gesto transparente.  
Un instinto de mares  
le latían las sienes.  
Y volvió al agua oscura  
sin jamás detenerse,  
ni volver la cabeza,  
ni entreabrir sus desdenes.  
Y se fue al agua oscura  
por sus pasos ausentes,  
como había venido,  
el viento del oeste.  
Desde la luna llena  
se vio su brazo alegre,  
del talle de la lluvia,  
en la noche perderse.

#### ALONDRA DE LA HIERBABUENA HERIDA

*a Paquita y Salvador*

Que corran pronto doctores,  
que no se tarden, que vengan,  
que una oruga le ha picado  
el tallo a mi hierbabuena  
y se me muere de olor  
de los pies a la cabeza.  
Ve y tráelos en volandas,  
aire de piernas ligeras

que te lo piden por mí  
la salvia y la madre selva.  
No le des tiempo a afeitarse  
ni a mirarse las muñecas  
a ver si el día ha salido  
por su reloj de pulsera.  
Que todas sus verdes hojas  
se están poniendo muy yertas  
y sus lamentos me están  
doliendo en todas las venas.  
Decidles que se ha prestado  
el incienso y la alhucema  
a una transfusión de aromas,  
si el caso lo requiriera.  
Decidles que vengan pronto  
a curar mi hierbabuena,  
que todo el campo está triste  
llorando a su mejor hierba.  
Que si se muere, este año  
no saldrá la primavera,  
ni se casará la alondra,  
ni celebrarán su fiesta  
los dragos y los arroyos,  
los lirios y las hogueras.  
Que corran pronto doctores,  
que no se tarden, que vengan,  
que ya sus hojitas verdes  
se están muriendo en mis venas.

### ALONDRA DE LA RETAMA BLANCA

*a D. Francisco Bonín*

Hay esta noche una fiesta  
en Las Cañadas del Teide.  
Y es que la retama blanca  
se va a casar muy en breve.

Su blanco traje de novia  
ha estado teje que teje,  
gota a gota, flor a flor,  
con un cariño de fuente.  
Nunca vio la primavera  
a unos brazos tan alegres  
batir tan honda ternura  
a punto de alma y de nieve.  
Ni vio nunca el mar tampoco  
estrellarse en las rompientes  
olas de su azul que fueran  
a la blancura tan fieles.  
Todas las flores amigas  
le han enviado sus presentes:  
los helechos, su abanico,  
la aulaga, su coselete  
y la retama amarilla  
las arras de oro fulgente.  
Fue muy dulce la violeta  
cuando se acercó, tan leve,  
y desde el suelo le dijo:  
«Soy tan cortita, que siempre  
quedaré mucho más baja  
de todo cuanto desee».  
Como están casi en las nubes  
afilando sus desdenes,  
no sé si le habrán enviado  
ya su obsequio los cipreses.  
Pero ella mira hacia adentro,  
como lo hacen las mujeres,  
y ve que un bosque le nace  
de cada ramita verde.  
¡Qué novia está la retama!  
¡Qué frente de abril su frente!  
Ya esta tarde, las abejas,  
después de libar sus mieles,

iban el aire bordando  
con más zigzás que otras veces.  
Y hasta los viejos peñascos,  
mastines de áspero diente,  
viendo a la retama en flor  
latirle alondras las sienes,  
en el rubí del recuerdo  
han vivido nuevamente  
su juventud de volcanes  
y su piafar de corceles.  
No necesita azahares  
porque de sobra los tiene,  
que el corazón de la espuma  
ha hecho en ella su albergue  
y el silencio le ha prendido  
su velo sin alfileres.  
Y mientras está esperando  
al novio que nunca viene,  
un pastor corta en la sombra  
su cuello de luna y nieve.  
Y le rompen sus armiños,  
y las ramas le retuercen,  
y descoyuntan sus hombros  
y arrastran por las pendientes.  
Pero como es voz de la isla  
y conducta de sus héroes,  
el cisne de sus aromas  
navega todo el ambiente  
y perfuma como el sándalo  
a las manos que la hieren.  
Ya están dormidas sus savias.  
Ya libarán para siempre  
en la flor de su agonía  
las abejas de la muerte.  
Sobre el lugar del martirio,  
la noche, a solas, se siente

verónica de la altura.  
Y en su paño azul celeste  
el rostro de la retama  
copia en estrellas mil veces.  
Que le hagan guardia de honor  
marineros y cadetes  
y que la sigan llorando  
mis amigos y las fuentes.

## 7 ALONDRAS EN LA AZOTEA

## ALONDRA DEL PALOMO TONTO

*a María del Carmen y José Curbelo*

El palomo no salía  
del tejado de la iglesia.  
No sabiendo amar palomas,  
arrullaba las veletas.  
Tenía las patas rojas  
y blanco el buche de seda;  
mas de nada le servía  
tan elegante librea.  
Se ponían coloradas  
las palomas ponederas  
porque se echaba en los nidos  
con arrumacos de hembra.  
¡Qué culpa tenía él  
de sus interiores nieblas!  
Un día se partió un ala  
porque quiso, en su ceguera,  
posarse en el silbo de humo  
de una negra chimenea.  
Andaba a pasos de oca  
a la hora de la siesta.  
Si picaba la albahaca,  
bebía sorbos de menta.  
Al divisarle, gritaban  
los chicos de las escuelas:  
«Ahí viene el palomo tonto».  
Y le llovían las piedras.  
Y se marchaba volando  
a palomarse en la iglesia.  
En un Domingo de Ramos  
lo encontraron dando vueltas,

loco de arrullos y alas,  
en torno a un panal de cera.  
Desde entonces, el palomo  
pasa las noches enteras  
con una flor en el pico  
haciendo sombras chinescas.  
¡Y hasta la veleta siente  
su flecha muerta de pena!

#### ALONDRA DE LA NUBE DE LANGOSTA

Ni molino de aire  
ni barco velero.  
Pero, cuando viaja,  
cubre todo el cielo.  
La langosta es verde  
como un aguacero.  
En sus ojos fríos,  
de aguas de luceros,  
cortan los diamantes  
las cuentas del miedo.  
La langosta es fría  
como un aguacero.  
Se habían comido  
los prados del cielo,  
un mar de amapolas  
y un bosque de sueños.  
La langosta arrasa  
como un aguacero.  
Arrastraba el aire  
cristales hambrientos.  
Sus alas batían  
un verde aguacero.  
Y desde azoteas,  
montes y paseos,  
las gentes tocaban

tambores y cuernos.  
La langosta es verde  
como un aguacero.  
Pero aquella tarde  
mis ojos la vieron,  
roja de vergüenza,  
loca de cencerros,  
perderse en los lomos  
rizados del viento.  
Y es verde y sonora  
como un aguacero.

#### ALONDRA DE LA NUBECILLA MIMOSA

*a Pura Carvajal de Hernández*

Tan transparente  
como un perfume,  
cielos arriba  
se alza una nube.  
Usa rosadas  
faldas de seda  
con una blusa  
de primavera.  
Lleva una blanca  
rosa en la mano,  
medias de gasa,  
tacones altos.  
Un pajarillo,  
vuela que vuela,  
«Adiós, preciosa»,  
le dijo al verla.  
La nubecilla  
se puso roja  
como el corpiño  
de una amapola.  
Más tarde, un cuervo

muy vejstorio  
llamóla fea  
con grito ronco.  
Quedóse entonces  
tan fría y muda,  
que en llanto amargo  
rompió de lluvia.  
Un vientecillo  
murmurador  
dijóle blanda  
de corazón.  
Y en el momento  
que oyó decirlo,  
endurecióse  
como un granizo.  
Cayó en otoño  
sobre un jardín  
y amarillóse como el marfil.  
Después, el agua  
se puso verde  
como una rana  
sobre el césped.  
Y un jardinero  
que la pisara,  
de tan rabiosa  
quedóse blanca.  
Y porque oyóse  
decir pesada,  
se hizo una leve  
bruma de nácar.  
Fuese a los aires,  
volvióse lluvia,  
de allí al granizo  
y otra vez bruma.  
Y, por mimosa,  
por tan difícil,

quedóse en nube  
siendo arco iris.

### ALONDRA DEL LORO AVENTURERO

*a Eduardo Westerdahl*

Este lorito viajero  
no ha nacido en Portugal,  
aunque, como tiene oído,  
sepa los fados cantar.  
Ninguna cotorra duda  
de que es un loro «pure sang»  
y se expresa en un correcto  
lenguaje de «gentleman».  
La orden del arco iris  
luciendo en su pecho está.  
Si duerme con ella puesta,  
es por ser sentimental.  
Conoce todos los puertos  
de las islas de la mar:  
mares Amarillo, Rojo,  
Azul, Negro y del Coral;  
en cada uno ha dejado  
una plumita al pasar.  
No necesita visados  
ni carnet de identidad:  
en la estación de los vientos  
viaja en trenes de cristal.  
Luchó contra los ingleses  
en Egipto y el Sudán  
y sus triunfos le valieron  
el fajín de general.  
Un miércoles de ceniza  
pidió una audiencia papal,  
invocando sus colores  
de arzobispo y cardenal.

Dice que el siglo XVIII  
 fue de los loros la edad  
 más dorada, su segundo  
 paraíso terrenal,  
 por sus casacas de luces,  
 sus cielos de tafetán,  
 los cócteles de colores  
 de los bailes de disfraz,  
 frases verdes, hombres lilas  
 y amores de mazapán.  
 Todo lo que lleva el loro  
 en su traje tropical.  
 Aún reside entre nosotros,  
 pero muy pronto se irá  
 —con un vuelo de arco iris  
 dentro de un tren de cristal—  
 no sabe si para España  
 o si para Portugal.

#### ALONDRA DEL VERDE AMOR

Lo veo venir muy cerca,  
 verde del timón al ancla,  
 verde su espiral de humo  
 y verde el agua salada.  
 ¿Vendrá el amor? ¿No vendrá?  
 Barco de las esperanzas,  
 ¿dices que sí con la proa?  
 ¿dices que no con las bandas?

#### ALONDRA DE LA ESCALERA ROTA

Se ha roto anoche un peldaño  
 mi desgraciada escalera.  
 Oyó un suspiro de rosas  
 y se ha partido una pierna  
 al querer ganar de un salto

los bordes de la azotea.  
 Que intervengan cirujanos  
 con sus rubias enfermeras  
 a reducir la fractura  
 de su tibia de madera.  
 Que no le den cloroformo  
 ni bajen en parihuelas.  
 Que no le quiten las verdes  
 esperanzas de sus hiedras.  
 Pero que vengan a prisa,  
 que está llorando de pena  
 porque no puede subirme  
 a ver mi flor de canela.

#### ALONDRA DEL AVIÓN EN VUELO

(Míralo aquí.)  
 No se le ven las orejas  
 porque las tiene escondidas;  
 pero su voz es de trueno  
 y su alma de gasolina.  
 (Míralo aquí.)  
 Es oscuro como un mirlo  
 de la cabeza al timón;  
 pero le brilla la cresta  
 si vuela mirando al sol.  
 (Míralo allí.)  
 No puede cerrar las alas  
 ni posarse en la arboleda;  
 pero tiene más arrullos  
 que un palomo en primavera.  
 (Míralo allí.)  
 Deben construirle un nido  
 tan grande como una casa;  
 pero volar no podrá  
 dentro de ninguna jaula.

(Míralo allá.)  
Si toca la nube blanca  
será gusano de seda;  
pero él no tuerce su rumbo,  
suceda lo que suceda.  
(Míralo allá.)  
Mirándolo de muy cerca,  
es un pájaro mayor;  
pero viéndole tan lejos  
no es más que un gran cigarrón.  
(Ya no se ve.)  
¡Y con qué pena lo mira,  
desde su verde limón,  
la dulce pájara pinta,  
toda encendida de amor!

## 7 ALONDRAS EN LA CIUDAD

## ALONDRA DEL CABALLITO DE CIRCO

*a Juan Rodríguez Doreste*

Al dar la tercera vuelta  
se puso el caballo enfermo.  
Luces de angustia temblaban  
los azabaches del pelo.  
De los ojos de la niña  
saltó el payaso del miedo  
y se quedó enharinado  
de expectación y silencio.  
Continetes de agonía  
relinchaban por el suelo  
y el aire azuzaba vidrios  
en los espumosos belfos.  
Grupas heridas de llanto  
se charolaban de duelo  
y de su cola rizada  
cortó la nieve un recuerdo.  
Ya los terrones de azúcar  
eran espuelas de acero.  
Por los ojos del caballo  
volaban pájaros negros.  
A la gentil domadora  
—juventud de terciopelo—  
se le rompieron los lazos  
que aprisionaban sus nervios  
y del corpiño de seda  
se le escaparon los senos.  
Y en los ojos del caballo,  
circos de nácares negros,  
los dos senos de la niña  
fueron punzones de hielo.

Los vio el caballo caer,  
islas de nieve y silencio,  
como dos piedras de luna  
en dos fríos agujeros.  
La domadora más nunca  
volvió a encontrarse los pechos:  
en los ojos del caballo  
subieron firmes al cielo.

### ALONDRA DEL MARINERO EMBRIAGADO

Paseaba el marinero,  
ya las luces encendidas.  
Mirábanle de soslayo  
los ojos de las esquinas.  
Se hurtaban a su nostalgia  
calles, plazas y avenidas,  
que era muy hondo el vaivén,  
de sus azules pupilas.  
La ciudad se le escapaba  
como una riente anguila.  
Pisar sobre los asfaltos:  
a duras penas podía.  
Llevaba mucha tormenta  
a bordo de sus mejillas.  
Y muchos puertos del mar  
desplegaban sus sonrisas  
como una mesa revuelta  
de ángulos y golondrinas.  
Mujeres con la melena  
igual que lunas caídas  
arrastraban por el suelo  
los arcos de mil bujías.  
También su hogar recordaba,  
aunque sólo de puntillas,  
para no turbarle el sueño

y hacerle el silencio trizas.  
 La noche le vio beber  
 su copa de despedida.  
 La ciudad se fue corriendo  
 por sus calles y avenidas.  
 Y el marinero llegó,  
 segando baches y espigas,  
 a limpiar lunas de cobre,  
 borracho de lejanías.

### ALONDRA DEL GALGO CAMPEÓN

Viene corriendo mi galgo  
 por las calles de mis ojos;  
 azúcar tostado, el cuello,  
 color de tabaco, el lomo.  
 Viene corriendo una liebre  
 que no se ve en los canódromos,  
 la liebre azul de los sueños,  
 toreadora de acosos.  
 Mis venas todas se van  
 alargando poco a poco  
 y para verle correr  
 se me suben a los hombros.  
 Ni cohetes buscapiés  
 ni perfumes de heliotropo:  
 relámpago de canela,  
 mi galgo lo vence todo.  
 Cuando recorre la calle,  
 profesor del trote corto,  
 va siempre por las aceras  
 sin descender al arroyo.  
 Entonces, verjas, esquinas,  
 árboles y niños bobos,  
 pestañas de los aleros  
 y asfaltos con pies de plomo,

se salen de sus casillas,  
chocan los unos con otros,  
y sus pupilas componen  
fotomontajes redondos  
con veloces arcos libres  
y tiernos ángulos rotos.  
Que nadie toque a mi galgo,  
mi galgo tan dulce como  
racimo de la vendimia  
en los labios del otoño.  
Que nunca me lo condenen  
a bailar rigodón de oso.  
Que me lo dejen a mí,  
a mí y al viento tan sólo,  
relámpago de canela  
por las calles de mis ojos.

#### ALONDRA DE LA NOCHE DE CINE

Jinete en la sombra  
de floridos ramos,  
la noche del cine  
corría a caballo.  
Espuelas de niños,  
galope engranado,  
la luz casi apenas  
abría los párpados.  
Un dulce hormigueo  
sonriendo en alto,  
transportaba briznas  
de estrellas y astros.  
Desde la butaca,  
mi pantalón largo  
era caballista  
de potros alados.  
De tanto correr

veloces espacios  
 me salí por fuera  
 de mis ojos claros.  
 Ni sentía el aire  
 ni muslos ni brazos:  
 todo se me había,  
 de golpe, amputado.  
 Me hallaba tan hondo,  
 tan mares abajo,  
 que ni un submarino  
 me hubiera encontrado.  
 El cine es el sueño,  
 que todos buscamos,  
 olvido de ortigas,  
 fresca de mármol.  
 Tuvo que pisarme  
 la chica de al lado  
 para que de nuevo  
 nacieran mis labios,  
 al tiempo que abrían  
 las luces los párpados.  
 La noche del cine  
 se había acabado.  
 Y hube de meterme,  
 como un ermitaño,  
 en los caracoles  
 de mis ojos claros.

### ALONDRA DE LA NIÑA DISFRAZADA

*a Emmita Jaubert Yanes*

Iba abriendo sus seis años  
 cuando se vistió de rosa.  
 Más que un disfraz era un sueño  
 cogido en flor a la aurora.  
 Y eran sus años seis cisnes.

tirando de una carroza.  
¿Qué perla se habrá evadido  
de su hornacina de concha  
para marcarles el norte  
primaveral a sus corzas?  
Gondoleros de la gracia  
los decires de su boca  
y en todos sus movimientos  
un arrullo de palomas.  
Todo espejo que la vio  
la quiso tener por novia.  
Abril, con ella en su barca,  
remaba mares de aroma.  
En ningún escaparate  
puede manar una joya  
tantos orientes de luz  
de un trino de aguas tan hondas.  
Cuando bordeó la sala  
—como líquido la copa—  
la gran ruleta de baile  
se floreció a la redonda.  
Estaba allí la alegría  
con largo traje de cola.  
Y eran los ojos palabras,  
los semblantes, maripostas,  
y las sonrisas se habían  
disfrazado de amapolas.  
No se le cayó en el baile  
ni un pétalo ni una hoja,  
porque sus actos ceñía  
con lazadas cuidadosas.  
Al salirse de la sala,  
la fiesta quedóse a solas.  
Y le brotaron espinas  
al silencio y las personas.  
Y al recogerla la calle,

el sol sus oros retoña  
 para ofrecerle un anillo  
 de compromiso de boda.

### ALONDRA DEL VIENTO ENAMORADO

Que viene el viento, niña,  
 que viene el viento,  
 con sus finas jaurías  
 de galgos sueltos.  
 Refúgiate en el zoco,  
 de los portales  
 que es peligroso el viento  
 por esas calles.  
 No temas por los rizos  
 de tu peinado,  
 que lo que el viento quiere  
 no está tan alto.  
 Lo que viene buscando  
 —nadie lo duda—  
 es pasear su brazo  
 por tu cintura.  
 El viento trae, niña,  
 sus galgos sueltos.  
 Sujétate las faldas  
 que viene el viento.

### ALONDRA DEL NIÑO EXTRAVIADO

*a Anatael García Cabrera*

Que no, papi, que no es cierto  
 que yo me hubiera extraviado,  
 aunque tú te lo creyeras  
 y lo haya dicho la radio.  
 Con sus pelos y señales  
 te diré lo que ha pasado:

estuve viendo las ranas  
bajo el puente del barranco.  
Una había verde noche  
y otra de un tono más claro.  
Yo pensé que el más oscuro  
debía ser el rano.  
A punto de cruz bordada  
la rana hembra su nado  
en el quimono que cubre  
el vientre de agua del charco.  
Desde el balcón del zarzal  
veíala hacer el rano  
con unos ojos tan fijos  
como las gorras de plato.  
Pero yo lo que quería  
era mirarlas croando.  
Y esperé a que madurase  
el crepúsculo su canto  
en la garganta amarilla  
de un cascabel de topacios.  
Yo no sé si sabes, papi,  
este secreto dorado:  
que cuando la tarde en fuga  
pierde sus zarcillos blancos,  
si el primer rayo que brilla  
es de estrella, canta el rano,  
y si quien canta es la rana,  
es lucero el primer astro.  
Esta tarde fue un lucero  
quien estrenó el cielo raso,  
porque la ranita verde  
cantó primera que el rano.  
Oyéndola, se veía  
en el prisma del espacio  
que reflejos y sonidos  
estaban ruborizados.

Y me quedé bajo el puente,  
muy confuso, imaginando  
que la rana y el lucero  
se daban cita en el charco.  
Eso es todo, papi. Siento  
el disgusto que te he dado.  
Pero aunque tú me castigues,  
yo seguiré recordando  
que era el rano verde oscuro  
y la rana verde claro.

**LA ESPERANZA ME MANTIENE**  
[1959]

*A la mar fui por naranjas  
cosa que la mar no tiene,  
metí la mano en el agua:  
la esperanza me mantiene.*  
(COPLA POPULAR)

## EL POETA METE LA MANO EN EL AGUA

*El poeta nació en Vallehermoso, un alto pueblecito de la isla de La Gomera, medio español y medio colonial, colgado difícilmente de una palmera y de un laurel, no lejos del mar Atlántico, y hasta donde se llega por una carretera que arranca desde unos acantilados encrespados y azules. En este pueblecito, y cuando nuestro poeta alcanzaba la pubertad, oía muchas veces cantar en las tardes de domingo y en las pequeñas fiestas familiares de la casa, a su madre, sus tías y las amigas, con la música canaria de una isa, una copla que habría de tener una cierta trascendencia en su vida. El poeta aún tenía pantalón corto, las mujeres, corsé, cintura de avispa y «castañas» en el pelo, y los hombres americana estrecha entallada, cuello duro y raya en medio de la cabeza, y muchos barba de senador. La madre era pequeña, alegre y lucía unos ojos melancólicos de mujer insular. La hora de las coplas llegaba, ya al atardecer, y una de ellas:*

*A la mar fui por naranjas  
cosa que la mar no tiene.  
Metí la mano en el agua:  
la esperanza me mantiene,*

*la escuchaba el poeta, sin saber muy bien lo que quería decir, pero bien dispuesto desde aquel momento a meter la mano en el agua, hasta encontrar algún día una naranja verde o madura que calmara su sed. Hemos de pensar que cuantas veces Pedro García Cabrera fue hasta la orilla de su*

mar lejano y próximo, las palabras de esta copla, y especialmente todos esos nombres que contiene, las cosas que allí se encierran, estarían muy presentes en su corazón. La copla, entre recuerdos ausentes y memorias despiertas, iría poco a poco adquiriendo en su ánimo una personal existencia, y su sentido absurdo y contradictorio es posible que ya en la adolescencia lograsen insospechados valores, hasta vislumbrar una difícil conciliación lírica. Esta copla invitaba al poeta a ir al mar, es de hecho una invitación al reconocimiento de su existencia fascinante, a entrar en él, a ser su amigo o su enemigo. Pero, además, lo invita también a que busque naranjas en sus aguas y se advierte asimismo que estas naranjas no las encontrará nunca. Esta lucha entablada, a través de cuatro versos bellísimos, entre la realidad y la irrealidad ha de marcar muy poderosamente toda la creación de nuestro poeta. Para verificar esta irrealidad de una naranja en el mar, se ha de meter la mano en el agua. Este acto tiene una significación muy amplia en la pequeña historia de las islas, cargada de una vida de recelo y osadía. Comprobado que ya la naranja no está en el mar, el poeta ha hundido su mano entre el líquido cuerpo, lo ha removido y sacudido con inusitado gozo y hasta ha tocado la negra arena. Pero no por esto ha de dudar que algún día, sobre las olas aplaceradas y tormentosas, y como fruto de un extraño árbol marino con flores de azahar saladas, una redonda naranja pudiera aparecer. La esperanza le mantiene. Esta copla que está escrita y cantada con la mayor realidad del mundo, donde todo es razonable y concreto, de pronto en sus versos ofrece al hombre, al poeta, al insular, la promesa del paraíso, de lo absurdo, de la imagen. Pasarán muchos años. Pedro García Cabrera publicará libros de versos, libros de guerra o de divertimento, se alejará del mar, de Vallehermoso. A lo largo de su existencia ha recorrido mesetas, ríos y cumbres. Mas la copla de su isla seguirá estando depositada en su espíritu, secretamente, como una pequeña concha iridiscente debajo de un callao de la playa. Más tarde llega la madurez. El poeta tiene heridas en todo el cuerpo, pero en el alma no, porque la esperanza le mantiene. La concha iridiscente de súbito queda al descubierto, luciendo al sol total de este mar Atlántico sus vetas multicolores, su piel de muchacha joven, su virtud de metáfora esencial. La copla ocupa un lugar privilegiado en su escenario activo. Y llega la hora de ese feliz hallazgo que le dice que en estos versos está encerrada toda la condición geográfica y metafísica del hombre insular. Para existir, este hombre necesita ir

todos los días al mar en busca de naranjas. Es la única manera de subsistir en ese su terrible aislamiento y perenne condenación. No sabemos de dónde arribó la copla a estas islas Canarias. Es muy posible que, como todo lo bueno y lo malo, navegara desde las costas de España. En Federico García Lorca encontramos el primer verso de la copla en un famoso poema — Adelina de paseo—: «La mar no tiene naranjas ni Sevilla tiene amor». Y estamos seguros de que esa grácil y brillante iniciación de la copla peninsular, que parece tener sólo un significado de juego de sociedad, al llegar a las islas, a la patria de nuestro poeta, adquiriese una dimensión humana capaz de expresar la misma condición existencial del hombre insular. Pedro García Cabrera ha recogido en esta copla toda la feraz cosecha que se traduce en este libro de poesía *La esperanza me mantiene*. Metió la mano en el agua; y buscando las naranjas de lo absurdo ha hallado su personal voz, los cuerpos de sus amigos ahogados, la paz inverosímil, la memoria de su infancia, la posibilidad de un hijo, la figura ideal de la patria, la consecución de la libertad soñada, el negro y azul archipiélago de sus islas, la melodía melancólica de sus sueños. Tantas cosas encontró que aún sigue yendo al mar para encontrar otras muchas que han de colmarse con el soliloquio último de estas aguas intranquilas que ofrecen su réplica al poeta que las descubrió. Llega el momento en que Pedro García Cabrera se enfada con el mar y le manifiesta su ira porque éste, cuando le ha reclamado su libertad esencial, «le ha vuelto tantas veces la espalda, no le ha dejado dormir sin miedo y no le ha ofrecido un lenguaje de aire claro para hablarle y nombrarla». Como se verá, esta copla de Vallehermoso carece de todo particularismo local y desde su pequeño pueblecito se ha sabido encaramar atrevidamente al pico de águila de lo universal. Fiel a esta trayectoria, nuestro poeta ha abandonado todos esos mares transitados por la historia compuesta, por las culturas humanísticas y por los mitos poéticos sabidos, tan frecuentes en la lírica de todos los tiempos. Se ha quedado solo en esas aguas atlánticas azules y rabiosas que le precisan cuál es el destino y el compromiso de los hombres de todas las islas del ancho mundo y cuál la pregunta y la respuesta interminable de una existencia dramáticamente vivida.

DOMINGO PÉREZ MINIK

## EN LA MAR VUELVO A NACERME

*al Dr. José Gerardo Martín Herrera,  
en Santa Cruz de Tenerife*

(Pienso en la habitación a oscuras,  
construida en la playa,  
con la puerta a la mar.)  
¿Es esto soledad o es paraíso?  
La oscuridad me protege de las cosas de afuera.  
Cuatro paredes pueden ser un vientre,  
un vientre que no cabe en el haz de la tierra  
y se acoge al rumor de las aguas.  
Si me escucho hacia atrás  
me contemplo mirando  
con años que no ven,  
años sin ojos,  
aun sin la presencia de la luz;  
ojos que ignoran que son años que ya han nacido  
y se han puesto a morir hacia su nacimiento  
recordando una mano que fue descanso y fuente.  
Soy un niño en el vientre de su madre  
que aún no sabe llorar  
ni se babea  
ni orina los zapatos.  
Sino que se trabaja nutriéndose de horas y silencios.  
Porque el silencio también hace crecer,  
da fortaleza,  
tiene canto y mejillas como un nido.  
El rumor de las olas es quien da compañía,  
quien mece su canastilla de espumas.  
Por la puerta, estas cuatro paredes  
darán a luz al alba a todo el mar,  
saldré yo mismo a luz.  
Atrás queda la tierra,  
con su cuerpo de rocas y repechos,  
con todo lo que es valle, césped, caricia de mujer.

Estas cuatro paredes no lo verán,  
están dentro de todo lo que mire,  
son un vientre que nunca rozarán labios ni pechos,  
que no conoce orilla ni claridad,  
que me tiene sentado en su regazo,  
me respira y me palpa.

No sé cómo estas cuatro paredes  
pueden tener tanta ternura,  
cómo pueden albergar reposo de lecho,  
cómo han podido reciennacerme ahora.

Nada tiene aquí semblante, todo está suspendido  
en el cuerpo de este rumor,  
en la justicia de esta sombra,  
que es igual para la manzana y las maderas,  
para las sillas pálidas como monjes  
y los claveles de trapo de las cortinas  
anegadas en rojo.

Nada aquí encierra frente, sólo tiempo de alcoba,  
presencia de piedra que estuviera a punto de latir.

Todo yace posado, como incubando el vuelo  
en el corazón de una nube,  
en el pecho de una guitarra.

Y todo este silencio

que ha crecido en el musgo de la noche,  
este silencio que han pensado los árboles  
este silencio que molturan los niños,  
el amor cuando se tuesta en la parrilla de la ausencia,  
la boca cuyos besos son brazos que llegan a la luna,  
todo este silencio que ha llegado de adentro.

—de los sótanos de mí mismo,  
de las entrañas de las islas—

y se ha echado en la arena,

es todo cuanto poseo,

mi riqueza en este instante,

mi familia y mi herencia,

mi libertad formando cascada con mi espalda.

Mañana me naceré como un pez de toda esta soledad,  
de las cuatro paredes de este vientre.  
Será la mar mi madre,  
la madre que no muere ni enterraremos nunca.

Con la mano en la mar así lo espero.

### A LA MAR FUI POR MI VOZ

*a Fernand Verhesen, en Bruselas*

Mar a la que he buscado como un sueño,  
haz tuya mi palabra,  
no me la dejes nunca descansar en la frente,  
llénala de retumbos y de olas,  
levántamela en vilo,  
dale la libertad de andar por todas partes.  
Una palabra que se articule en huracanes,  
que tenga el universo de una gota de agua,  
donde puedan procrear todas las bestias,  
donde se oiga resollar las multitudes.  
No quiero las palabras que recuerden,  
las palabras heladas en el fondo de un lago,  
las palabras que vayan a un entierro.  
Las quiero como lágrimas,  
sin goznes aceitados,  
con el salto de un tigre.  
Una palabra con calles llenas de gente,  
con aguaceros sobre planchas de zinc,  
que haga saltar montañas,  
poner en pie los cauces de los ríos,  
darle al barro un hogar de lejanías.  
Una palabra que pise las tabernas,  
que se embriague de ron y de cuchillo  
que cruja como el pan en la boca del horno.  
Una palabra que abrigue los inviernos,  
que arda como el fuego en las cocinas,

que mueva las caderas igual que una muchacha.  
 Una palabra viva como el llanto de un niño,  
 que pueda dar la mano y estrecharla,  
 que se ponga mis trajes y zapatos,  
 que encienda un cigarrillo y salga de paseo  
 a levantar ciudades de enamorado rostro  
 donde vivan los hombres sin sentirse enemigos.  
 Palabras que no teman morir atropelladas  
 ni decir lo que sienten poblándose de nudos.  
 Palabras que madruguen y den los buenos días,  
 que se carguen al hombre las piedras del trabajo,  
 que salten de los libros y te claven su aguja  
 y que en cualquier instante  
 vibren como las gradas de un partido de fútbol.  
 Y cuando esta palabra tenga fuerza y dominio  
 para tomarme en brazos,  
 tutear mi aventura,  
 darle cielo a mi sangre,  
 transfigurar mi voz en una hoguera,  
 se haya como una esponja empapada de pueblo,  
 que vaya a tus orillas, descalza y pescadora,  
 a sacar de las redes el seno de naranja  
 que tiembla en la desnuda poesía.

Con la mano en la mar así lo espero.

#### A LA MAR FUI POR MIS AMIGOS AHOGADOS

*a Juan Cas y Conchita,  
 en Santa Cruz de Tenerife*

A toda mar sin nombre,  
 a la que aún no tiene un pedazo de playa  
 en donde descalzarse la distancia y la ola;  
 a esa que la luna jamás tendió un puente levadizo  
 reuniéndole en dos la soledad y la frente;  
 a la que no ha visto trinar un pájaro en un cuerpo desnudo,

ni ha podido llevarse a la boca la hoja de trébol de un vela,  
ni probar un amor con briznas de pimienta y trocitos de hielo;  
a esa mar sin destino,  
mar de espejo sin nadie,  
que no puede celebrar cumpleaños,  
ni acudir a una cita,  
ni nacer ni morir ni desvivirse,  
ni estrechar una isla de ternura;  
a esa mar sin dolor,  
sin rúbrica de llanto,  
aunque vea relampaguear mi pena en su sal y su espuma,  
¡cómo voy a pedirle que me devuelva mis amigos  
si no entiende el lenguaje de naranjas  
de lo que siempre espero!  
¡Cómo me devolvería el calor que llenaba  
la verdad de sus manos,  
sus ojos  
que ordenaban la luz en la ciudad de sus rostros,  
sus muslos de arena caliente,  
sus bosques acorralados de esperanza!  
¡Cómo podrás traérmelo a los trigos de los graneros,  
a los nidos desesperados de ausencia,  
al mensaje que tienden las hierbas a las nubes,  
si tú, mar del olvido a ciegas,  
mar del mundo al revés,  
mar sin tiempo ni infancia,  
no has querido siquiera guardar unos minutos de silencio,  
cerrando los ojos de liebre de tus rumores,  
en memoria de las caracolas que retumbaban en sus sienas,  
en memoria de los buenos días de sus pájaros,  
en memoria de un clamor de puñales por la espalda!  
Mas a ti sola debo de pedírtelos.  
En ti la vida se arrastró,  
salió del seno de las algas,  
casi nocturna aún de tanta hondura,  
con su alma de molusco y sus antenas de vapor de concha,

con su cabeza de cerilla  
deletreando núbiles tinieblas.  
Si de ti vino todo lo que somos  
sólo tus brazos pueden dar con ellos.  
Aún somos fieles a tu rostro de agua.  
Hay en nosotros tu raíz,  
nos perdura un salvaje rumor de garra y selva,  
de dureza y desprecio,  
de horizonte trepándose del barro;  
un poco de tu arena aún nos ciega,  
algo de tu rencor nos estremece,  
rocas oscuras van y vienen por el fondo del alma.  
Si alguna vez has de morderte el pañuelo del llanto,  
si quieres quedarte con la verdad de sus sonrisas,  
devuélveme su muerte al menos,  
su muerte es mía y no te pertenece.  
Quiero tenerla junto a mí,  
vivirla con mis gestos,  
apedrearla con mis manos,  
que se me vea tras la frente,  
que endurezca mis huesos,  
que me la escuchen pidiendo limosna por los caminos,  
apagando la sed,  
colgándose al cuello de una muchacha,  
abriéndose de amor por playas y azoteas,  
muriéndose de angustia como un hombre en la calle.  
Sí, devuélveme sus muertes.  
Quiero subirlas a mis hombros,  
ponerlas en los anuncios de los cines,  
mostrarlas a los vendavales y a las rocas,  
a los pastores y los marineros,  
a los beriles y las hogueras,  
a las calandrias y a los amigos.  
Con la mano en la mar así lo espero.

## A LA MAR FUI POR LA PAZ

*a Luc Peire y Jenny, en Knokke*

Tú, mar,  
 que dejas en los zapatos de la arena  
 los más insospechados reyes:  
 el vientre terso de una mujer redondeando en los callaos  
 un mundo con escorzos de pan y miel de abeja;  
 las nerviosas terminaciones de algas y rutas  
 mesándose los cabellos con soledad de luces de faro;  
 un trozo de silencio de las profundidades  
 con la mascarilla de la ahogada frente de un amigo;  
 el resuelto crucigrama de una estrella de mar;  
 un monumento de rumores para los que lloran de ira;  
 la alianza con que el agua  
 sella los esponsales del color con el cielo,  
 viviéndose distantes  
 para recibirse en las posadas nocturnas,  
 bebiéndose los vientos  
 y la verde manzana del horizonte prohibido.  
 Pero no son estas alegrías las que ambiciono hallarme,  
 no es la botella donde el azar navega a la deriva.  
 Lo que busco es un sueño de paz y asalmonada luna,  
 que la luz sea igual para todos los hombres,  
 y aun para los grillos y las nieves,  
 para los sembrados y los rascacielos.  
 Que no se rescate un olmo con arroyos de sangre,  
 ni se profanen palomas con mensajes de odio,  
 ni me quemén la casa con ramajes de olivo.  
 Por las piedras tostándose bajo un sol de justicia,  
 por la garganta de pájaros de los amaneceres,  
 por el libro que lee mi hermano antes de acostarse,  
 por los pastores que cuidan los rebaños,  
 por las amapolas que guiñan los ojos a los trigos,  
 por las cacerolas que cuecen las legumbres,  
 por los frutales que plantó mi padre en Tacoronte,

por los abanicos de la lluvia y el corazón de las hogueras,  
 por la piel de granizo de mi esposa,  
 por los caminos que llegan saltando de júbilo a las playas,  
 por los labios que saludan y los pañuelos de las despedidas,  
 por la aurora que rompen los niños con el primer juguete,  
 por los escaparates con el tiempo que anuncian los astrónomos,  
 por el ladrón que roba su hambre a los demás,  
 por el alma clavada en la presa del miedo,  
 por la ceja depilada de un vuelo de golondrina,  
 por el sello que pego en mi álbum  
 y la fuente en que duermo,  
 por la buena memoria de las islas,  
 por la plaga de olvidos de los continentes,  
 por las cartas a lápiz que escribe mi padrino,  
 por los que tienen la palabra amarrada en la boca,  
 quiero hallar en la arena un sueño de naranjas  
 que sea paz de estrella en los hogares,  
 paz de mano derecha y de mareas vivas,  
 paz que nos haga dignos de recoger las mieses,  
 y de comer las frutas, y de beber el vino.  
 Una paz que no tema las centellas del crimen,  
 que no pueda arrancarme de los labios que amo,  
 que no ponga en mis manos las armas del infierno,  
 y que no me avergüence de las aguas que cantan,  
 de las alas que vuelan y de mi propia sombra.

Con la mano en la mar así lo espero.

### A LA MAR FUI POR MI INFANCIA

*a Valentine Penrose, en París*

Fue en un tiempo en que los ojos no veían  
 ni las manos tocaban.  
 Tan sólo el corazón tenía vista y tacto.  
 Era él quien latía los puntos cardinales,  
 el sombrero de copa de los pinos,

los bueyes del crepúsculo,  
las quinielas de ramas del barranco.  
Era él quien abría,  
de mañana, las calles  
sin agua y sin aceras,  
igual que una lección mal aprendida,  
calles en rústica como mis libros bajo el brazo,  
descalzas todavía de adoquines  
para que las pisasen solamente  
mis pasos interiores y la lluvia,  
los caballos de caña,  
las bicicletas y los pájaros.  
Iba por dentro de ellas; conducían  
al trompo que la América del Sur gira, bailando  
en la blanca tarima de los hielos australes,  
al cinturón de avispa de América Central,  
a la verde ensalada de las islas distantes,  
a todos los regazos del mito y las auroras.  
Era un tiempo con plumas en las alas,  
tiempo de mariposa y cascarón de huevo,  
tiempo de piedra y luna,  
tiempo de corazón saltando.  
Yo sentía a mi madre freír en él patatas,  
ponerle culantrillos que le dieran frescura,  
cogérmelo en la mano como un polluelo vivo,  
acostarlo en sus lágrimas mullido de sonrisas.  
Ahora con mis manos y estos ojos  
ya no puedo vestirme el traje marinero  
ni fumar a hurtadillas un cigarro rubio  
ni a mi abuelo quitarle los cartuchos de caza.  
No es que me desespere este vivir de ahora  
con el que voy lastrando el júbilo y la pena,  
ese tiempo que aprieta tornillos medievales  
en la garganta rosa de los amaneceres.  
Te digo que no quiero volver a ser un niño.  
Mis raíces se afirman en la tierra de asombros

de los años que huyen.  
Pero desearía que una mágica ola  
me trajese de nuevo la presencia  
de los que fueron míos cuando era un muchacho.

Con la mano en la mar así lo espero.

### A LA MAR FUI POR UN HIJO

*a Marcel van Houtryve, en Brujas*

Miro la mar. La miro desde atrás de mis ojos,  
desde una cureña de antepasados,  
desde un fondo perdido de corazones.  
Yaun de más allá. De las galaxias del instinto,  
antes de que el amor en carne viva  
la sangre a campo traviesa,  
el beso a pie juntillas,  
diesen cuerda a mis pasos,  
antes de que lograsen, ni siquiera la forma  
del pensamiento de agua, de una nube.  
Ojos como los míos, apenas diferentes,  
se han tendido en la hamaca de esta costa.  
dejándose llevar y traer sobre sí mismos,  
sin hacer un nudo de pañuelo en el tiempo.  
sólo yendo y viniendo a la deriva;  
sólo entrando y saliendo a soledades,  
sólo al paio de un sueño.  
Alguien me dicta estas miradas.  
Son miradas en clave:  
cantan como perdices,  
calientan como hogueras,  
saltan como los peces voladores.  
Unas miradas sueltas,  
con la abstracción de huesos calcinados,  
que han perdido la sombra y los rumores,  
los silbos del color y las ojeras,

los números de años y relojes,  
que han perdido la tierra que habitamos  
y que ya no hacen pie ni en el recuerdo.  
Me pasan a través,  
no se enraízan,  
son flechas de otras dianas.  
Buscan en mí unos ojos venideros,  
el escalón que las prosiga,  
la rama que las devuelva a un nido.  
Y aun sabiendo que correrán mi propia suerte,  
que mi carne no puede asomarse al futuro,  
al mar vienen conmigo,  
fieles a su destino alicortado,  
por los rieles abiertos de mis ojos.  
No pido que las vuelvas a las ascuas de que partieron,  
pero pónmelas todas en el hueco de un hijo.  
Un hijo de la mar, un hijo en cueros,  
que aprenda de la espuma a gatear las playas  
y dar el visto bueno de su cuerpo a la arena.  
Un hijo de la mar, que tenga los silencios  
de una concha de nácar, donde resuene el llanto  
del alba sonrosada de un molusco.  
Un hijo de miradas interiores,  
que ame la libertad, que la persiga  
sin dar paz a las nieblas del desprecio,  
en los desarraigados emigrantes  
y los suburbios de las lágrimas,  
en el salto lebre de la alegría  
y los ritmos de jaz de la pobreza,  
en la copa de ron de los marinos  
y los enfoques de ajedrez del viento,  
en el grano que arrastran las hormigas  
y en las picapedreras cicatrices  
que dan aldabonazos a mi rostro.  
Un hijo tuyo, mar, un hijo  
del triángulo de olas que recorta

los muslos de los valles bajo el vientre del cielo,  
 allá en la lejanía,  
 donde escribe el relámpago su nombre  
 con luz que ni maldice ni se humilla.  
 Un hijo de tu azul enamorado,  
 que sublima su angustia, puesto a salvo  
 del temor a tener que defenderse.  
 Un hijo a quien le quepa entre los brazos  
 la redondez de un mundo sin fronteras.

Con la mano en la mar así lo espero.

### A LA MAR FUI POR LA LIBERTAD

*a Juan Marichal, en Harvard*

¡Qué hondo llegas hoy a lo que espero,  
 mar del grueso retumbo y el alboroz flotante!  
 También, hondo y callado,  
 como el cráter dormido de un espejo,  
 es el treno salobre en el que habito.  
 Y aunque una primavera de esperanza  
 me encamine los pasos del silencio a tu orilla,  
 se licúe en las piedras en que apoyo mi voz,  
 se rezuma en la sal que me agrieta los ojos,  
 son ya tantas las veces que me has vuelto la espalda,  
 retornando mis redes mojadas de infortunio  
 a secarse en los suelos del desprecio,  
 que ya me están doliendo las calles que transito,  
 me supuran los años como heridas,  
 le echo en cara a mi sangre su ternura de arena  
 y hasta a mi propio anillo estoy por liberarlo  
 de esclavizarme el dedo.  
 ¡Qué atmósfera de sombra y carbonilla  
 respira mi palabra,  
 cómo estoy indefenso sin su mano en la mía,  
 sin su temblor de alga tanteando mis sienas!

Si pudieras, desde el trueno mayor de tus tormentas,  
ver el loro real de sus colores  
llorar cenizas, desplumarse el vuelo,  
retorcer sus raíces de árbol,  
sus barrotes de ojeras mutiladas  
buscando en los mastines de tus olas  
su alegría de estrella,  
su libertad de pájaro y de pueblo.  
Tengo en ti puesta toda mi confianza.  
Un día me tendiste la mano de tu espuma,  
me arrancaste del cepo de la arena amarilla,  
llevándome en tu vientre de canguro,  
dándome el pecho azul de tus mareas,  
acunándome en brújulas y faros,  
alzándome en el aire como un niño  
y vistiéndome el alma de rumores.  
Bien tuyo soy: me expreso con tus iras y tus calmas,  
valles genealógicos de soledad me abisman,  
tu sal me vive, tengo tus corales  
derretidos ardiéndome las venas,  
tuyo me siento el llanto que me abre las puertas  
de tus fondos nocturnos, tuya la trayectoria  
que sigo a la redonda de mí mismo.  
Oriundo de tus nómadas entrañas,  
nada reclamo al barro pordiosero de angustia,  
todo lo fío a tu amistad de cíclope,  
a tu cintura y brazos de olas firmes,  
que aprietan el erizo de la pena enrocada  
con un amor materno por la aleta y la espina,  
a tu piel tangencial donde resbala el tiempo  
sin poder hallar forma  
de convertir tu redondez en lanzadera  
para hilarte las madejas del desaliento  
y devanarte los bueyes de tu fuerza,  
tasándote murmullos y amaneceres  
que obliguen a pasar tus horizontes

por el ojo de nieve de su aguja.  
A mí no me fue dado repetirme  
en cuerpos sucesivos,  
no soy millonario de eternidad,  
vivo sobre un mendrugo de sangre pasajera,  
llevo tristezas y alegrías con rigor de contable,  
casi apenas si puedo errar en un latido  
o una gota de escarcha.  
Mi oleada de tiempo no sabe remozarse  
para empezar de nuevo  
a llenarse de abejas,  
a descubrir la concha de una mujer desnuda,  
a conversar de nubes con el árbol amigo,  
a cosechar el artesiano mundo de unos labios.  
En nombre de la prisa del grito y el relámpago,  
por el pez que más quieras,  
por tu raíz de sal erguida en mi tamaño,  
tráeme ya el instante  
nupcial de mi albedrío.  
Te lo piden, mordiéndose los puños,  
las hogueras que piafan en las cumbres,  
los salmones saltando río arriba,  
el sueño de tortugas de las plazas,  
los arenales que trabaja el viento,  
los caminos sin sombra ni mesones,  
los rebaños de lunas sin albergue,  
la lluvia en su trapecio de arco iris,  
mi rostro de ciudad bombardeada.  
No quiero seguir siendo una tierra sin nadie,  
el pesebre en que rumia la nostalgia  
las hierbas del silencio.  
Ya es hora de que pueda devolverme a mí mismo,  
decir que tengo patria para dormir sin miedo,  
agua para la sed,  
lenguaje de aire claro para hablar y nombrarte.  
Con la mano en la mar así lo espero.

## A LA MAR FUI POR MI SUEÑO

*a Albe y María José, en Bruselas*

Esta noche he soñado con la mar.  
Ningún silencio puntiagudo,  
ni la más leve arista de angustia,  
ni las nieblas del fondo perdido en la memoria  
me quedaron en pie.  
Todo estaba en una caracola de rumores,  
confundido en la sal como al principio,  
antes de que tuviese el agua  
la primera ilusión de eternidad,  
antes de que germinasen las algas una sonrisa.  
Sólo tenía conciencia de que iba a nacer de nuevo  
para estrechar la mano a los volcanes  
a la luz que se hierde en pestañas de ausencia,  
a los barcos que no encuentran los puertos,  
a los hombres que añoran su libertad perdida,  
a las penas que salieran a recibirme por los caminos.  
Pero penas felices como granos de menta,  
penas con labios de mujer,  
penas tan naturales como el ponerse la camisa,  
penas de hombres sin miedo,  
que ignoran el ataque y la defensa  
como las olas de desnudo torso  
como la hierba que medita y rumia,  
como los que duermen en el mismo lecho  
juntando los dedos y flores del descanso,  
uniendo los cabellos derramados  
en su mutua confianza de almohada,  
amigos en el grito que taladra la noche  
y en el calor de una copa de vino,  
en la lágrima que deforma el colibrí de los contornos  
y en la barca que rema su ternura de pueblo.  
Soñaba con un mundo sin traiciones,  
que no me tase el precio de mi hambre

ni me racione afectos ni palabras,  
que no me despilfarre en latidos inútiles,  
que no insulte los campos con trincheras  
ni nos recuerde que manamos sangre.  
En medio de mi sueño,  
toda la sal del mar la sentía en mí mismo  
cantando como un pájaro.  
Si ahora os lo cuento al levantarme  
es para que suceda y se haga carne un día  
por montañas y valles y ciudades  
aquí y en los planetas adonde el hombre llegue.

Con la mano en la mar así lo espero.

### A LA MAR FUI POR MI PATRIA

*a Edmond Vandercammen, en Bruselas*

Metí las manos en mí mismo. Una rompiente  
(y llamo aquí rompiente a todos los obstáculos  
que afirman los perfiles  
de una interior hoguera de silencio),  
pues bien, esta rompiente  
escucha al pez caliente de mi sangre  
subir y descender mareas de esperanza.  
Me habla y no le entiendo.  
Debe hablar un lenguaje de desiertos a media voz,  
de pezuña de lobo que huye de arboledas y caseríos,  
de libertad de negro entre dientes de blanco.  
Siento la extrañeza de haber castigado a un amigo,  
de tener la mirada bajo un pisapapeles,  
de alentar una nube sordomuda en la mano,  
de sorprender un huracán de violetas  
con la novia de un marinero.  
Pero hundo mis pies desnudos en la mar  
y entonces, desde su alba de gallo, la alegría  
comienza a dar su hora enamorada.

Mis pies ya son más míos, se apasionan  
con el acontecer de los moluscos.  
Se proyectan en un repique de alas,  
como si alguien los hubiera injertado  
en el amanecer de otros planetas,  
se sintiesen hermanos mayores de mis brazos  
y tuvieran conciencia de que me llamo Pedro  
y me sirvan para llevarme a todas partes  
por el camino de mi casa.  
Tú, mar, le has dado al agua el albedrío  
de andar por donde quiera,  
de formar en las sales de cualquier otro mar,  
tenga el nombre que tenga,  
sea lluvia o granizo,  
acordeón del viento o flemón de tormenta,  
y al transmitirme tu hontanar de ritmos  
soy ciudadano de una sola patria,  
esa tuya, que aman todas las latitudes,  
que puede conservar su lejanía  
en cualquier caracol abandonado,  
su intimidad de harina  
en las más desmandadas soledades.  
Siento que reivindicas a través de mi cuerpo  
tus remotos dominios sobre el hombre de ahora,  
rompiéndole los idiomas contra la boca,  
borrándole veredas,  
cuerdas de río,  
saltos de montaña,  
pedregales de odio,  
y, poniéndole un mismo nivel de ternura en la frente,  
un mismo beso de paloma en las alianzas,  
una misma razón de luna sobre la cabellera,  
le dejas la tierra tan llana como un libro,  
el corazón tan puro como un canto rodado,  
tan fraternal la mano como un campo de trigo.  
Ése será el instante

de besar la mejilla de los días,  
de invitar a la sed a sentarse a tu mesa,  
de escuchar la rapsodia de la noche estrellada  
e izarte hasta el propio tamaño de tu sueño.  
El instante en que le nazcan ojos a las piedras,  
desborden las cavernas panes dorados,  
se disparen con júbilo de perro  
las herramientas de los oficios  
y el tuétano feliz de la luz se te pose en el rostro.  
Ése será el instante en que gane la orilla  
la redondez legítima de sentirnos iguales,  
abrazándose arroyos y valles y llanuras.  
Desde la honda semilla a la estrella más alta,  
de la primera gota hasta el último nido,  
con un fluir que tenga sinceridad de árbol,  
llamarada de alcoba,  
pájaro y corazón de esposa y compañera,  
y no clave en tu frente sus espinas  
ni haga bajar tus ojos cuando el viento le muestre,  
a tu mundo hecho añicos  
su poderoso aliento solidario.

Con la mano en la mar así lo espero.

### A LA MAR FUI POR LAS ISLAS

*a Enrique Marco, en Sevilla*

¿Cómo iba a olvidarme de ti, mi tierra anfibia,  
que respiras las branquias de las aguas  
y te ciñes la blusa azul del aire,  
firmemente nupcial y deportiva?  
¿Cómo voy a ausentarme  
de esta rabia que caminan mis pies,  
si es con lava y volcanes como pueden nombrarse  
los silencios quemados en el alma,  
si eres tú quien me llevas a cuevas

subiéndote a los hombros mi ternura  
y alisándome hierbas y cabellos,  
si he fraguado en tus valles  
el cascabel del llanto y la alegría,  
si ardo con tus fuegos y lloro con tus nieves,  
si tu raíz de mar  
me ha dado el universo por bandera,  
y el amor, los amigos y el pájaro del sueño?  
Nunca mi soledad tuvo montañas  
porque en tu orilla late el infinito  
corazón de la sal,  
convirtiendo la popular paloma de la sangre  
en rumoroso vuelo,  
dando a los horizontes almohada  
y ofreciéndole al tiempo un refugio de arena  
para que no se sienta un desterrado.  
Por eso aquí es despacio la prisa y el verode,  
no necesita el grillo apresurar su canto,  
se le da a la palabra margen para que grane  
intimidad de fruta y amanecer de harina,  
se maduran en paz la noche y las plazuelas  
y todo movimiento tiene un punto de almíbar  
apartando los rostros de un traje de gusanos.  
Las islas siempre están sobre el camino,  
duermen a la intemperie y trabajan soñando,  
vivaquean a solas,  
aunque salgan sus montes a recibir la lluvia  
y sienten a su mesa todas las lejanías.  
Sus playas no distinguen de pasos ni de nombres,  
no permite la arena eternizar congojas,  
dejarse burilar con iniciales,  
tatuarse su fino vientre de manzana;  
son libertad que siempre está naciendo  
para que nunca mueran los que siguen su ruta.  
Es un nacer en serie que devora  
a la muerte en cadena,

y ese nacer muriendo de alegría  
que da al mar desnudez, es en las islas  
donde queda la huella al descubierto.  
Respetan, sí, el instante en que creas tu imagen,  
el destello que besa tu quehacer flotante,  
el latido que cruza fulgurando tu anhelo;  
pero no tu pasado de caracol vacío,  
no el recuerdo que sella propiedad o pertenencia,  
no el faro que se olvida de acuchillar la sombra.  
Las islas no descansan su unidad de colmenas  
porque es la mar quien vive sus orillas.  
La mar, que no han podido dividir en colores,  
ni deshojar sus olas como una margarita,  
ni meter en la cárcel sus espumas,  
ni asesinar el don de sus rumores.  
Las islas no son libres de andar por donde quieran,  
pero tienen razones de enarbolada roca  
que saltan a la altura como un río en llamas  
moldeando la angustia de un esperar sin tregua  
en una rebeldía de silencios.  
Déjame aún erguirme sobre tus precipicios,  
déjame izar en ti mi cuerpo acribillado,  
déjame amar la luna que ilumina mi casa,  
déjame con tus nubes de langosta en el aire;  
pero no me condenes a trillar la tristeza,  
a comer tus cenizas y apurar tu amargura  
viéndote desangrarte como el canto de un cisne.  
Yaunque seas tan honda como un puñal clavado,  
haz en tu espalda sitio al ladrido del perro,  
al pregón de las ramas voceando el crepúsculo,  
al libro en el que leo y al papel en que escribo,  
a los labios que beso y al amigo que abrazo,  
a la melancolía de estar siempre queriendo  
y al sueño que mantiene despiertas las naranjas.  
Que islas y amor de madre tengan las mismas letras.  
Con la mano en la mar así lo espero.

## A LA MAR VOY TODAVÍA

*a Luis Hernández Alfonso, en Madrid*

Dime, tú, mar, ahora ¿a qué naranja  
 he de tender mi frente?  
 ¿Debo arrancar de cuajo tus arenas,  
 golpear tus rumores,  
 escupir tus espumas,  
 matar tus olas de gallina de oro  
 que sólo ponen huevos de esperanza?  
 La paz te he suplicado y me la niegas,  
 mi ternura te ofrezco y no la quieres.  
 Pero algo he de pedirte todavía:  
 que no hagas naufragar a mi palabra  
 ni apagar el amor que la mantiene.  
 Aún mi mano en la mar, así lo espero.

## SOLILOQUIO DE LA MAR

*a Domingo Pérez y Pérez, en Venezuela*

Hoy me acerco a vosotros con tristeza.  
 El color de madrigal de mi frente,  
 mi alegría de cabellera despeinada,  
 no alimentan ocasos violetas  
 ni pestañas de luto  
 ni corazones rotos en desvanes.  
 Heredé de mí misma la costumbre  
 de estar siempre dispuesta a lo que salga:  
 el salmón de la luna o el riesgo de la muerte,  
 la noche del odio o el bandazo del horizonte.  
 Temo a los que aún no saben amarme,  
 a los que ponen sus temores  
 bajo el signo de las lágrimas.  
 Si de algo os acuso es de haber olvidado  
 mi rompiente manera de llorar.

No es un llanto de agua dulce,  
de estanque prisionero;  
no el llanto de rodillas de un esclavo,  
sino un llanto que alcance el rojo vivo,  
un llanto que taladre montañas,  
corte como una sierra  
y levante su copa como un árbol al viento.  
Los hombres nunca lloran hacia abajo.  
Lloran hacia lo alto de sí mismos,  
hacia la aurora campesina de los trigales,  
hacia su libertad de miel de águila.  
Lloran hacia su sed de soledades  
para apagar sus penas  
con gritos sin respuesta y caminos sin rumbo.  
Aprended a llorar como los niños,  
con su amanecer de espiga en los dedos  
mientras comen con rabia el pan y la sonrisa;  
con su cuento de hadas abriéndoles los ojos  
mientras rompen la crisma a los juguetes.  
No, vosotros no lloráis hacia los hombres  
con la firmeza de los cantiles,  
con la camaradería de las arenas,  
con los sordos colores de un pez en el acuario.  
No lloráis con mi fuerza,  
con vocación de retorcer cadenas,  
con voluntad de vida.  
Mi ilusión es que nazca vuestro llanto  
como los surtidores,  
como crece la hierba,  
como sube el ganado hacia la cumbre,  
llanto que os levante y os ponga en la cima  
de un dolor sin fronteras,  
desde el cual tenga el mundo transparencia de río  
viniendo hacia mis brazos a confundir sus aguas  
en una sola voz de bienvenida,  
en una dura piedra de amistad.

Cuando lloréis tan míos lloraréis con el alma  
y será entonces lluvia vuestro llanto,  
capaz de retoñaros de alegría.

Con la mano en el pecho así lo espero.

# ENTRE CUATRO PAREDES

[1968]

*Aun cuando es mi compañera Matilde Torres Marchal, quien ha dado vida a este libro, a todos los que han podido encender hambre y ternura entre cuatro paredes va dedicado.*

El poema inicial que origina este libro data de 1949, poco tiempo después de haber tomado compañera. Surgió un día, de súbito, sin preconcebirlo ni esperarlo. Permaneció mucho tiempo solitario, aislado del resto de mi producción y aparentemente alejado de los estímulos líricos que por entonces me frecuentaban. Posteriormente, al incidir en una atenta lectura de dicho poema —*Compañera te doy*— me fue revelando el orbe poético del cual era mensajero, emitiendo una atmósfera en la que, poco a poco, veía cómo se iba iluminando el tema del hogar y justamente en ese instante se convirtió tal poema en la primera piedra de este libro. El hogar se integra, en mi caso, primero y esencialmente, por la compañera, ampliándose a continuación su ámbito subjetivo, en muy discontinuas ráfagas, hasta irradiarse, no sólo a todo lo que en él nos convive, sino a las generaciones de los padres y los hijos, entre las que somos eslabón de contacto, y cuyas manos hemos sentido entre las nuestras.

Por otra parte, el hogar está inmerso en un tiempo dado y participa de los embates del contorno social que lo rodea, penetra y circunstancia tanto como de las peripecias del lugar en que se afincan. Y así, en el poema *Elegía de un banco*, recojo la desaparición de la plaza de San Telmo, inmolada en aras del rejuvenecimiento de la ciudad.

Y por último, el hogar se completa con los amigos ausentes, aquellos que un día se nos fueron por los caminos del mundo llevándose los rescoldos de nuestra convivencia.

Queda sin decir que la evolución de mi palabra ha ido aconteciendo como la sucesión de una existencia poética entregada a la libertad.

P. G. C.

# I ESTE HOGAR EN QUE VIVO

## COMPAÑERA TE DOY

*a Sebastián Mora Mora y Julia*

El aire del hogar  
 no es aire a la intemperie;  
 está domesticado, tiene anillo  
 y se frota el hocico en el espejo  
 donde te anudas la corbata.  
 El aire del hogar, su blanco aliento,  
 es una primavera de color,  
 el perrillo faldero de tu compañera.  
 Piénsalo ahora en su traje. La sigue  
 hasta las puntas de los dedos,  
 donde los frutos de los movimientos  
 maduran lo que tocan:  
 ya sea el libro en que se acuestan a dormir las ideas,  
 ya el juguete que ríe en los zapatos de los niños,  
 ya el jazmín que florece la mata de salvia de su cabellera,  
 ya el hornillo en que canta el agua hirviendo.  
 ¡El aire del hogar! Míralo, óyelo  
 cómo sigue, por veredas de sangre,  
 el decir de sus manos,  
 viviéndole por dentro crisálidas de tactos,  
 madrigueras de coyunturas,  
 mariposas de ademanes,  
 madre selvas de ternura,  
 cuando trafica cacerolas y porcelanas,  
 o le pega un botón a la camisa,  
 o le da de beber a los pollitos.  
 ¡El aire del hogar!  
 Allí te espera y sale a recibirte,  
 meneando la cola como un perro,  
 la sonrisa del pan sobre la mesa.

## A LA DERECHA, ENTRANDO

De un salto, sobre el mar,  
el camino ha llegado a nuestra casa  
ronroneando como un gato.  
Un poco tarde se le ha hecho:  
manotazos de avispas e instantes como años  
lo llevaron de un lado para otro,  
de rejas a desiertos, con temores y muertes.  
Pero al fin ya tenemos los dos la misma llave  
para abrir y cerrar la misma puerta,  
sin que el ojo de la cerradura se sorprenda  
de verme llegar solo.  
Antes de venir tú, el tiempo pasaba  
oyéndome llover. Apenas si podía  
llevarme agua a los labios  
de tan fría y tan sola.  
Las cosas de la casa  
monologaban un silencio de piezas de ajedrez.  
Cada una un lingote de soledad.  
A veces me tendían las manos del color,  
un poco naufragadas,  
con una doncellez de solteronas.  
Ahora ya es distinto.  
Hasta las más vulgares,  
las que todos los días trajinamos,  
cobran un aire nuevo,  
nacidas a otra vida,  
millonarias de una quiniela de ternura.  
Todas han comenzado a compartirme  
y calar la expresión de tus maneras.  
Ya el reloj no se para por tener a quien decir la hora.  
Ya el libro es realmente un compañero,  
no el mago ilusionista que ocultara  
mi libertad interior, que me impidiera  
el respirar por mi horizonte herido.

Pero ya estás aquí. Desde hoy la escalera  
subirá los peldaños contigo.  
Y el timbre de la puerta  
hará vibrar las ramas del silencio  
desde el trino del pájaro  
que despierta la yema de tus dedos.

### CASA DE ALQUILER

En esta casa en la que ahora habito  
vivieron antes otras gentes;  
pero tan pocas huellas han dejado,  
que en lugar de marcharse por la puerta,  
debieron de salir por los espejos.  
Sus nombres aún figuran en recibos,  
nombres como vestigios prehistóricos,  
perdidos rostro y voz, sombra y ternura,  
en los neutros estratos del olvido.  
Las letras de esos nombres  
están vueltas de espalda  
y no las deletrea ni el recuerdo  
de un clavo en la pared ni una mota  
de angustia en los rincones  
en donde los silencios se desangran.  
Recibos que debieron de pagarlos  
lo mismo que nosotros  
para tener derecho a lavarse la cara  
y no morir de sed  
o para que en la noche se encendiesen,  
con la fiebre del niño, las bombillas,  
acaso en los arenales del suelo  
si eran pocas las camas y mucha la familia.  
Agua y luz no debieron mal pagarse y medirse,  
sino ser gratuitas como el sol y las fuentes,  
esas dos libertades a las que el hombre ha puesto  
la camisa de fuerza del esclavo

y que vienen llorando de razones los ojos  
y los labios sedientos.  
Mis ojos, nacidos para la luz,  
puestos en órbita de estrellas,  
visionarios del rostro del amor y las cumbres,  
ahora amordazados por la sombra,  
y mis labios, nacidos para el beso y la palabra,  
para darle ternura  
a nuestro instrumental de soledades.  
Sí, en esos recibos de la luz y del agua  
ha rubricado el hombre sus demonios,  
los demonios que cobran el que vea a mi esposa  
respirar el silencio blanco de la almohada,  
batir el mar del sueño tras la frente,  
contemplarla dormida,  
en su total entrega,  
hecha toda colina y horizonte,  
en la alberca indefensa del reposo.  
Y he de pagar por eso, por decirle a mis libros  
que los quiero tener entre las manos,  
leyéndoles las venas oscuras,  
siguiéndoles el rastro a las ideas,  
taladrándoles las sienas.  
He de pagar para sentirme vivo,  
para ser menos noche,  
antes de que oscurezca totalmente  
y me vaya también por los espejos  
a desnacerme en nadie.

#### ANIVERSARIO

El día tiene nombre  
porque tú lo has estado haciendo  
con ramos de lluvias y claveles,  
porque tú lo has barrido  
con tus manos morenas;

porque has hecho el café y puesto los visillos  
igual que si estuvieras  
estrenando zapatos o probándote un traje.  
Tú no tenías fin. Por tu mirada  
desfilaban en orden los rincones  
y tu descanso hallábase y crecía  
limpiando porcelanas y cristales  
para que los amigos nos fueran transparentes,  
más íntimos los vasos y más recuerdo el vino.  
Tú lo llenabas todo,  
el tiempo era tu esclavo.  
Te venían las horas como anillos al dedo,  
todas ellas ponían el hombro en tu ternura,  
todas se te vencían y te dejaban sitio  
para no entorpecer tus idas y venidas.  
La misma cocinilla de gas  
no se apagó una vez,  
contenta de ser tuya y de servirte,  
de que el fuego tuviese  
el eco lineal de tus caderas.  
Tu alegría llegaba de muy lejos,  
de olvidados suburbios de cenizas  
y ciudades sin besos en la frente.  
En ella te cantaban, sin embargo,  
dedales y tijeras,  
niños y noches,  
amistad de cucharas y manteles.  
Y mientras que la casa se ilumina  
el quehacer del día que se cumple  
siéntase a reposar en tu regazo.

### MEDIA NARANJA

Echa mi sueño al lado y tómame en la hoguera  
de mi clamor de hombre, compartiendo  
el ámbito en que soy el mismo que me llamo.

Tómame aquí, en esta pleamar que me desborda  
arenas y esperanzas,  
en que me dejo ir por mi ternura  
de tomillo en la noche,  
viviendo tú por mí las mezquindades,  
mi pararrayos de los contratiempos.  
Ya mis ojos conocen tu despertar,  
ya tus cabellos tienen sombra de árbol,  
ya tus labios sonríen mi silencio.  
Nos dimos en la gota que brillaba  
alianza de agua y soledad de río,  
más allá de la mar y de las gentes.  
Y ahora estoy contigo, conmigo, con tu rostro  
que no sabe volverse atrás,  
sintonizando lumbres coloquiales.  
Si de algo estoy contento  
es de haberte encontrado,  
isla, mujer, costilla, espejo, mano  
que tantea en mis sienes, con libertad de amiga,  
la raíz en que sigo granándome,  
la espiga que no cesa de ganar las fronteras  
en las que pueda asirme a la voz de otros míos.  
Con mi mano en la tuya  
nunca será el invierno  
y en tu media naranja redondeo mi mundo  
aunque sigan rodando los trenes y los días  
por calles encendidas con pájaros heridos  
y campos que protestan su sed arrodillada.

### NUEVO HOGAR DE UNA CONCHA

*a doña Emilia Suárez de Reimers*

Ahora tú reflejas un mar de paz.  
No, tú no lo sabías  
que el agua tiene un rostro dulce,  
casi de esposa que mira el primer hijo.

Ni sabías tampoco que la sal  
no es la ropa interior de la ola,  
sino la abeja de amistad de la cocina,  
unos granos que alegran el corazón de la patata,  
el puré de legumbres  
o simplemente sonríen como sienes de lluvia.  
No, no lo sabías. Lo has aprendido  
aquí, bajo este techo,  
que oye tus ronroneos de brillos,  
que pone en hora tu silencio de nácar  
y besa el pabellón de tus esmaltes.  
Ayer vivías con los dientes apretados,  
en una roca frente al mar batiente,  
anudándote de soledad,  
llave echada a tu adentro,  
sin importarte el mal vestido musgo.  
Ahora te levantas con el día,  
y vienes a la mesa,  
y das color a los ojos del pan  
o te quedas mirando unas manos  
que piensan un quehacer de mariposas  
mientras se confidencian los rincones.  
Así es tu paz de hoy:  
el cariño de un dedal en un dedo,  
el vaso derramado en un mantel.  
O acaso sea tu paz esa lágrima  
que nació como la hoja en un árbol,  
dándonos lumbre, sal, adiós y mano  
desde el dintel de una sonrisa.

### ADORACIÓN A HUGO, REY

*a Hugo Westerdahl, nacido bajo el signo de Venus*

De ahí, de esa penumbra de silencio y de río,  
que se llama Hugo, horóscopo de Venus o «mon petit oiseau»,  
emerge un llanto que propaga sus rosadas vertientes

con la velocidad de la luz en ciernes,  
un llanto *boomerang*,  
salto y vuelo a la vez de corzo y piedra,  
un llanto con ojivas, picachos, tornasoles  
de árbol bajo el viento de la cumbre,  
llanto con rostro,  
emisor de raíces sumergidas,  
que enmudece de pronto y retrocede  
como si se hubiera asomado al precipicio  
de un silencio de porcelana.  
Hugo, yo sé que ahora,  
por la lente de microscopio de ese silencio,  
oyes crecer la hierba,  
incubarse en el jugo de las frutas  
el treno de la mar y el trino de la tierra  
en una encrucijada de algas y jilgueros,  
captar el radiograma azul del horizonte,  
flotar un *iceberg* por las aguas del Sena,  
traducir el amor de dos voces cercanas,  
y como tu nacimiento se ha cumplido  
en el año en que Sputniks cazadores  
persiguieron la liebre del espacio,  
habrás también oído la soledad de un perro  
sin libertad siquiera par dejar impresa  
una órbita viva de ladridos  
en las aladas rampas del asombro.  
Pero ya está el sendero. Y cuando seas grande,  
cuando llanto y silencio hayan fraguado  
el sueño del amor, la alegría del verbo,  
y desnudes la esfinge de tu horóscopo,  
acuérdate de mí, llévame a Venus  
en tu primer abrazo.

## ANI

Ani se llama mi sobrina.  
Nació allá por noviembre,  
a la orilla de un río  
con un puente romano y unas aceñas árabes.  
Álamos tembladores le dieron sombra verde  
a sus primeros años andaluces.  
Cantaba bulerías y bailaba fandangos  
que aquí, junto a la mar,  
se fueron marchitando y se perdieron.  
Y un acento canario, con el sol y la lluvia,  
—un lenguaje en su jaula de horizonte hogareño—  
se le ha ido posando poco a poco en las sienas,  
sonriendo en el trino de una rama,  
lloviznando en la luz de su voz. Todo sencillo  
como el aire, la rosa, la pena, los zapatos.  
Una joven es siempre distante en su interior.  
La tomamos en bruto tal como la queremos,  
tocamos su corteza,  
vemos nacer el trono a su sonrisa.  
Sentimos que su llanto lo tejerán arañas.  
Pero algo nos escapa: es ese instante  
en que la roca oculta salta como un resorte  
y pide la palabra,  
esa roca que de pronto toma sitio en la mesa  
y que es la misma que siempre estuvo a nuestro lado,  
sólo que la costumbre llamaba de otro modo,  
con un nombre distinto,  
escrito en clave cariñosa  
de protector descanso  
y mundo a la medida.  
Va a llegar el momento en que andes por tu cuenta.  
Que el frío no te hiele demasiado los hombros  
cuando al hogar de ahora le des la despedida.

## ELEGÍA DE UN BANCO

*a Arnulfo Córdoba y María Luisa,  
en un banquito de la Plaza de San Telmo*

¿Y puede ser este solar mendigo,  
lleno de calles harapientas,  
la plaza en la que estuvo  
el banco aquél, en que al hogar de ahora  
el amor puso la primera piedra?  
El banco ya no existe.  
Nadie más que nosotros todavía  
verlo podrá, ociosamente echado  
a la sombra o al sol, junto a unas casas  
que en familia vivían sus colores.  
Parecía de todos aquel banco,  
que no tuviese soledad ni mundos  
de silencio interior; pero a nosotros  
siempre nos protegía, recordando  
que fue árbol con nidos y que tuvo  
también su juventud de ramas verdes.  
Y de aquel banco público,  
huésped de una placita que el mar rumoreaba,  
íntimo como un surco,  
feliz como una ceja,  
levantábase el bosque  
de nuestras confianzas,  
un enjambre  
de economías y proyectos,  
tu ajuar de novia, pájaros en la voz,  
el hormiguero de los días  
con su brizna de miel entre las alas  
y con su luz amarga en ocasiones.  
El banco aquél, una ilusión flotante,  
dejaba de ser nube,  
tocaba tierra firme  
al ponernos de pie para marcharnos,

color la tarde de tus ojos.  
Ya el banco no está allí.  
La plaza misma  
está cayendo a golpes de piqueta,  
la abatirá la lanza de una calle  
y no tendrá una cruz que la recuerde.  
Pero él sigue anidándonos y acoge  
nuestros brazos de hoy en su espejo de antes,  
proyectada su sombra en nuestros hijos.  
Fieles a su amistad, no lo olvidamos  
nosotros y la mar, cuyos rumores  
ni podrán arrancarlos de la sangre  
ni serán derribados por barrenos.  
¡Pobre banquito nuestro!  
Ojalá que te hubieran enterrado  
en la canción de cuna de las aguas,  
tendido entre las olas  
desplegadas las velas del recuerdo.  
Y así a ti mismo fiel continuarías  
peregrinando nubes y horizontes  
en tu vaivén de tabla enamorada.

### LA ESCOBA

*a mi primo Rogelio Trujillo Cabrera e Isabelita*

Ella comienza el día  
saludando uno a uno los mosaicos,  
estimulándolos en su vocación de espejos.  
¡Qué alegría disipar tanta noche,  
borrar tantas ojeras,  
hacer salir volando las penumbras!  
Qué oficio el suyo, el de poner en marcha  
la actividad en cadena de las cosas que amamos  
y casi han conseguido convertirse en nosotros,  
damos fisonomía, nombre incluso,  
el nombre trabajado de nuestras preferencias,

ganado a pulso de años,  
construyéndose un rostro de sorpresas  
con el fluir de cada instante,  
el nombre que elegimos a través de ese cosmos  
de hábitos y enseres familiares,  
más real que aquel otro que nos dieron los padres.  
¡Y cómo un quehacer tan por los suelos  
puede engendrar aurora más difícil!  
Ella preludia el orquestado enjambre  
de los grifos, la música del agua,  
los buenos días de aceitados goznes,  
cimbreado su estirpe de amazona  
por pasillos, por patios, por aceras,  
tan feliz como un arpa  
tañéndose en el brío de unos brazos.  
Si su afán de pureza nos limpiara  
hielos apuñalados, torvos gritos  
y nubes de ceniza.  
Si al menos nos quitara la tierra de los ojos  
para mirar la luz encadenada  
que golpea los muros y la frente.  
La escoba también siente desventuras  
barriendo a veces lágrimas  
y los cristales rotos de los sueños.  
Y hasta auténticos trozos de sí misma,  
los inútiles pies de su esperanza,  
muerta ya la ilusión de andar a solas.  
Pero sin su traje de cenicienta  
nunca podría madrugar la casa,  
ni dar la bienvenida a los amigos,  
ni servir de caballo a los pequeños.  
Y es que en la escoba hay mucha  
humanidad de abuela.

## VOCES DE SERVIDUMBRE

*a doña Mercedes Sánchez Pinto, viuda de Fumagallo*

Estas mismas palabras con que ahora,  
aquí dentro,  
en la confianza del hogar, decimos:  
tengo sed,  
la paz ha de tener vida como un caballo,  
sin libertad no puede tratar de tú a mi sombra,  
todos estos ademanes profundos,  
se están mixtificando desde afuera,  
desde los trajes impecables  
de las frases condecoradas,  
que prefabrican huracanes  
sobre interiores campos desolados.  
Aquí dentro, en la casa, las palabras se muestran  
con esa claridad del fuego en las cocinas,  
con el sabor directo de la sal y del vino,  
conservan todavía  
virginidad de pájaros cantando,  
tienen la juventud de ser doncellas.  
Pero fuera de aquí, en la calle, en los salones  
que prolongan sus largas galerías de espejos,  
todo lo adueña un antifaz que obstruye  
el que nos encontremos y abracemos  
en el redondo corazón del día.  
Aquí dentro, en la casa, edificamos  
la ternura y los hijos  
y las palabras nos aprietan  
de amor labios y manos.  
A veces nos hundimos tan al fondo de ellas  
que casi no podemos regresar a nosotros,  
hacer pie en nuestra orilla,  
tan perfil de esperanza nuestra efigie  
colmada de sus luces.  
Pero brazos oscuros penetran nuestro sueño,

quieren anochecerlas con visillos de duda,  
les saquean la intimidad,  
las toman en rehenes para juzgarlas a capricho,  
dejan la dinamita del miedo en sus umbrales,  
y ya, por las palabras,  
cuando creemos besar los labios que nos aman,  
se nos pone un fusil entre las manos  
para que asesinemos a mansalva  
el viento de las cumbres,  
los terrenos resecos de una tierra de nadie  
en la que nunca hallamos domicilio ni agua.  
Ahora las palabras verdaderas  
—dame un beso, hijo mío; madre, cógeme en brazos—,  
aquellas que de niño siguieron nuestros juegos,  
alas de nuestra sangre,  
son unas desterradas que no pueden  
regresar a la patria en que nacieron.  
Vedlas pasar con el costado herido,  
mendigas de la pena y la nostalgia.

#### COMPAÑERA AUSENTE

Trémulo está el silencio  
en esta noche de la casa sola.  
Dan ganas de ponerle banderillas de fuego  
como a los toros mansos.  
No es paz su soledad, sino violencia  
de rincones yacentes,  
penumbras biseladas de distancia  
y ventanales que nos desazonan.  
Si entre el paio interior de estas paredes  
rompieran a cantar de pronto los jilgueros  
del agua hirviendo en la cocina,  
si pudiera darle la sal sabor a tanta ausencia,  
si al menos  
sonriese el comino su ternura.

La cocina es el sexo de la casa.  
Tiene arrullo y presencia de paloma,  
temblor de «ábrete sésamo»,  
venas de perejil y hierbabuena.  
Pero ahora, desde que tú has partido,  
está a punto de nieve el desconsuelo  
en el mosaico y la vajilla,  
y ni salta el aceite en las sartenes  
ni se desnuda el pecho la cebolla.  
¿Cómo es posible  
que todo se haya evaporado  
tan sólo con tú irte  
y quede solamente en torno mío  
seca la luz en las bombillas,  
secos los ruidos en los corredores,  
seca la obra muerta  
de esta quietud venida a destruirme?  
Pero algo aún perdura y me defiende  
del desierto de arena de la noche:  
un poco del café que tú has dejado  
le da un chorro de vida a la cocina.  
Y mucho más también. Las cucharas  
te recuerdan los labios.  
Las cacerolas, tus caderas.  
Graves, en orden, colgadas en su sitio,  
con la sonrisa miro sus colores  
de enquistadas simientes,  
formas de la alegría de tus manos.

### MIS SELLOS, LOS DESAPARECIDOS

*a Antonio Dorta Martín y Mariana*

Siempre fueron los sellos mis amigos.  
Uno a uno había comenzado a reunirlos  
cuando apenas llevaba de camino once años.  
Algunos llegaban súbitamente mariposas

por las esquinas del azar.  
Otros guardaban su ojo mágico  
en el fondo de los baúles,  
súbditos bien pegados al recuerdo  
de familiares que emigraron.  
Pero todos hablaban un idioma común:  
el lenguaje del ala y del grano de trigo  
que nos integra en una sola patria.  
Parecían muy débiles, pero llegaban siempre,  
sin conocer molicie ni descanso,  
con sus tatuajes marineros,  
después de haber traído tristeza o miel  
desde frutales lejanías.  
Algunas veces llegaban malheridos,  
con los colores trepanados,  
pero aun así tenían paso libre  
por fronteras y aduanas,  
eran invulnerables como el viento.  
A través de sus idas y venidas,  
de sus recados de palmeras,  
de sus arquitecturas transeúntes,  
se podía seguir el aleteo  
del hombre en libertad, la transparencia  
de su mundo interior, vivaqueando  
hogueras de esperanza.  
Yo los amaba en su alegría  
de perros fieles. Nunca traicionaban  
su mensajera estirpe.  
Como enjambres, llenaron la colmena  
del álbum. Cada hoja, un panal.  
En la pequeña librería,  
junto con mis poetas preferidos,  
en todo instante me aguardaban.  
Y ahora, echad tierra a mi rostro,  
poned un disco rojo  
que me prohíba el paso:

no quiero ver el hueco  
que dejaron mis libros y mis sellos,  
mis once años desaparecidos,  
mis arco iris  
inútilmente asesinados.

### CASA DE TACORONTE

*a Joaquín Romero Murube*

Retratos familiares  
cuelgan primeros planos en la sala  
que ha presenciado tantas muertes  
y ningún nacimiento.  
Y en voz tan baja como un sueño,  
casi apenas penumbra,  
me están hablando ahora.  
Retratos con los rostros que alentaron  
mis abuelos paternos.  
Ellos se hicieron Guadalquivir abajo,  
a cuestras con el río de sus vidas,  
dejando atrás Sevilla para siempre.  
Ambos eran maestros y venían buscando  
el mito que nos salva y nos condena:  
la manzana de la salud  
madurándose en medio de los mares,  
brote del corazón de su esperanza.  
Aquí aprendieron a leer los valles,  
a escribir con su letra  
abecés de montañas y horizontes.  
Aquí pudieron estrechar la mano  
de lo que había sido solamente  
el rumor de un distante paraíso.  
Ya trancas y barrancas  
salieron adelante con sus penas  
y quemaron sus naves.  
Mi rostro deletreo en sus facciones.

Algo mío hay en ellos:  
 raíces de nostalgias insepultas,  
 voces que nunca dejan de estar solas,  
 sonrisas de naranjo y hierbabuena.  
 No debieron ser «godos»  
 quienes aquí calaron con su muerte  
 el fruto amargo del aislamiento;  
 quienes en mí engendraron  
 la libertad por patria  
 y el sueño de una isla por frontera.  
 No, no pudieron ser «godos»,  
 jamás pudieron serlo,  
 quienes testamentaron en mi sangre  
 un cielo azul que brama como un toro  
 sobre esta soledad de estar muriendo  
 en la sed y en el pan de cada día.  
 Ni serán nunca sombras sino piedras silares  
 estos viejos retratos  
 que dan silencio firme a las paredes.  
 Solamente por ellos,  
 casa de Tacoronte,  
 más que de mar donde los ríos mueren  
 tienes de lluvia en que la hierba nace.

### PESADILLA

*a mis hermanos Anatael, Yara, Diego y Carmelo*

Esta casa la habían construido poco a poco mis padres,  
 casi engendrado como un hijo.  
 Más que de cal, de piedra y de madera,  
 era de carne y hueso igual que los hermanos.  
 Nosotros no teníamos más que el día y la noche,  
 pero eran noche y día químicamente puros,  
 hechos para el estudio y la ternura.  
 Algunas tardes íbamos a mirarla crecer.  
 Mi padre era maestro y le estaba enseñando

a leer en voz alta  
aires de libertad como a nosotros.  
La escalera tenía la viveza  
de una vena en el cuello de un caballo,  
blancura de conciencia las paredes,  
rectitud de conducta los cimientos.  
Un día quedó lista:  
le pusieron un número  
y ya el cartero pudo traer a nuestras manos  
todas las amistades de la sangre y los sueños,  
poniéndonos el mundo a nuestro alcance.  
Desde el zaguán nos protegía,  
hiciera lluvia, frío, miedo, calor o estrellas,  
y la noria de los peldaños  
nos subía  
a los albergues de los cuartos,  
tibios como el silencio del vientre de una madre.  
Era nuestra y bien nuestra,  
no por estar sentada en un registro,  
sino porque todos habíamos ayudado a levantarla  
quitándonos el pan de nuestra boca.  
En las cuatro paredes aprendí de esta casa  
a viajar sin fronteras por el mar de los hombres,  
a respetar los hombros de la noche estrellada  
y a no volver la espalda a las tormentas.  
Muchas epifanías amanecieron los reyes sus balcones,  
en los trances difíciles  
la amargura calzó nuestros zapatos,  
alguna que otra vez nos pusimos enfermos.  
En ella no temíamos a nada.  
Mi madre nos miraba desde el fondo del alma  
y su sonrisa, al vernos,  
tenía justamente el tamaño de un hijo.  
Una noche la puerta fue golpeada,  
pasos distintos a los nuestros  
atropellaron su descanso

y rostros armados de centellas  
violaron el pudor de sus entrañas.  
No quedó libro sin abrir,  
objeto por registrar ni papel en su sitio.  
Todo, patas arriba,  
blancas de miedo las paredes,  
horrorizado el silencio en los espejos.  
Esa noche la casa  
se quedó a la intemperie,  
como si un vendaval hubiera roto las ventanas  
y levantado el techo.  
Tanto perdió de intimidad y refugio  
que, desde aquel instante, los manteles,  
en lugar de la mesa,  
era como si se tendiesen en la acera.  
Y nunca más su corazón de fruta  
volvió a ser el de antes.  
Se había profanado su soledad nativa,  
su interior apacible,  
los anillos paternos que nos justificaban,  
el arca de la alianza del hogar.  
Cuando al día siguiente mi madre hizo la casa  
sus brazos no podían barrer tanta tristeza.

## II TIEMPO DE VACACIONES

### A ORILLAS DEL MAR

*Con la marea baja,  
sentado en la rompiente,  
escribo este poema*

Ni la mar ni mi esposa  
han nacido para las convenciones,  
no heredaron tamaña servidumbre.  
Las dos son una misma llegando y sonriendo,  
tienen un viejo aire de familia,  
esa fisonomía de rumores  
del que se acuna un alma de vaivenes.  
No son esa llanura  
que se puede cruzar a cualquier hora,  
que admite sin protesta  
el yugo arado.  
Las dos son un camino desde la soledad.  
Lo he aprendido esta tarde;  
cuando aquella bañista  
cortaba con brazadas de combate  
el mirafondos de la luna llena.  
Escarbaba las olas,  
se batía con ansia,  
destruía las curvas de la mar.  
Mi compañera, no. Le daba al agua  
su presencia interior,  
la desnuda templanza del que arena se sabe,  
del que ha peregrinado formas, cumbres y espigas  
desde el inmenso mundo de una lágrima.  
¿Pero a qué habrá venido  
esta hormiga a la playa,  
ahora que sube la marea

y no podrá ganar la seca orilla  
 antes de que la envuelvan las espumas?  
 ¿Habrás intuido que fue un rumor también,  
 una larvada brizna de silencio,  
 y que cansada de bregar a ciegas  
 vuelve a buscar, al cabo de los siglos,  
 la sumergida oscuridad materna,  
 ese cerrado vientre que nos tiende sus olas  
 hacia el día que sueña nuestra noche?

#### A LA VERA DEL BOSQUE

*(Bajo los árboles,  
 en el monte de Las Mercedes.)  
 A María Peraza de Ayala y Ascanio,  
 en el solariego afecto de sus padres*

Me hallaba en la colina,  
 bajo los brezos y las hayas,  
 oyendo la resaca del viento.  
 Tan aprisa cruzaba,  
 tan a las tuyas iba,  
 que no podía recoger la ternura del tomillo silvestre  
 ni tolerar que la insignia de un ave  
 distrajese la soledad del cielo.  
 Pasaba a toda voz, espoleando su carrera.  
 Yo quería escribir algunas notas,  
 pero se me tensaban los instantes  
 y la furia del ramaje  
 me sumía en un árbol más,  
 en un insecto al que sobraban todas las palabras,  
 en un hombre al que estorbaban  
 todos los pensamientos.  
 Estar así, en tierra,  
 oyendo los arranques del aire,  
 es olvidar la sed de los caminos  
 que nos conducen a ninguna parte.

Se siente uno entonces con ganas de árbol  
y le sorprende que una hormiga  
pueda seguir bullendo entre rastrojos  
sin esconderse en su agujero ni ocultarse  
del mundo silbador.

Aquí no son posibles las palabras;  
si alguien desea hablar ha de cubrirse  
con el traje de musgo de los troncos,  
agacharse, ponerse a ras de hierba,  
al nivel de la hormiga. Más alto, las palabras  
se convierten en hojas, en vuelo nada más,  
rompiéndose sus pompas de jabón  
antes de que puedan expresar lo que quieren.

Cerca estaba mi compañera,  
otros excursionistas,  
relojes y collares  
tintineando dejes de ironía.

El viento seguía pasando  
con su vuelo invertido de avión,  
nos arrancaba el pañuelo  
y sacaba los ojos a puñetazos,  
nos obligaba a mantenernos en nuestras raíces,  
en un fluido ámbito de nadie.

Unas rachas venían más crecidas,  
más de la inmensidad.

Otras se habían marchitado  
sin reventar en iras.

Solamente los troncos  
tenían serenidad y fortaleza  
para los vendavales.

No vibraban, se hundían bajo tierra,  
muy abajo, casi con alma de roca sumergida,  
verde la hombría de su sombra.

Igual que bajo el viento en la montaña  
así vamos ahora, en lucha guerrillera,  
caminando por ráfagas,

gritando a bocajarro,  
como si ya hubiéramos extraviado el saludo  
y sólo nos quedara  
el enseñar los puños y los dientes.  
Y me dolía mucho de que el viento,  
para seguir en libertad,  
hubiera abandonado su inocencia  
de dialogar con trigos y amapolas.

### III EL HOGAR EN VOLANDAS

#### MENSAJE AL ESPAÑOL PEREGRINO

Me he acordado de ti muchas veces,  
en invierno, en verano,  
en la hora nocturna y en el sol de justicia.  
En invierno,  
cuando la lluvia injerta en la frente los cielos,  
tú has estado conmigo,  
salpicado también por sus gotas,  
no a través del cristal del pensamiento,  
sino en mi paso apresurado,  
en el gozo de mojar te  
dentro de un aguacero  
que escribe con su letra nuestro nombre.  
En verano,  
cuando tu piel se vierte con la mía en el mar  
—al que estamos unidos en familias de olas,  
en rumores de selva y arrebatos de ira—  
tú has pisado conmigo la arena de las playas  
donde soñamos unos horizontes,  
uña y carne de ríos y montañas,  
sin manos que cerrasen las puertas  
ni llaves que dejasen nuestra amistad en la calle.  
Te he dejado mi cuerpo muchas veces  
para que lo llevaras  
hasta el tronco del árbol donde tus iniciales han crecido  
y le cortaste una hojita  
que llevarte a los labios.  
Te he dejado mi cuerpo para que lo tendieses  
bajo este cielo nuestro,  
sobre la dulce hierba nueva,  
que canta con sus verdes lenguas de fe

la esperanza de la tierra en el hombre.  
Te he dejado mi cuerpo para que germinaras  
en este aire que lleva nuestra vida en los dientes.  
Y ahora, que ya has visto con mis ojos, te entrego  
el amigo y la lumbre, la casa y el descanso,  
tal como lo vivimos en esta primavera.

### CARTA A JOSÉ DOMINGO

Palomas, sí, palomas en el aire  
cuando en ti pienso, cuando a mí te atraigo,  
por este cielo que miramos juntos,  
por esta soledad que nos comparte.  
¿Qué otra cosa podemos, codo amigo,  
calados de silencio hasta los huesos,  
que evocar desde un fondo de ternura  
nuestra victoria de hombres derrotados?  
Que lloren, sí, que lloren los que aún tienen  
arpones de venganza tras las manos,  
suyos serán el odio y las tinieblas  
que les vede la flor y la mañana.  
Para ir a ti le pido a la tristeza  
ojos del buen mirar, ojos trigueños,  
que puedan envolverte en un impacto  
de tiempo sur por islas desveladas.  
Te siento, sí, te siento en compañero,  
tan vivas las palabras como el rostro  
de nuestras dos pequeñas en el parque  
viendo nadar los cisnes un domingo.  
Perdona este recuerdo que te llega  
desde la mar de la verdad y las olas,  
pero es que a veces el recuerdo habita  
la memoria del suelo que pisamos.  
Descansa, sí, descansa en las arenas  
de riguroso luto de estas playas;  
ellas no olvidarán nuestra presencia

de hogueras consumiéndose en la noche.  
Mucho nos va muriendo cada instante,  
pero otro mucho resucita y pide  
libertad para amar nuestras heridas  
que de júbilo duelen y de amargura cantan.  
Amigos, sí, amigos desde siempre,  
de antes de conocernos, cuando fuimos  
ritmos de la oscuridad bajo los mares  
o de la ahora oscuridad consciente.  
Discúlpame, hombro amigo, no era esto  
lo que había pensado al escribirte  
sino de tus palomas familiares  
por estos cielos que miramos juntos.

#### HA LLEGADO TU CARTA

Sí, amigo mío, me basta con tu letra  
para saberte entero.  
Veo en ella tu rostro, tus ojos más azules,  
tu silencio  
más fuerte que la pared de mi retiro.  
Leyendo en el trigal de tu sonrisa  
la distancia es breve valle de nudos,  
casi dos manos que se aprietan.  
Te veo sin ayer, casi de ahora,  
injertado en tu paso,  
cruzando el bambú de la sombra por las calles  
hasta hacer por su asfalto y por mis sienas  
latir tus pensamientos.  
El libro que leíamos y el humo del cigarro.  
Tu letra, con rasgos de cordero que pacen en la niebla,  
tiene rumor de olvido,  
de pájaro en la noche,  
de caballo en la luna,  
de todo lo que aroma soledad y desposorio  
de una alianza en un dedo.

Tu letra, esa flor de la rama de tus brazos,  
 donde te vas dejando el camino,  
 donde te guardas y te encuentras,  
 donde resonará el caracol de tu frente  
 aún después de que el puño de la tierra  
 desvanezca tu boca.

Tu letra, más dura que la piedra y la muerte,  
 palmera o surtidor que da fe de tu vida,  
 sosteniéndote más allá de tus trajes,  
 más cerca de las raíces de ti mismo  
 y el corazón de las tormentas.

Sí, me basta con tu letra para tenerte entero,  
 desde abeja y corbata hasta ternura y llanto,  
 desde el barco que hacíamos con pencas de tunera  
 hasta el irte sin nadie presentirlo,  
 ni esperarlo,  
 ni siquiera pensar que era posible.

Con tu palabra escrita puedo tenerte todo,  
 escribas madre o isla, digas nostalgia o nube,  
 tengas o no palomas arrullando tus sienes.  
 La letra, esa semilla de eternidad del hombre.  
 Que ella te viva siempre sobre el tiempo y la mar.

### ME VISITA TU AUSENCIA

*a Juan Rodríguez Dorreste*

Un día llegarás, en el costado de la brisa,  
 con un valle de palmeras descansando en la frente.  
 Será la hora en punto de responder a los colores,  
 la hora en que el rocío  
 se posa en la hoja de la sangre  
 con un temblor de pájaro,  
 la hora en que la mesa recibe la ternura del mantel.  
 No será necesario que llames a la puerta:  
 tu nombre sonará como una herida en el rostro,  
 como los nudillos del silencio en los espejos.

Tus miradas traerán de la mano el horizonte,  
la yugular de la alegría  
y los sueños de un tren en marcha  
hacia las amapolas de los campos de trigo.  
Te sentarás aquí, en la butaca  
donde el río dejó de ser corriente  
para cazar un pato en los cañaverales de la orilla.  
Cerraré las persianas para que no te llene  
el sol de vidrios el semblante  
y pueda ser verdad tu retorno,  
y no te caigas hacia adentro, a pies de aguas oscuras,  
palpándole los músculos de distancia a los años.  
No sé lo que dirás.  
Pero nos miraremos con cristal de aumento,  
con ojos de zaguanes,  
párpados de arco iris  
y pestañas de lluvia.  
Nos miraremos desde el lomo de un perro,  
desde el azul de un telegrama,  
desde los náufragos del mar,  
desde un niño que corre en bicicleta.  
Nos miraremos desde los dedos y la sonrisa,  
desde el indicador de las balanzas,  
desde el césped y el pan,  
desde la pedrada que nos dimos un día.  
No nos diremos nada,  
pero nos rumiaremos los ojos  
como los bueyes del silencio y la hierba.  
Y todo el aire en torno  
tendra una presión y forma  
de una mano en la espalda.

## TESTIMONIO

*a María Rosa Alonso*

Sí, aunque desaparezca,  
quédeme esta palabra como un pájaro vivo,  
volando siempre sobre los verdes de los campos,  
haciendo nido en los cabellos de un corazón enamorado,  
en el árbol más fresco del estío.  
Sí, palabra mía, cangilón de mi voz,  
florécete en el aire,  
no te rindas las alas.  
Con pasión y verdad has traspasado el día,  
con sed madrugadora has movido la noche.  
Contigo han sonreído los peces en mis ojos  
y se me han desbocado rebeldías.  
Contigo he sostenido la libertad en los brazos  
y el amor en las yemas de la sangre.  
Hija no eres mía; yo soy el que procede de tu trino.  
Solamente por ti me he dado a todos.  
Y cuando ya no pueda volver a acariciarte,  
a gozar de tu sexo de muchacha;  
cuando pierda la llave  
para entrar en la casa sellada de mi cuerpo  
y me quede por fuera de mí mismo,  
no temas tu orfandad, palabra mía,  
que alguien su soledad compartirá contigo  
y labios que sonrían lo que piensen  
harán de tu silencio una estrella fugaz.

VUELTA A LA ISLA  
[1968]

## VUELTA A LA ISLA

*Este libro, aun siendo un recorrido a la isla de Tenerife, a la que debo todo lo que soy, es un homenaje a la región canaria, ya que desde la cima del Teide puede contemplarse, con los ojos del amor a la tierra, la totalidad del archipiélago.*

*Tanto los romances a los pueblos como a las islas no pretenden ser una descripción geográfica. Sino una versión personal de los mismos, recogiendo las vivencias acumuladas de cada lugar a lo largo de los años. Por eso hay romances que aluden a peripecias de hace mucho tiempo y que han guardado el calor de mi adolescencia. Ahora bien, todos los romances, sin ninguna excepción, han sido compuestos en el ambiente de cada sitio, pisando su suelo, viviendo su actualidad, pensando sus noches y respirando sus días, conversando con las gentes y el aire que las rodea.*

*Y debo dar las gracias a cuantos han contribuido a facilitarme el acceso a los más inverosímiles lugares y a posibilitar este libro, en especial a la Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Santa Cruz de Tenerife, que ha tenido la gentileza de patrocinar y publicar esta Vuelta a la Isla.*

P. G. C.

## NANA DE UNA ISLA

Ella había nacido para el mar.  
Las curvas de su espalda,  
desde muy pequeña,  
tenían cumpleaños de olas.  
Se despertaba  
con rumores de playa en los costados,  
con sus cabellos de alga en las arenas  
y el pez de la sonrisa  
nadándole los labios.  
Crecíase hacia adentro,  
hacia sus libertades submarinas,  
que tomaban el sol abriéndole los ojos  
en tirones de sueños y resacas.  
Por la noche soñaba con sirenas.  
Un día se fue al mar:  
iba llorando soledades.  
Una lágrima fue su salvavidas.  
De ella tomó volcán, intimidad y contorno.  
Y se quedó flotando entre las aguas.  
Ahora es una isla que llaman Tenerife.

## CANTO A SANTA CRUZ

Concédeme el honor de apadrinarte,  
ciudad por cuyas calles ha latido  
el ruisenior de sangre de mis venas;  
ciudad que te levantas con el rostro  
vuelto a la libertad del horizonte;  
ciudad que has hecho un nudo de tu llanto  
al ver tus alas de distancia y vuelo  
reducidas a cisnes de un estanque.  
Del mar te viene nacimiento y cuna.  
Naciste ya morena de volcanes,  
casi con desnudez de piedra y cielo,  
remera de tus brazos y tu frente,

con las piernas hundidas en el agua  
igual que una muchacha pescadora.  
La mar fue tu nodriza, con sus senos  
de espuma y soledad, con sus espaldas  
de música y gaviota, con sus hombros  
de ondulante trigo y con su vientre  
redondo de aventura y lejanía.  
Tú te has ido creciendo poco a poco,  
trabajándote al ritmo de las olas,  
con un dolor de cumbre en la mirada  
y un balandro dormido en la sonrisa,  
pensándote de árboles y nidos  
por las meditaciones de tus plazas  
y albergando en tu concha de molusco  
un rumoroso corazón de abeja.  
Te quiero porque vienes desde abajo,  
de descalzas arenas, y no ocultas  
tu quehacer de obrera de los mares;  
te quiero porque has hecho por ti misma  
tu casa y tu canción; porque tus hombres,  
a la altura de todos los caminos,  
no le ponen frontera a lo que tenga  
contorno, y lucidez, y alma de nieve;  
te quiero porque en medio de las aguas  
besas en paz el corazón del mundo  
y lo llevas atado en el recuerdo;  
porque tienes aún en las mejillas  
fresco el amor y tibia la mañana  
de la amistad del aire y las palmeras;  
porque sabes sufrir y nunca olvidas  
que el odio es una espina de cien leguas  
donde no puede amanecer la rosa  
que respira en el fondo de tu pecho.  
Tú no vienes de ayer, llegas de ahora,  
del fulgor del instante que se clava  
en tu costado abierto a la alegría.

Y te das y te tienes, trasmitiéndote  
 en el acordeón del oleaje,  
 que se va con tu voz y que retorna,  
 con su alianza de afectos y destinos,  
 sobre la azul espuma enamorada.  
 Has llegado hasta aquí, ciudad sin tacha,  
 mirador de la mar, mordiendo el fruto  
 maduro de sirenas y de afanes  
 en el silencio de tus propias manos.  
 Vosotros, carpinteros, proseguidla  
 con las maderas de los altos sueños;  
 vosotros, albañiles, continuadla  
 con piedras duras como vuestras vidas  
 y vosotras, doncellas, florecedla,  
 dadle virginidad de bosque y lluvia,  
 dadle vuestras espigas de ojos claros,  
 dadle vuestra ilusión de ser felices.

### LA LAGUNA

*a Luis Ramos Falcón*

Yo me he subido hasta aquí,  
 yo, verode, a los tejados,  
 para poner a la altura  
 de la ciudad todo el campo.  
 Y no es que quiera evadirme  
 de la amistad del arado  
 por codearme con torres,  
 veletas y campanarios,  
 que es mi savia la que enciende  
 los populares geranios,  
 la ternura de la hierba  
 que cubre el vientre del barro  
 y las tierras de labor  
 donde sonrío el trabajo  
 mirándose en el espejo

de los frutos y los granos.  
Campesina es mi raíz,  
pero mi traza es de hidalgo  
y amo estas calles, las quiero  
con todos mis verdes altos,  
estas calles que se alejan  
hacia los silencios mansos  
que se duermen en la frente  
del buey redondo del llano.  
Por estas calles yo he ido  
con mis libros bajo el brazo,  
desde las ágiles aulas  
al lento Camino Largo,  
de las fuentes del Derecho  
a la ecuación de los pájaros  
y del trino de una flor  
al seno de un corolario,  
siempre por mis soledades  
y sueños nunca alcanzados.  
De aquí contemplo los cerros  
que me custodian los flancos,  
mis cerros como carretas  
inmóviles: son mis barcos,  
esos barcos que tripulan  
lluvias y vientos descalzos  
aunque a veces vaya en ellos  
la pena de contrabando.  
Tal San Roque. Su recuerdo  
aún me sangra en el costado.  
Fue hermano mío: el primero  
que abrió mis ojos al llanto  
y a quien una piedra en forma  
de cruz sostiene en los brazos.  
Pero yo no soy tristeza  
ni caracol ermitaño,  
sino antena que transmite

ese abierto abecedario  
de letras vivas y hojas  
que pone en pie cada árbol  
para que sea la urbe,  
más que un mármol de basalto,  
el corcel en el que viaja  
el pensamiento a caballo.  
Yo no miro sobre el hombro  
a los que van paso a paso  
pastoreando silencios,  
crepúsculos y rebaños.  
Y cuando toda la vega  
entra en mis lares bailando,  
y sus aperos y frutas  
se entrañan en mi regazo,  
y cada calle da a la luz  
mieses, carretas, ganados,  
en el río de colores  
que es la progenie del agro,  
el corazón en el pecho  
me salta como un muchacho.  
Únicamente lo saben  
los que miran a lo alto.  
Y me siento muy feliz  
presidiendo los tejados  
de mi Laguna del alma  
—nidal, simiente, cenáculo—,  
belén de sabiduría  
que da nacimiento al campo.

#### LA ESPERANZA

Tengan cuidado, señores,  
que estamos en La Esperanza  
y aquí los caminos van  
a donde les da la gana.

Que si al norte, que si al sur,  
que a la mar, que a la montaña,  
que si a muros, que si a olvidos,  
que a los perros, que a la nada.  
Jamás te dicen su fin,  
caminan vueltos de espalda.  
Son caminos de veletas,  
un laberinto que anda;  
ni te llevan ni te traen,  
te dejan en la estacada.  
Tus pasos pueden seguirlos,  
pero nunca tu mirada;  
dan más zig-zas que conejos  
burlando tiros de caza.  
Por alguna trocha puedes  
llegar a tu propia infancia  
abriendo el arco de punto  
de las góticas castañas.  
Ver a la mamá Aguedita,  
la escuela, con su fachada  
triste, y el bosque que ha entrado  
como un señor en la plaza  
mirando jugar el viento  
con la tierra colorada.  
Pongan cuidado, no pierdan  
esta emoción de cucaña  
que en lo alto de los pinos  
prodiga sus espadañas.  
Cuidado, tengan cuidado,  
que aquí se cae o resbala  
en el barro y en las piedras  
que humedece la nostalgia.  
Caminos que nos caminan,  
veredas que nos alcanzan,  
qué lejos vamos, qué lejos  
sin mesón y sin posada.

No sigan, párense aquí  
y remójense la barba,  
que estos caminos verdinos  
me están mordiendo en el alma.

### TEGUESTE

Aquí tenéis a Tegueste,  
mas ni muro ni ciprés;  
firme como los cipreses  
Tegueste sí que lo es.  
Es un nombre con raíces  
que no se dejan torcer  
y que se lee lo mismo  
al derecho que al revés.  
Y es tan singular que sólo  
en Tegueste puedes ver  
la botonadura roja  
de un eucaliptus de ley.  
No perdió el tiempo en peninos,  
de golpe se puso en pie  
y comenzó a andar a solas  
sin temor a los trapiés.  
Es el David de la isla:  
se hizo pueblo de una vez  
poniendo en hora su casa  
por el reloj de su sien  
para comerse a su gusto  
su pan, su vino y su miel.  
Enhebrado a su trabajo  
nunca abandona su aquel  
darle tregua a cada instante  
para que empiece a nacer.  
A nadie le pide nada,  
a nadie le quita el bien  
y en las fuentes de sí mismo

abreva su propia sed.  
Aquí es Tegueste, un enclave  
de mucha fuerza y poder,  
manso como los silencios  
y redondo como un buey.  
Dame tu remanso y brío,  
Tegueste, que yo también  
quiero redimir al hombre  
que late bajo mi piel,  
los vendavales del ansia,  
las montañas del querer,  
el alba que me amanece  
y aun mi sal y mi hiel.  
Aquí es Tegueste, el pionero  
que brega por proteger  
su herencia de agua y de sol  
con la mayor sencillez.  
Y si has de seguir así,  
dale que dale a tu riel,  
ponme un cigarro en la oreja  
y empadróname en tu edén.

## TACORONTE

*a Ernesto Castro Fariñas*

En este pueblo dibujan  
los chicos de las escuelas  
lentos paisajes de sombra  
con grises muertos de pena.  
La pompa de los colores  
aquí para nada cuenta.  
Ni el girasol de la tarde  
en los cielos, ni la cuesta  
de los verdes monte arriba,  
ni el reclamo azul siquiera  
de un pie de lluvia en la mar,

se asoman a su paleta.  
Y es que el hombre de estos campos  
siente su trozo de tierra  
tan al fondo de sí mismo,  
de su intimidad tan cerca,  
que cuando al final del día  
ve cumplida su tarea,  
ya el gris del atardecer  
es ceniza de la hoguera  
que ardió, mientras trabajaba  
sin levantar la cabeza.  
La vanidad del poniente  
no hace germinar la hierba,  
ni sacia el hambre y la sed,  
ni le redime y libera.  
Él se da todo a sus manos,  
las manos con las que siembra  
de golpe, en el mismo surco,  
su libertad y su condena.  
Comparte desde sus últimas  
melancolías sedientas  
la igualdad de las semillas  
en el seno de la tierra  
y esa oscuridad redonda  
del vientre de las cosechas  
que le devuelve al silencio  
de las entrañas maternas.  
Silencio de Tacoronte  
tan duro como una piedra.  
Cuando te alejas del fácil  
río de la carretera  
este silencio te sigue  
igual que un perro de presa  
y contra él no te vale  
cerrar ventanas y puertas.  
A donde quiera que vayas

te va lamiendo su lengua.  
Este silencio es el mosto  
que fermentan las bodegas,  
el espejo en que se miran  
rebeldías y tristezas;  
es la soledad que pintan  
los chicos de las escuelas;  
es el corazón del hombre  
latiendo rabia las venas;  
solo, de ideas adentro,  
más solo, ideas afuera.  
Silencio que nunca duda,  
pisa firme y pone a prueba  
lo que de isla y volcán  
aún en nosotros queda.  
Y en medio de este silencio  
que ante nadie se doblega,  
la noche de Tacoronte,  
vendimiadora de estrellas,  
deja hundirse en el descanso  
de su oscura cabellera  
las manos del que trabaja  
y la frente del que sueña.

#### EL SAUZAL

*a Tomás García Suárez*

De la mar hasta Ravelo  
El Sauzal alza su copa  
de un vino tinto que pone  
el corazón en la boca.  
Con su vocación de cepa  
y del romance la forma  
se asonanta de racimos  
por pendientes y amapolas.  
Y se estira como un galgo

desde el umbral de la costa  
que es, éste, pueblo que sabe  
andar aprisa y a solas  
sin que la sed le acobarde  
ni busque matas de sombra.  
No son muchas las palabras  
que puedes decir de prosa  
si lo mides por el ancho  
de sus espaldas angostas.  
En cambio, de abajo a arriba  
te cabe cualquier historia  
de los sudores que pasan  
las familias labradoras.  
Dame un buen vaso de vino,  
Sauzal, que ya no es tan moza  
mi sangre para subir  
cuestas que a nadie perdonas.  
No le envidia a los atletas  
pértigas, domos ni botas,  
pues él salta a pie juntillas  
del alto monte a las olas.  
Tu carretera le abres  
a las gentes presurosas,  
mas tus confianzas guardas  
para caminos y trochas.  
Paisaje es este que tiene  
un silencio de persona,  
fidelidad de amor seco  
y la hombría de una roca.  
Todo aquí muestra el talante  
del que se basta y se sobra.  
Es sólo un brazo sin mella,  
un brazo que lucha y forja  
el destino de una mano  
que jamás pidió limosna.  
Cumbre, arriba; abajo, espuma.

Lo demás todo es alfombra  
tendida sobre el silencio  
de la esperanza más corta  
de aquellos que dan al tiempo  
tiempo, vendimia y zozobra.  
Sauzal, sírvenme unas perras  
de tu intimidad más honda  
que quiero la isla beberme  
de un solo trago en tu copa.

#### LA MATANZA

No digáis que conocéis  
el pueblo de La Matanza  
si sólo la carretera  
bordeáis sobre la marcha.  
El pueblo está más arriba,  
más corazón de su casa,  
más atril del sol poniente,  
más pájaro, de su jaula,  
donde le nació una muerte  
de tanta solera y casta  
que jamás nadie ha podido  
entrar a descabellarla.  
Entre vía y caserío  
las pendientes dan la cara  
y los caminos se tensan  
como cuerdas de guitarra.  
Todos te dicen adiós  
si los subes o los bajas  
y sientes como el saludo  
hace las cuestas más llanas.  
Por la carretera, en cambio,  
no te dirán nunca nada,  
que el asfalto no se ha hecho  
para transitar palabras.

¡Qué dos mundos tan distintos  
a tan mínima distancia:  
el de la estrella fugaz  
y este que medita en calma  
higueras de soledades  
y viñedos de esperanza!  
Y entre estos polos, la calle  
de una intimidad que alarga  
el bies del silencio a hombros  
de la mar y la montaña.  
Una calle que no evoca  
el calvario de una espada,  
la ráfaga de una onda  
ni la momia de una lágrima.  
Una calle con el aire  
del pasillo de una casa;  
el puro fiel del sosiego  
pesando un tiempo de brasas.  
El barranco de Cabrera,  
platillo de esta balanza,  
es solemne como un órgano  
cargado de resonancias.  
Aquí el peso de la muerte  
cortó los trinos del agua  
y sólo queda el recuerdo  
de una fuente abandonada.  
Mis ojos leen en ella  
oscuras letras cifradas,  
vencedoras del olvido,  
entre viñetas de zarzas.  
Sabed que un poblado guanche  
tengo en las cuevas del alma  
que la sombra de un barranco  
se me mete en las entrañas  
y que el cáliz de mi sangre  
se arrodilla en La Matanza.

## LA VICTORIA

Como un anillo escondido  
para que alguien lo encontrase  
di con la plaza de luchas  
de este pueblo, en el instante  
en que se daban la mano  
dos luchadores rivales.  
Aquí mismo, en La Victoria,  
cayó vencido esa tarde  
uno de ellos, cuyo nombre  
no recuerdan los anales.  
Las ballestas de los músculos  
resaltaban en su carne  
con el relieve que alcanzan  
las aceras en las calles.  
La majestad de su fuerza  
se asomaba a su semblante  
casi con la transparencia  
de la lágrima y la sangre.  
Era muy parco en palabras  
y tan de adentro el lenguaje  
que al hablar se oía el hondo  
resuello de los volcanes.  
Él le imprimía a la lucha  
bríos de cumbres y mares  
y trabajaba la brega,  
desde el comienzo al remate,  
como un hijo que se gesta  
en el vientre de una madre.  
Nunca se vio luchador  
de tan viriles quilates  
caer vencido en la arena  
con tanto temple y coraje.  
Cayó por cotas de malla,  
por arcabuces y sables,

que por levantada nunca  
lograrían derribarle.  
La fecha la desconozco  
y sería vano alarde  
situar este desafío  
en un terreno distante.  
Porque a veces las derrotas  
tienen las alas de un ave  
y en vez de rodar por tierra  
se remontan en el aire.  
Ahora, una gran ternura  
se derrama en el paisaje  
que crece y crece en la noche  
llamando a nuestros hogares,  
mitad, congoja y entrega,  
mitad, defensa y combate.  
Por aquí, por La Victoria,  
puede medirse y palpase  
como a una isla da norte  
un llanto que no es de nadie.

#### SANTA ÚRSULA

Toma de prisa el camino,  
vámonos a Santa Úrsula,  
que quiero ver cómo viven  
las palmeras en república.  
Son palmeras populares  
sin más tradición ni alcurnia  
que no doblegarse al viento  
ni tener letra menuda.  
De las raíces les nace  
tal rectitud de conducta  
estallando en una verde  
estrella de pulso y púa.  
Por eso son sus escobas

unos discos que modulan  
los rumores de las nanas  
que dieron aire a su cuna.  
Viven en familia, solas  
se acuestan, solas aúpan  
sus dátiles y sus pencas,  
sin pedir a nadie ayuda.  
Nacen y mueren de pie,  
admiran y no preguntan,  
y aun cuando son soledades  
su pensamiento es azúcar.  
Visten siempre de domingo,  
no pierden su empaque nunca,  
y tan femeninas son  
que sólo tienen cintura.  
Cada palmera es un voto  
de tierra que sufre y lucha  
para dar a las semillas  
la libertad de la lluvia.  
Jamás su tenor disfrazan  
y tan fieles se dibujan  
que mires de donde mires  
ves siempre su misma rúbrica  
de notarios que dan fe  
de su genio y su figura.  
El mástil de la esperanza  
a cada hogar lo vinculan  
arriando sorbos de sombra  
al nivel de la ternura.  
Y cada una es un brazo  
que clama al cielo y que pugna  
por arrancar de los labios  
el drama de la cicuta.  
Toma de prisa el camino,  
vámonos de Santa Úrsula,  
que esta sed de las palmeras

me duele como una fusta.  
Pero antes mirad las luces  
que las mantienen y encumbran:  
es la voz de un manantial  
que en sus copas se refugia.

### LA OROTAVA

Partida en dos, La Orotava  
florece siempre la idea  
de ser una sola voz  
como Dios manda y ordena.  
Dos llaves tiene su angustia,  
dos acentos cada letra,  
cada sombra dos perfiles  
y dos aceras las penas.  
Hasta el aire se respira  
de dos distintas maneras.  
Señor en casa, el silencio  
con sus babuchas de seda;  
despierto y a la intemperie,  
el platanal como gleba.  
Aquí no hay sumas que valgan,  
todo sucede y se enhebra  
en la vecindad distante  
de las líneas paralelas.  
Y en este lugar de justas  
donde el sí y el no se encuentran  
edificó La Orotava  
su castillo sin almenas.  
Todo él discurre y se acuña  
en el troquel de un dilema:  
en cada aldaba hay el nudo  
de una pared sin respuesta,  
en los balcones del aire  
la soledad que te acecha

y en los pájaros que cantan,  
la jaula de su condena.  
Y es la espuma contrapunto  
de la amistad de la estrella  
y el loro del arco iris,  
del jugador de ruleta.  
Y en este flujo y reflujo  
donde los verdes se orquestan,  
en este ajedrez de magia  
acampan todas las brechas.  
Aquí los lares sí lloran  
con lágrimas como piedras,  
que en La Orotava conmueve  
el pecho de una belleza  
que oculta un río de fuego  
amortajado en las venas.  
Pero las flores la salvan;  
las flores, que no recuerdan  
ser más que notas y ritmos  
del vals de la primavera;  
las flores, universales  
nidos que hablan una lengua  
para todas las miradas;  
las flores, esas doncellas  
que tejen su desnudez  
con intimidad de rueca  
y dan al color las alas  
de palomas mensajeras;  
las flores, que son las ondas  
que emiten por sus antenas  
los sueños que no murieron  
y levantan la cabeza.  
Y en este claro de bosque  
donde el sí y el no se encuentran  
la flor redonda del día  
cierra el paso a la tristeza.

Y su valle de esperanza  
es como una cita abierta  
donde el volcán y la nieve  
echan la rodilla a tierra.

#### PUERTO DE LA CRUZ

Negras arenas la mar  
juega al envite en El Puerto  
dejando en el aire rumbos  
de aventuras y de sueños  
y llevándose a sus anchas  
malvasías de silencio.  
Desde la infancia sus puertas  
al horizonte se abrieron,  
le dio el pecho al oleaje  
y tomó mando velero  
sin dar tregua ni respiro  
a tempestades y riesgos,  
que en el Puerto de la Cruz  
hay tal fondo marinero  
que no pueden desvirtuarlo  
columnas ni rascacielos.  
Hilo le dio a sus cometas  
porque sintióse muy dueño  
de que el insular contorno  
que iba tomando su vuelo  
se afirmaba en su interior  
y no cedía terreno.  
Sus calles han resonado  
con los distintos acentos  
que monta la libertad  
en el caballo del tiempo.  
Y así han quedado las huellas  
que otros pasos sonrieron  
injertando tolerancias

que no han caído en desierto.  
De todo el caleidoscopio  
que la urdimbre de otros pueblos  
derrama en sus aledaños  
ha elegido aquel fermento  
de ave de mar y sonrisa  
que da constancia a sus predios,  
don de gente a las arenas  
y nido a su aislamiento.  
Y así no pierde su norma  
de estar cerrado y despierto,  
mitad, varado en sí mismo,  
mitad, velamen al viento.  
Por el Puerto de la Cruz  
entraron, más que vinieron,  
ideas como mujeres  
dando a los hijos el pecho  
y enseñando que no caben  
las patrias en un pañuelo.  
Fueron sus aguas, las aguas  
desnudas del pensamiento,  
las que batieron de firme  
los caletones isleños.  
No hubo rencor ni violencia,  
que estas lides nunca fueron  
bregas de martillo y yunque,  
consignas de sangre y fuego,  
sino frentes dialogando  
con inquietud de arroyuelos.  
Y esta cabeza de puente  
se sostiene sin esfuerzo  
como un abrazo que uniera  
a los vivos y a los muertos.  
Un alisio de ternura,  
un liberal sentimiento  
de estar andando a derechas

puebla este hogar solariego.  
Triángulos de lunas blancas,  
briznas de hogueras en celo,  
amigos, faros, gaviotas  
de los mares del recuerdo,  
si Puerto de la Cruz digo  
quiero decir compañero.

### LOS REALEJOS

No sé si es uno o son dos,  
no sé si es pueblo o castillo,  
pero todo guarda un orden  
y encuentran siempre su sitio  
muros, barrancos, estatuas  
y el ocho de los caminos  
que desde el mar a la cumbre  
se va ciñendo a sí mismo.  
Y sé también que mi padre  
dio aquí su primer vagido  
y que aquí fueron calvario  
las cruces de mis amigos.  
Cifrado casi, en voz baja  
y en sus adentros metido,  
la espalda puede volverte,  
mas su silencio está vivo.  
Es un silencio artesano  
que no se asoma al postigo,  
elaborando sin tregua  
sus panales fugitivos,  
manos de pólvora el hombre,  
dedos de mujer los hilos.  
Las bordadoras trabajan  
—quito y pongo, pongo y quito—  
en bastidores de fuentes  
los remansos de los ríos,

quemándose las pestañas,  
partiéndose el alma en vidrios  
y agujereando el aire  
con puntadas y suspiros.  
Y son los calados sienes  
bordadas por sus latidos,  
diagramas de soledades  
que los ojos han escrito,  
el alba que nunca llega  
y los sueños que se han ido.  
Bordadme un mantel con panes  
que tengan imán de trigo,  
aguas que maten la sed,  
lumbres con cara de niño.  
Bordadme la libertad  
en alto como los nidos.  
Y vosotros, fogueteros,  
en el fiel del equilibrio  
entre la vida y la muerte,  
que hacéis de la noche mirlos  
con trinos de fuego, siempre  
a los trapecios subidos  
de las ascuas, rubricando  
con aves de paraíso  
las orgías y el suspense  
de los cielos encendidos.  
Vosotros que traducís  
la oscuridad de los ritmos  
con voladores de lágrimas  
y cuadraturas de círculos,  
desgranadme las espigas  
de los cohetes de silbo,  
el rostro de las cascadas,  
las ruedas de mi albedrío.  
Bordan ellas la ternura,  
bordan ellos el peligro.

Y hay un temblor en su sangre  
de corazones en vilo.  
Y ese temblor de tamasma  
recuerda a Viera y Clavijo.

### LA GUANCHA

*a Esteban Dorta González*

Ante El Pinalete estoy  
mirando correr el agua.  
Llega alegre porque ha roto  
con su oscuridad de esclava  
dejando atrás para siempre  
la prisión de la montaña.  
Vino a luz como los niños,  
desnuda de cuerpo y alma,  
sin que tuviera al nacer  
prenda que echarse a la espalda.  
Mucho tiempo estuvo inmóvil,  
muerta al espejo su cara,  
recluida en el sepulcro  
del corazón de las lavas.  
No fue fácil desasirse  
del vientre que la engendrara.  
Noches como soledades,  
demonios de luengas garras,  
diques de diente de perro,  
la tenían sojuzgada.  
Ya a quienes debes tu canto  
voy a decirte en voz alta.  
Hombres con rostro y familia,  
hombres que visten y calzan,  
riesgos, hambres y laderas  
en busca tuya horadaban.  
Sonrisas de la destreza,  
hondos brazos, manos claras,

los salarios de sus penas  
eran de sed y esperanza.  
Por eso las galerías  
—boa a oscuras, vena a gatas,  
creyones de húmeda muerte—  
imagen y semejanza  
son de aquellos que caminan  
para dar cielo a sus ansias  
y ver si en su vida estéril  
por fin amanece el agua.  
Pero a veces quedan dentro,  
hechos ya noche cerrada,  
sin que puedan en sus ojos  
nacer las luces del alba.  
El agua que ahora miro  
son sus piernas amputadas,  
los brazos que no volvieron  
a descansar en su casa,  
y tu mundo de rumores  
muñones de sangre blanca.  
Para que tú seas libre  
siguen manando las lágrimas  
de recuerdos que barrenan  
sin pólvora las entrañas.  
Y ante El Pinalete estoy  
mirando correr el agua,  
todo su cuerpo canción  
y toda sollozo el alma.

#### SAN JUAN DE LA RAMBLA

Me fui a San Juan de la Rambla  
para hacerme a la medida  
unos zapatos a prueba  
de mal países y ortigas.  
No unas botas de cien leguas

para saltar de isla en isla,  
que para andar por la mar  
no hay calzado todavía.  
Sí unas botas saltamontes,  
sin frenos ni cortapisas,  
trabajadas en el molde  
de un vuelo de golondrina,  
que no teman escalar  
degolladas y colinas,  
ni dar muerte a las alturas  
igual que a toros de lidia.  
Botas para perseguir  
la liebre de las ermitas  
siempre royendo el silencio  
de violetas lejanías.  
Botas para andar de pie  
y a las claras noche y día,  
no acostado de temor,  
mendigando y a hurtadillas.  
No botas para morir  
en medio de las jaurías,  
sino que le den al diablo  
puntapiés en la espinilla.  
Unas botas que no sepan  
hacer del hombre una víctima,  
volver la espalda ni huir  
ni caminar de rodillas.  
Botas que dejen al paso  
huellas de las que se diga:  
éste es el rostro de un alma  
cargado de rebeldía.  
No botas para cruzar  
el camino de la vida  
a caballo y sobre rosas,  
acobardado de espinas.  
Botas que puedan leer

sobre la tierra que pisan  
cómo mueren las distancias  
y se hacen luz las semillas.  
Botas para la ternura  
que, cuando besan, se empinan  
igual que los surtidores,  
la libertad y las espigas.  
Botas para caminar  
el dolor y la sonrisa,  
la sombra verde del árbol,  
la casa y la mano amiga.  
Botas para darse el gusto  
de dar la vuelta a la isla.

#### ICOD DE LOS VINOS

*a José Díaz Martín*

Fui un hidalgo de mis cepas.  
Ésta es toda mi prosapia.  
Pechos tristes se ensancharon  
al calor de mis entrañas  
y algún corazón de hielo  
ardió convertido en ascua.  
Tal vez estuve presente  
en pactos, guerras o alianzas,  
pero hay cosas que es mejor  
olvidar que recordarlas.  
A nadie puse reparos  
para beberme, palabra,  
que si fui trago de reyes  
también lo fui de piratas.  
Vine a menos y emigré.  
Con el azar a la espalda  
y los cielos por montera  
se desplegaron mis alas,  
trabajando lejanías

que a mi solar me acercaban.  
Y así, bregando horizontes,  
rejuvenecí mi casa.  
Ved mi Drago, soy yo mismo,  
Icod con toda la barba.  
Sus cicatrices no son  
vejez ni tiempo que pasa;  
son mis heridas, las vuestras,  
que me salen a la cara.  
Son mis penas, vuestras penas,  
por los que en tierras extrañas  
en vez de vino y ternura  
fueron silencio y mortaja.  
Creéis que el Drago se yergue  
en el cepo de una plaza,  
y que tocáis su raíces  
y lo alzáis en la mirada.  
Y no es cierto. Lo que veis  
es la sombra que descansa  
de ese árbol que se ausenta  
para adentrarse en el alma  
de todos los que partieron  
con su hatillo de esperanzas.  
Ellos lo sienten más joven,  
lo viven desde su infancia,  
y entre su tronco y los brazos  
que desnudan las distancias  
no hay mares de oscuridad  
ni prohibitivas vallas,  
que el querer no necesita  
de pasaportes ni aduanas.  
Mis barrios son el retorno  
de aquellas nómadas ansias,  
la sortija del prodigio,  
el collar en que se engastan  
la alegría del panal

y el bordón de la guitarra.  
Los soles de los sudores  
y las lunas de las lágrimas  
en lo que miráis crecer  
—¡tan verdes!— de la ventana.  
Y mis viñedos exhiben  
altos peinados de gala  
como si los que aderezan  
estos copetes de ramas  
fuesen, más que agricultores,  
peluqueros de esmeraldas.  
Y estas manos que me miman  
son las que escribieron cartas  
con los rasgos de sarmientos  
empapados de nostalgia.  
Y si hoy es la sonrisa  
quien da expresión a mi cara  
es porque al rostro de América  
emigré para encontrarla.

#### GARACHICO

El fuego, la mar y el hombre  
se disputan Garachico.  
El volcán, melado y lumbre,  
y el mar, correlón y giro.  
Que vengan los cuidadores  
a ver estos dos magníficos  
gallos de casta y pelea  
dando suelta a sus instintos.  
En los hombros de la altura  
hacia el volcán su nido  
ardiéndole en las entrañas  
una riña de cuchillos.  
Y con la cresta sangrando  
rodó cumbre abajo herido,

clavando los espolones  
de ciega lava en los riscos.  
Estamos frente a sus restos  
como si estuviera vivo  
que al que da a vida su muerte  
no le echan tierra los siglos.  
Y el otro gallo, la mar.  
Catapulta y torbellino,  
oleaje del revuelo,  
cresta blanca, pecho en vilo,  
abrió sus alas de espuma  
y rayo del levadío  
dejó varado en la orilla  
un cementerio marino.  
Pero el hombre se sostuvo  
sin salir de su recinto  
con más pasión que el volcán,  
tan hondo como el mar mismo.  
Éste es un pueblo con forma  
de cubierta de navío  
anclando las tempestades  
casi en las playas del mito.  
Y en esta ceja del rostro  
del agua que es Garachico,  
en este lunar de tierra  
que sonríe a los peligros,  
en esta uña de afanes  
salvada del cataclismo,  
vacunado contra riesgos,  
muy señor de su destino,  
mantiene su corazón  
en un sereno equilibrio  
con la intimidad fecunda  
que alberga el grano de trigo,  
con el trabajo que sueña  
horizontes y espejismos,

con la libertad que busca  
rumores de paraíso.  
Es isla baja y qué alta  
su arboladura y el signo  
del hombre que se libera  
del miedo a ser destruido.  
Vive casi sobre un yunque,  
pero no existe martillo  
de los montes o las olas  
que lo convierta en añicos.  
Y así, pegado a la roca,  
el pueblo de Garachico,  
sin dar su brazo a torcer,  
al mar y al fuego ha vencido.

#### LOS SILOS

Sin detenerse un instante  
la isla baja continúa  
y en Los Silos se recrea  
cambiando de vestidura.  
De punta en blanco, a gran tren,  
tan largo como una grúa,  
es un camino de mesa  
en el fiel de la blancura.  
La espalda del platanal  
vertebra en esta columna  
de fachadas y de aceras  
que no se doblega nunca.  
Es deportiva la flecha  
en que encarna su figura.  
Tiene trazo de conciencia  
y vigor de catapulta.  
Elásticos maratones  
por las venas le circulan  
acelerando hasta el fondo

las metas de su aventura.  
En esta geografía  
no se aclimatan las curvas;  
usan bastón y corbata,  
no arco iris y herraduras.  
Las plataneras se adueñan  
del pueblo de punta a punta  
y apretándose en manadas  
levantan sus verdes grupas  
como acericos que esperan  
alfilerazos de lluvia.  
No son castillos cerrados  
los roques que lo circundan:  
tienen radar en la oreja,  
abren sus vallas y escuchan  
cómo la pena y el llanto  
celebran también sus nupcias  
y cómo no son las lágrimas,  
entre flores, menos duras.  
A veces son rebeldía  
estas montañas adustas  
y su traza guerrillera  
viste, para la aventura,  
barrancos en banderola  
y sombreretes de bruma.  
Pero el pueblo sigue abajo  
sin abandonar su ruta  
ni querer crucificarse  
en calvarios de amargura.  
En su juventud se avala,  
con el trabajo se ayunta,  
sus amores tractoriza  
y se convierten en fruta.  
Que arrojen piedras si pueden  
los que estén limpios de culpa.  
Arriba, en Tierra del Trigo,

dejo un nombre en la penumbra,  
sobrio como un epitafio,  
cordial como la ternura.  
Él me enseñó con el pico  
a trabajar en las dunas.  
Era de aquí, de esta luz  
que siempre baja tan pulcra  
con peineta y con mantilla.  
De aquí era, de esta cuna  
del aire, que canta nanas  
y las macetas arrulla.  
De estos colores que giran  
como los trompos de música  
y dicen, dicen Los Silos  
y sólo esta voz pronuncian.  
Que maduren las campanas  
y que repiquen las uvas.  
Vamos a tirar cohetes  
que lleguen hasta la luna.

#### BUENAVISTA

Ya estamos en Buenavista.  
Acorde, trato, concierto  
de la montaña y la mar  
fraguaron su nacimiento.  
Aunque le sobran alturas  
no se perdió en vericuetos,  
hizo su nido en la rasa  
mano abierta del terrero.  
La llanura de las aguas  
dictó a la isla este pueblo.  
Sus araucarias guardan  
las pruebas de tal convenio,  
que araucarias son torres  
y jarcias al mismo tiempo.

Sus calles se van al campo,  
ganan espacios abiertos,  
se transforman en paisaje  
y se pierden a lo lejos.  
Una herencia de horizontes  
montó aquí su campamento,  
se sube a las azoteas  
y no renuncia a sus fueros.  
Amo estas calles que son  
caminos con hombres dentro,  
y que saludan muy alto,  
con un bien calzado acento;  
un saludo a boca llena  
que no se lo lleva el viento.  
Aquí no hay encrucijadas  
que te dejen en suspenso,  
aquí las calles van sueltas  
como los rumbos veleros.  
Entre Blanca Gil y Masca  
pesó, sin tasa y sin miedo,  
en su redondo platillo,  
por arrobas, el silencio.  
Ya todo trance lo sigue  
en su cedazo cerniendo  
para amasar la maqueta  
que haga diana en sus deseos.  
No es un camino de paso,  
pero tampoco es un cero  
a la izquierda del poniente,  
sino la yema de un dedo,  
el escalón más difícil  
a lo más alto subiendo.  
Y no es que quiera ocultarse  
en el vértice de Teno,  
ese toro al que la mar  
jamás asió por los cuernos

y al que brega Buenavista  
por amansar, pretendiendo  
hacer de su lejanía  
una calle más del pueblo.  
Con tantas cuevas de sombra  
esta montaña es un eco  
de un rostro al que la viruela  
dejó lleno de agujeros.  
Yaun calada la visera  
de las justas y torneos,  
mira cómo las cometas  
son cascabeles de cielo,  
y cómo las tejas rojas  
ruborizan el cemento  
y que el mundo en que ha nacido  
no corta a lo antiguo el cuello.  
Si por tu ayer rompo lanzas  
a tu futuro me entrego,  
que si el mar y la montaña  
carácter y voz te dieron,  
de una isla puedes ser  
el equilibrio y el riesgo  
de una oleada en la cumbre  
y de valles marineros,  
dando tálamo de espuma  
al más audaz rascacielo.  
Porque sean tus espaldas  
sensibles «ábrete sésamos»,  
porque tus cimas arrullen  
con la intimidad de puertos  
y porque puedas dejar  
de ser estación de término,  
levanto por ti mi copa  
hasta la altura de Teno.

## EL TANQUE

Helo aquí, verde lejano,  
pastoreando en la cumbre  
la gorda res del silencio,  
los volcanes y las nubes.  
Nace en el filo de un lomo  
y a lo más difícil sube  
como si fuera a ordeñar  
repletos cielos azules.  
Es atleta montañero,  
un pueblo que aún no sufre  
encrucijadas de asfalto  
ni peso de muchedumbre.  
Del viento aprendió a ser libre  
con esos imanes que unen  
la sonrisa a los colores  
y el tomillo a su perfume.  
Desde el vientre de la altura  
vacía el volcán sus ubres.  
dando suelta a las balizas  
andariegas de la lumbre.  
Pero El Tanque no se mueve  
ni de sus fogones huye  
que quien lucha a rajatabla  
ya ha adquirido la costumbre  
de tutear la amenaza  
de las fuerzas que destruyen.  
Ni siquiera dice adiós  
al mal inspirado numen  
del fuego que, descendiendo  
hasta la ribera, funde  
la libertad de la piedra  
en lava de servidumbre.  
Yaunque el buey de los crepúsculos  
hierbas de silencio rumie

y se acuesten las esquilas  
y las penas se desnuden,  
la angustia no echa raíces  
como en el alma de un túnel,  
que los pastos, aún dormidos,  
dejan sus tallos inmunes  
de oscuridad, trasminando  
un sueño de verdes luces.  
Aún con las puertas cerradas  
todo en la altura discurre  
para que canten los gallos  
y las auroras madrugan.  
Éste es El Tanque, lozana  
atalaya de la cumbre,  
pastoreando las reses  
de la soledad en las nubes.

#### SANTIAGO DEL TEIDE

A grupa de los contrastes  
voy cabalgando las penas,  
verde, mi frente, en el norte,  
morenas y al sur, mis piernas.  
El verano y el invierno  
juntos en mi cama juegan:  
uno me tira del pie  
y el otro de las orejas.  
No sé a qué carta quedarme  
cuando las nubes se acercan,  
si son gallinas de lluvia  
o son gallos de pelea.  
Dos animales dispares  
me custodian y me pueblan:  
el manso buey de la altura  
oyendo crecer la hierba  
y los colmillos de dogo

que el fuego aguzó a la piedra.  
Río y lloro al mismo tiempo,  
el mismo tiempo que ordena  
los almendros en la lava  
y en mi sangre las abejas.  
A la reina aquí decimos  
la *mestra* de la colmena.  
Sus partidas de ajedrez  
entablan en mis laderas  
los almendros con las blancas  
y las lavas con las negras.  
Sólo ganan los almendros  
al venir la primavera.  
Entonces llega la flor,  
y sin pasar por la iglesia,  
llámese nieve en la cumbre  
o espuma por la ribera,  
se echa vestida de novia  
en los brazos que la esperan.  
Luz posada y cielo a gatas,  
mano cerrada y abierta,  
cenizas, hijos, simientes,  
roca en vilo y mar a ciegas,  
esclavitud, libertad,  
todo lo tocan mis cuerdas.  
Pero no tengo dos caras  
ni es mi casa con dos puertas.  
Mi sudor no está en los mapas  
ni hay dos sangres en mis venas.  
Ni norte ni sur. Soy árbol  
que crece sobre la tierra.  
Cada uno está en su sitio,  
al César lo que es del César,  
que jamás me fui a pescar  
los peces con escopeta,  
ni las aves con anzuelos.

ni mi jornal con quimeras.  
Yo armonizo los contrarios  
y sin llaves ni compuertas  
me suenan pecho y espalda  
en una misma moneda.  
Y con la frente en la cumbre  
y los pies en las arenas,  
los almendros en la lava  
y en mi sangre las abejas,  
tengo tan sólo una muerte  
vuélvame donde me vuelva.

### GUÍA DE ISORA

*a Pablo Martín Afonso*

A estos parajes que sufren  
el mal de ojo de los dioses  
les humaniza el trabajo  
de curandero del hombre.  
Llegan de atrás, de muy lejos,  
de casi los mitos, donde  
perdió el fuego sus zapatos  
y dio el infierno sus voces.  
Aquí la lava enseñó  
dientes de presa y cebóse  
en rasgar las vestiduras  
de una tierra sin amores,  
no dejándole siquiera  
un respiro de cardones.  
Éste es un cáncer de rocas,  
cresterías de rencores  
que cortan, caricaturas  
de ríos como escorpiones.  
Y en medio, Guía de Isora,  
casi un espejismo sobre  
la piedra que ruga, un mártir

de cal y ternura, al borde  
de morir a dentelladas  
en un circo de dragones.  
Y de estas lavas que encarnan  
un maná de maldiciones  
las rebeldías prendieron,  
domesticando la noche.  
Ved cómo bajan la tierra  
de arriba, de los rincones  
del mantillo, esas sienes  
que laten savias de bosque,  
para darle una melena  
de sacrificio y verdores  
a estos lomos de montaña  
con majestad de leones.  
La tierra a hombros, arcilla  
de compañera que rompe  
a cantar de nuevo el himno  
del paraíso, en los brotes  
que la sonrisa del barro  
pone en todos sus pregones.  
La tierra a hombros, costilla  
de la flor y el horizonte,  
dos manantiales siameses,  
dos ecos de un mismo nombre.  
Estéril mujer ayer,  
entregada a los azotes  
del fuego, y hoy ya con vientre  
de arrullos y de terrones  
al renacerle en los muslos  
el sexo verde del monte.  
Ahora las soledades  
no montan aquí su corte,  
han perdido horca y cuchilla,  
trajes, silencio y honores.  
El cielo azul es el mismo,

pero la tierra es más joven.  
Y aún lo es bastante más  
el trabajo de los hombres,  
enmendando y corrigiendo  
los designios de los dioses.

#### ADEJE

El barranco del Infierno  
es para mí todo Adeje.  
Quien cruce sus soledades  
tan desvalido se siente  
como un fósforo de palo  
que contra el viento se enciende.  
Hay barrancos que te hablan  
y que la mano te tienden;  
éste no es así, rechaza  
a todo el que va y que viene,  
se ensimisma en sus adentros  
y sólo enseña los dientes.  
De pueblo abajo es la sed  
su sexagenario huésped,  
pero del pueblo a los altos  
son muy otros sus quereres.  
Una orgía de peñascos  
encima de ti se cierne  
triturándote el aliento  
y mordióndote las sienes.  
Aquí lleva el alma uno  
prendida con alfileres.  
Todo en él es barroquismo;  
hasta el silencio se yergue  
de otro modo, con visera  
y sin tratos con la gente.  
En él mandan los cardones  
que lanza en ristre florecen;

las cuevas, que multiplican  
ojeras en caballete.  
Aquí el pájaro se expresa  
con una voz en relieve  
y hasta las ramas del árbol  
de otra forma se retuercen.  
Desde el fondo de su cauce  
el cielo azul es a veces  
un remiendo de la altura,  
la buhardilla de un duende.  
Y siguiendo muslo arriba  
el tajo de las vertientes  
llegas a un sexo de lava  
bajo las faldas del Teide.  
Cuevas, cuevas y más cuevas  
que te miran frente a frente:  
son las cuencas de los ojos  
arrancados por la muerte,  
son las sombras familiares  
que convocan los menceyes,  
tumbas que la libertad  
dejó a la piedra en rehenes.  
Un patrimonio ancestral  
con uña y carne defiende  
no por infierno, por suyo,  
este barranco de Adeje.  
Y si ha calado tan hondo  
y tan alto se mantiene  
es que desea que nunca  
en el olvido lo entierren.

## ARONA

## I

## LOS CRISTIANOS

*al Sr. José Domínguez León,  
en la amistad y la mar*

Ahí, aguantando la mar,  
tarajales de la arena,  
remangadas las raíces  
como un marino las piernas.  
Ahí, trabajando el agua  
con sus verdes de faena,  
luchando contra las olas  
sin remos que los defiendan.  
Ahí, descubierto el pecho,  
celebrando a duras penas  
los desposorios del mar  
con una isla morena.  
La mar se come los riscos  
que ponen coto a su fuerza;  
mas vosotros; tarajales,  
pulseáis mares de leva  
y entre la muerte y la vida  
queda en tablas la contienda,  
pues no dobláis la cerviz  
a quien os mueve la guerra.  
No gastan su savia en frutos  
ni colorines de feria,  
que ellos visten el atuendo  
de la gente marinera.  
Ni hace el nido ningún pájaro  
en su hirsuta cabellera  
de viejos lobos de mar  
acorralados en tierra.  
Éste es un árbol que llora

con lágrimas verdaderas  
como llora cualquier pobre  
desamparos y tristezas.  
Pero es firme y no le teme  
al viento ni a las tormentas  
y la amistad de su sombra  
es una mano sincera.  
El tarajal es también  
—sol a sol, estrella a estrella—  
árbol que suda su esfuerzo  
de resistir las mareas.  
Yahí estáis en Los Cristianos  
como ejemplo de entereza.

## II

## VALLE DE ARONA

Subiendo de Las Galletas  
es todo el valle de Arona  
una siembra de volcanes  
saltando de loma en loma.  
Pero a pesar del asombro  
de tal rebaño de rocas,  
no es la piedra revolcándose  
en el fuego lo que importa,  
sino cómo el hombre pudo  
entrañar su vida toda  
en cargárselos a cuestras  
y sudarlos gota a gota,  
fraternizar con su sed,  
tender el sueño en su costra  
y en ellos dejar su muerte  
para que tuviesen sombra.  
Cuando por mi pensamiento  
camino tierras de Arona  
la soledad de la isla

se pone en pie a la redonda,  
 descalza, medio desnuda,  
 con su mandil de tahona,  
 cociendo el pan de la sed  
 desde la cumbre a la costa.  
 Una soledad tan hecha,  
 de tanto bulto y persona,  
 que te la sientes pegada  
 al cuerpo como la ropa.  
 Y tan de ti se apodera,  
 de tal manera te ahonda,  
 que se articula en palabras  
 que te golpean, y brota  
 de los ojos cuando miras  
 su abandono, cuando tocas  
 los horizontes vacíos  
 de un rumor de caracolas.  
 Y esta soledad sin tacha,  
 doncella que vive a solas  
 sedienta de agua y de amor,  
 duerme su sueño en Arona.  
 Que las retamas del Teide  
 den su repique de aromas  
 y le bajen ramos blancos  
 para celebrar sus bodas  
 cuando las aguas le vistan  
 su largo traje de novia.

#### SAN MIGUEL

*a Emilio Gimeno Martín, a quien  
 debo la intimidad del sur de la isla*

Que no, que no sigo más,  
 que aquí en San Miguel me quedo.  
 Quiero mirar cómo el *jable*  
 transforma el erial en huerto.

Aunque viene de otro sitio  
el *jable* no es forastero,  
tiene una isla por patria,  
no un miserable agujero.  
Donde él se tiende a sus anchas,  
allí donde coge el sueño,  
convertidos en oasis  
se despiertan los desiertos.  
No importa que sus marfiles  
se tornen en cenicientos,  
que es su alegría sentir  
crecer los tempranos senos  
de mujer de las patatas  
bajo el corpiño del suelo.  
Andas San Miguel y apenas  
si crees lo que estás viendo.  
Aunque se pierdan de vista  
tanto tuneral mostrenco,  
tantas orzas de montañas,  
tantas chispas de mechero,  
una ternura sin límites  
rompe a cantar en tu pecho  
como si también el *jable*  
le diera a tu pensamiento  
un corazón de cigarra,  
élitros verdes latiendo.  
Para la sed de estas tierras  
el ocio no ha sido hecho:  
te mueres de hambre si montas  
tabernas en este pueblo.  
En órbita colocada,  
La Centinela es el vuelo  
de un pájaro contemplando  
las letras de un alfabeto  
de volcanes que escribiera  
a pulso y placer el fuego.

Forman sólo una familia,  
pero adopta cada miembro  
el talante de montaña  
que mejor luzca su atuendo.  
Podrá llover a raudales,  
cambiar su moneda el tiempo,  
pestañear las espigas,  
aprender a hablar el viento,  
pero no tendrán mudanza  
estas montañas de hierro,  
montañas enjaezadas  
con su cráteres bermejos,  
que alzarán siempre en la cálida  
perspectiva de los retos,  
sobre los verdes cultivos,  
su joroba de camello.  
Desde la mar son distintas,  
cobran vida y movimiento;  
al color le nacen alas  
y al relieve, espalda y pecho.  
Un rigodón de montañas  
es menos tierra que cielo.

Que no, que no sigo más,  
que aquí en San Miguel me quedo,  
para escuchar cómo el *jable*,  
con el primor de un jilguero,  
lanza vegetales trinos  
por rellanos y repechos  
preludiando la alborada  
del amanecer de un pueblo.

## VILAFLOR

*a Miguel y Michèle García Enjotras,  
recuerdo de estos pinares*

Éste no es pinar que tenga  
tan sólo iguales dos pinos.  
Sin miedo, fuertes y sanos,  
se criaron desde niños  
estos árboles que tienen,  
más que cualquier individuo,  
rasgos que sólo son suyos,  
talantes tan inequívocos,  
que cada uno podría  
llevar nombre y apellidos.  
A prueba de vendavales,  
cohetes de su destino,  
con trazo firme ganaron  
la cucaña de los riscos.  
Se ve claro cómo huyeron  
de uniformes y de asilos  
clavando su libertad  
en la raíz de sí mismos.  
Dura maestra es la lava,  
también la nieve y el frío,  
para no sacar derechos  
con la alegría de un trino,  
a estos troncos que se yerguen  
sin travesuras ni mimos.  
Son altos porque soñaron  
un interior paraíso,  
y de tal modo lo ansían  
que por vivir siempre en vilo  
en torno de ellos la sombra  
apenas si deja signo.  
Señores por su belleza,  
feudales por sus instintos

sus soledades entregan  
 a los éxtasis más íntimos,  
 pero sus ramas estrechan  
 como los buenos amigos  
 y entonces cobran altura  
 confidencias y hermetismos.  
 Varoniles en su porte,  
 sin abalorios ni brillos,  
 alzan sus mástiles verdes  
 donde el viento hace sus nidos  
 con rumores de la mar,  
 sondas, sendas, saltos, silbos.  
 No quisiera despedirme  
 ni abandonar el recinto  
 que en alto sostiene muslos  
 dorados como el estío.  
 Con pena os dejo, con pena  
 vuelvo a ponerme en camino.  
 Palabras, quiero palabras  
 del tamaño del rocío  
 para abrazaros a todos  
 con todos los sueños míos.

### HIERRO

*a Doña Inocencia Durán*

Desde la boca de Tauce,  
 de estos hombros del silencio,  
 candado de horizonte,  
 miro la isla de El Hierro.  
 Desde aquí sólo es simiente  
 de soledad, un atuendo  
 de cíclope y galeote,  
 un estelar pensamiento,  
 escorzo de un meridiano  
 que ceñía los misterios

de un mundo de lejanías  
entre dormido y despierto.  
Hay que acercarse a su umbral,  
mirar con lupa de aumento,  
para ver cómo la sed  
retoña campos y pueblos.  
Entonces abre su valva  
y descubre sus adentros.  
Allí la prisa no prende  
ni a galope marcha el tiempo;  
va poco a poco, camina  
casi con el paso nuestro,  
dejándole sitio al hombre  
para cultivar los sueños.  
Mima la tierra sus frutos,  
mima el lenguaje su acento,  
sus lágrimas mima el llanto  
y la boca mima el beso.  
No sangra nunca, se ahonda  
hasta la hiel de su espejo  
y es tan clavo del destino  
que hace vibrar su tormento  
que en cada gesto libera  
la intimidad de su seno,  
llámese trino o canción,  
exprese protesta o juego,  
sea pastor de su angustia  
o dígase tango herreño.  
Niñez y aurora conserva  
igual que en un guardapelo  
y por ser tan primitivas  
gozan talante tan nuevo.  
Se calienta con su sangre,  
respira sus propios muertos  
y arde como un alma en pena  
en noche de carne y hueso.

Por eso sus horizontes  
curvas son de los reflejos  
de un martirio que sonrío  
espinas de aislamiento.  
¿Y qué importa que haya bosques  
y ciudades de cemento  
si quien en ellos habita  
es tan isla como El Hierro?  
Dejadle secar sus frutas,  
echar al aire el sombrero,  
sacarle filo a las cumbres  
y hendir las rachas del viento.  
Así nos muestra la imagen  
este castillo roquero  
de su atlántica versión  
del cuento de «Abrete, sésamo»,  
que son tesoros también  
las joyas de un cancionero,  
los arco iris del alma  
y el telar de los recuerdos.  
Y cuando no pueda hallar  
hamaca para el sosiego  
y sea cada isla el túmulo  
de un Garoé sin remedio,  
el cántaro de mi sed  
irá a llenarse en El Hierro.

### GOMERA

*a mi prima Camila Trujillo Cabrera  
de Hernández*

A cara o cruz he lanzado  
a la mar una moneda;  
salió cuna y nació yo:  
cuna o concha es La Gomera.  
Súbete al roque más alto,

silba con todas tus fuerzas  
hacia atrás, hacia la infancia,  
a ver si el eco recuerda  
las bordadas camisillas  
que abrigaron mi inocencia.  
Sílbame más, mucho más,  
que oiga las primeras letras  
del alba silabeando  
los renglones de mis venas.  
Silba, silba sin cesar,  
y trácame la escopeta,  
los caballitos de caña  
con sus bridas y cernejas,  
el croar de los barrancos  
y las palmas guaraperas.  
Silba, silba sin descanso,  
hasta llamar a la puerta  
de los que en lucha cayeron  
con la rebeldía a cuestras.  
Sílbame el Garajonay,  
que va siempre sin pareja  
bailando el santodomingo  
camino de las estrellas.  
Sílbame el ritmo de fuego  
con que danzan tus hogueras  
dando a la noche madura  
la juventud de doncella.  
Sílbame el faro sus luces,  
los alfileres que vuelan  
a hundirse en el acerico  
redondo de las tinieblas.  
Sílbame la sal y el agua,  
sílbame el pan y las penas,  
y la libertad que amamos  
sílbala a diestra y siniestra.  
Cierto que no morirás,

mas si algún día murieras  
entra en el cielo silbando  
y silbando pide cuentas  
de por qué te condenaron  
a soledades perpetuas.  
Y ahora silba más hondo,  
silba más alto y sin tregua,  
silba una paloma blanca  
que dé la vuelta a la tierra.

### LA PALMA

*a Blanca Gómez de Pérez y a Renán*

La sombra que esta retama  
de la mirada desprende  
me lleva en su catalejo  
hasta oír cantar las preces  
de pinares a La Palma,  
abarloada al poniente.  
La Palma no es soledad.  
Es la cabeza de puente  
que sobre los océanos  
tendieron los continentes.  
Para ella no hay fronteras,  
no emigra nunca ni puede;  
mar y tierra son caminos  
y andarlos le pertenece.  
Casi con forma de pez  
no cae nunca en las redes  
de hacer su patria en veredas  
que no partan de sus sienas.  
Y no es que cierre los ojos  
y al desamor alimente.  
Es que en la cuna aprendió  
que los volcanes no duermen,  
trabajándose en las cumbres

silencio que el fuego enciende.  
Es que desde su niñez  
ve que los días florecen  
la noche del horizonte  
y las agonías mueren.  
Y así a su vida da fuerza  
la juventud de la muerte.  
Selváticas intuiciones  
racionalizan su mente.  
Jamás vacilan sus pasos,  
van escritos en su frente  
y en los muros del hogar  
bien a las claras los tiene.  
No digo que son columnas,  
sí digo que son paredes  
para que el sol y la lluvia  
sus esponsales celebren,  
en cueros como los niños  
y en alto como las fuentes.  
La Palma, yo soy La Palma  
abarloada al poniente.  
Por la borda las nostalgias,  
mi raíz es Taburiente  
y si lo quiero mayor  
lo multiplico por nueve.  
No me digáis que conquiste,  
ésos son otros belenes,  
siendo dueña de mí misma  
todo lo tengo con creces.  
Y así me llevo conmigo  
a donde quiera que fuere,  
que soy La Palma, La Palma  
abarloada al poniente.

## LANZAROTE

*a Domingo Velázquez*

En un velero, por sal,  
pongo rumbo a Lanzarote.  
Por la sal, esa simiente  
con la emoción del azogue  
que le dio sangre y latido  
al corazón de la noche.  
Por la sal, mujer de todos,  
doncella siempre, aunque toquen  
los dedos más populares  
y los más negros carbones  
su transparencia nupcial  
de mensajera del orbe.  
Por la sal, por ese llanto  
de las salinas, en donde  
las aguas del mar se mueren  
sin campanas que las doblen.  
Bajo mi piel vas a gatas,  
mi sudor te reconoce  
y si en mis ojos te citas  
eres aún más salobre.  
Las salinas, esos libros  
de páginas sin rumores.  
En sus potros de tortura  
expira la ola y rompe  
a blanquear su esqueleto  
igual que si fuera un hombre.  
Somos salinas, salinas  
desde el fondo hasta los bordes,  
que nos ponemos de pie  
sobre sus blancos talones.  
La sal, jilguero del alba,  
que a la sombra desconoce.  
La sal, que en nuestras cocinas

de punta en blanco se pone  
para que el diente del ajo  
la conquiste y enamore.  
La sal, hirviendo en el agua  
de cazuelas y peroles,  
convenciendo a las patatas  
que son blandos corazones  
y poniendo en las legumbres  
la sonrisa de los dioses.  
La sal, pregón de justicia  
que iguala con sus sabores  
en un mismo paladar  
hambres de ricos y pobres.  
Por todos los que te quieren  
y cortejan tus terrones,  
en nombre de los suburbios,  
las abejas y los bosques,  
sube por mi sangre arriba  
y en la esfera de las torres  
marca la aurora desnuda  
de los que buscan el norte.  
Diapasón de la esperanza,  
paloma y piedra de toque,  
que la libertad del mar  
en el Janubio se pose  
y se convierta en la sal  
de cuerpos; almas y voces.  
Con esa sal que libera  
de todos los sinsabores,  
con esa sal, mi velero  
regresa de Lanzarote.

## FUERTEVENTURA

*a Ángel Acosta*

Por un camino sin sombra  
me voy a Fuerteventura.  
Tengo sed de campo raso,  
estoy cansado de alturas.  
Es, ésta, tierra planchada  
que puso sin Dios ni ayuda  
su rampa de soledades  
antes que nadie en la luna.  
Con su forma de tunera  
de norte a sur me saluda.  
No son mis pies los que andan  
tu anverso de punta a punta,  
es la balsa de mi espalda  
que se hace alberca en la tuya.  
Tendida está a pierna suelta  
para dormir con holgura.  
Calarle al hombre el silencio  
en esta isla se escucha,  
endureciendo sus huesos  
y cavándole la tumba.  
Las aulagas han bordado  
la camisa de la angustia  
con iniciales que tienen  
todas las letras picudas.  
Se agachan las parameras  
para que el viento construya  
jaulas sin rejas ni techo  
en donde canten las dunas.  
Aquí se afrontan las horas  
con alma tensa y desnuda  
aunque de manar no cesen  
las fuentes de la amargura.  
Pero la sangre golpea

hecha corcel y andadura,  
enciende pechos y hogares  
y, roja flauta, modula  
en el vientre de las ansias  
hijos con nombre de lluvia.  
Pero esta luz, esta luz  
que nos clava y nos desnuda  
la sombra, como maqueta  
de nuestro genio y figura.  
Esta luz, loca de atar,  
que nos delira y deslumbra.  
Es un tigre que no duerme,  
de tan salvaje bravura  
que a los filos de una espada  
daría muerte en la lucha.  
Es una luz que nos muerde  
igual que las quemaduras  
aunque vaya por las puertas  
limosneando penumbras.  
En la sed sólo se apoya  
su mano de vagabunda.  
Y no solamente en ti,  
también nos arde y dibuja  
los perfiles sin entrañas  
de unos desiertos a oscuras.  
Y en verdad que todos somos  
un poco Fuerteventura:  
en nuestros brazos abiertos  
la sed no se apaga nunca.

#### GRAN CANARIA

*a Felo Monzón*

Ya desde aquí en adelante  
me seguirás en la marcha,  
cresta de la lejanía,

esposa de la distancia.  
Sobre los hombros del mar  
toda isla es tierra en andas,  
una tierra a contrapunto,  
una tierra desterrada.  
No puedo intuir siquiera  
el pinar de Tamadaba,  
pero los amigos sí  
que los tengo en la mirada,  
tanto los que están en pie  
como al fondo de Jinámar.  
Para saber que te llevo  
en el costado clavada  
no has de leerme la mano,  
ha de bastar mi palabra.  
Mas si la quieres leer  
verás tan sólo en sus rayas  
los caminos de una isla  
que se llama Gran Canaria.  
Caminos que me conducen,  
sombreados de esperanza,  
a roques que no se nublan  
y a piedras enamoradas  
de dialogar con las cimas  
de sueños que no se alcanzan.  
Sé que no dejas el tiempo  
nunca en barbecho; descansas  
como mares y trigales,  
rizando siempre la espalda;  
que jamás se te hace tarde  
ni coge el sol en la cama.  
Mas yo aprecio sobre todo  
tus descartes de baraja,  
los rincones que conversan,  
el trapecio con pestañas  
del faro que da sus vueltas

ágil de luz y de alma,  
la intimidad del silencio  
en la alberca de las plazas,  
las palabras que caminan  
la noche, redondeándola  
con ternura de tahona  
oliendo en la madrugada,  
y más que nada los brazos  
del afecto, que levantan  
y visten a los balandros  
de la amistad velas blancas,  
unos balandros que nunca  
cambian el rumbo o naufragan,  
esas versiones de amigos  
que contra bosques de lanzas  
en aceite convirtieron  
los bofes de las borrascas.  
Es tarde. En mis travesaños  
se recogen las palabras.  
Es la hora en que la sombra  
y la montaña hacen tablas.  
Todo se irá y volverá  
todo vuela a ser mañana:  
el mar, las islas, el viento,  
la sed, la angustia y el alba.  
Amigos míos, salud.  
Buenas noches, Gran Canaria.

### GRANADILLA

*a Álvaro Requena y Juana*

Por el sur marcha la novia  
a casarse en Granadilla,  
en Granadilla de Abona.  
Un paisaje medieval  
viste por traje de cola.

Con los índices en alto  
los cardones, que retoñan  
orfanatos de almenas  
y un certamen de pagodas.  
La tabaiba, con su leche  
de bíblica comadrona,  
sin un fruto que criar  
en la cárcel de las hojas.  
El tabú de las piteras,  
ese orzuelo de mazmorra  
incubador de medusas  
que se hubieran vuelto locas.  
Y las tuneras, blasfemias  
de un reinado sin aromas;  
red de dunas, la barrilla,  
y las aulagas, manoplas.  
En cámaras de tortura  
fue diseñada esta flora  
que el potro de los tormentos  
acabó par darle forma.  
Tan sólo el jubón del balo,  
entre tanta espina en contra,  
modula un verde sensible  
al pájaro y a la rosa.  
Calzando espuma de mar,  
bajo este traje, la novia  
—floreciéndose de vida  
en los pechos de las lomas—  
sonríe un rostro de calles  
donde le caen las ondas  
de los nupciales naranjos  
que la sellan y coronan.  
Si en El Médano es sirena  
por la gracia de las olas  
en Charco del Pino tiene  
excelencias de paloma.

Y si preside el cernícalo  
el jadeo de la costa,  
el nidal del caserío,  
con sus pestañas de sombra,  
le da cara de mujer  
que a la ventana se asoma.  
Naranjos de Granadilla,  
islas en alto, lisonjas  
del relieve, surtidores  
de las savias que remontan  
lunas con buche de almíbar  
en un trapecio de frondas.  
Que nadie venga a decirme  
que no levantan su copa  
estos naranjos en flor  
con gallardía de boda.  
Que nadie pregunte, y vea  
cómo su vuelo remozan  
las abejas al libar  
las mieles de sus corolas.  
Que todos miren y aprendan  
que en la isla hay una novia  
coronada de azahares:  
es Granadilla de Abona.

#### ARICO

Encomiéndose a los diablos  
y cierran todas las puertas  
que el tiempo sur se ha escapado  
de un manicomio de hogueras  
y desde el mar a la cumbre  
está horneando la tierra.  
Nadie le mete en cintura  
sus lanzallamas y teas  
y contra sus pedernales

no hay refugio ni trincheras.  
Hierva la luz y el ambiente  
como una nata se espesa  
endureciendo los rictus  
del rostro de las tormentas.  
Avispas, saltan avispas  
del sol que raja las piedras  
y jadean los colores  
con toda la lengua fuera.  
Ningún sonar de tambor,  
trueno, campana o trompeta,  
podrá igualar a estas rachas  
en resonancias tan épicas  
para convocar simunes  
y movilizar centellas.  
Tambor de desesperanza,  
redobles de la aspereza,  
que marchitan las raíces  
de los riscos y las venas.  
Hacerse voz el mutismo  
y romper a andar las tejas,  
echarse a volar los pinos  
y abanicarse las cuevas,  
todo puede ser primero  
que alborear la proeza  
de devolverle la vida  
al mencey de la leyenda.  
La piel de Adjoña se extiende  
por todo Arico, reseca  
como una momia, tendida  
en la tosca amarillenta.  
El tiempo sur no podrá  
prender la chispa en la yesca,  
ni hacer zumbir en sus sienas  
las alas de las abejas,  
ni meterle por los ojos

las púas de las candelas.  
No podrá su soplo ardiente  
llegar hasta su osamenta  
y armar de vigor su brazo,  
airón de sin par destreza,  
que le imprimía a la onda  
el júbilo de una flecha.  
Todo el término de Arico  
es la piel, a flor de tierra,  
del mencey que derribó,  
en golpe de onda certera,  
con la piedra de su muerte,  
el temblor de las estrellas.  
Y este sudor de volcán  
que corre a campo traviesa  
es el recuerdo aún caliente  
de un mencey a tumba abierta.

#### FASNIA

Para gozar una cueva  
no hay lugar como Fasnía,  
Fasnía de los ojos verdes  
y de las tierras doradas.  
Ladrar ya puede el verano  
y sacar el sol la garra;  
pero la cueva, en cuclillas,  
con su mansedumbre a gatas,  
su cogollo de lechuga  
y su redondez de talla,  
no te regatea nunca  
su sombra samaritana.  
Y cuando arrecia el invierno  
y tiritan las montañas  
igual que un huevo caliente  
es para ti su morada.

No te da lo que le sobra,  
te da lo que te hace falta,  
que su corazón inunda  
una bondad de patata.  
La urgencia de los caminos  
y las prisas en volandas  
la encuentran siempre en el quicio  
del meollo de la calma.  
Su pupila de ternura  
refresca las hondonadas  
donde el maíz despereza,  
bajo el toldo de las llamas,  
sus rumores. El maíz  
que no abandona la guardia,  
que jamás pierde la línea,  
la mazorca ni la barba,  
aun cuando duerme la siesta  
sobre un pie, sin otra hamaca  
que su ilusión de ser trino  
y sonreír al que pasa.  
La cueva ve los viñedos  
y a sus pechos de uva blanca  
ofrece su intimidad  
de bodega, su canasta  
de penumbras, que en la tosca  
trabajó el pico y la pala,  
paleando la miel  
del descanso en su garganta.  
Paz en medio del incendio  
que los fuegos arrebatan;  
paz en medio de la lluvia  
que a cántaros se derrama;  
paz para el hombre que busca  
el asilo de sus alas  
y las ubres del silencio,  
convirtiéndose en crisálida

de una fuente que encontró  
madriguera como un alma.  
Aquí la luz echa grelos  
sobre la tierra descalza  
casi con la sencillez  
de una esposa cuando habla.  
Y hasta puedes prescindir  
del cuello y de la corbata  
si amas verdad y desnudez  
y a fondo quieres tratarla,  
que en una cueva está dicho  
todo con pocas palabras:  
desde que nació a su sombra  
jamás le volvió la espalda.  
Y ella es más feliz que nadie  
en este suelo de Fasnía,  
Fasnía de los ojos verdes  
y de las tierras doradas.

### GÜÍMAR

Para contemplar a Güímar  
no vale la línea recta,  
si quieres verla del todo  
has de volver la cabeza.  
No es que este rincón ni aquél  
se escondan en madrigueras,  
sino que sus perspectivas  
corren a campo traviesa  
trabajando los labrados  
colores de su ruleta,  
desde la mar a lo alto,  
sobre de unas paralelas:  
a un costado, la montaña,  
al otro, el río que enseña,  
ya muerto el rugir del fuego,

rompientes lavas de presa.  
Sangró el volcán en la altura  
como un gallo de pelea  
cayendo herida la cumbre  
desde el filo de su cresta.  
No pudo ganar las aguas,  
uncirse con la ribera,  
porque el pecho de esta costa  
es coraza y resistencia  
y aún con el pinar ardiendo  
le puso al fuego compuertas,  
que nunca tuvo este valle  
debilidades de cera.  
La embestida del titán  
halló su guardia cubierta  
y ahí quedó su espolón,  
—madura noche de piedra—  
igual que una cicatriz  
en el rostro de la tierra.  
Gúímar, cordial y aguerrida,  
laborando sus cosechas  
de relámpagos de hombres  
hechos de una sola pieza.  
Gúímar, rumiando silencios,  
guardándole al sur las puertas,  
jugando a pares o nones  
lavas, colores y almendras.  
Un veintinueve de junio,  
perdí las propias y ajenas,  
las dulces y las amargas.  
No siento lo que valieran,  
sino que tenían duende  
de ojos de mujer morena  
y yo quería ponerles  
pestañas, luces y flechas.  
Gúímar, de cara redonda

igual que una luna nueva,  
 encendiendo lumbres verdes  
 en rocas amarillentas,  
 entre las olas y el monte  
 lanza al aire su moneda  
 dándole rumbo a sus sueños  
 y hogar a sus sementeras.

### ARAFO

*a Aristides Ferrer*

Si oís el agua en las calles  
 es que ya estáis en Arafo.  
 Un agua madrugadora,  
 con urgencia de recado.  
 No se detiene con nadie  
 —romera de pie descalzo—  
 cuando baja de los montes,  
 alegre y sola, cantando.  
 De tanto y tanto quererla,  
 al maizal enamorado  
 la piña del corazón  
 se le ha abierto en el costado.  
 Viéndola pasar, desnuda  
 gacela de los picachos,  
 la vid, de lejos, le ofrece  
 los zarcillos de sus pámpanos  
 y a la popular patata  
 se le pone el pecho blanco.  
 Su libertad de la cumbre  
 es la cosecha del llano.  
 Por eso, ante ella, el hombre  
 que cruza sediento el campo,  
 echa la rodilla a tierra,  
 en silencio prosternado,  
 que al agua, como a una madre,

se la toma con los labios.  
Los hilos del agua bordan  
vegetales cañamazos,  
sin dedal y sin agujas,  
día y noche trabajando.  
¡El agua! Esa costurera  
proletaria y sin descanso.  
No tiene sombra ni muerte:  
su transparente regazo  
es sólo tiempo que fluye,  
pero tiempo humanizado.  
Y, aún corriendo, fugitiva  
hace suyas nuestras manos  
y vestida de hojas verdes  
sube a las ramas del árbol  
para poner la esperanza  
de bandera en lo más alto.  
Es también sueño de paz,  
no paz de espejo y remanso,  
no una paz de compromiso,  
sino paz que va buscando  
manos y frentes cordiales  
que no la hagan pedazos.  
Trino de pájaro y cumbre,  
entre las piedras y el barro,  
el agua canta y sonrío  
al borde mismo del llanto.  
Y de estas aguas que cantan  
mana el corazón de Arafo.

#### CANDELARIA

Tengo pintadas de un verde  
gemelo de las tuneras  
la finca de mis amores  
mis barcas candelarieras.

Con ellas salgo a pescar  
cuando asoman las estrellas;  
*cho* Juan gobierna la mía,  
yo llevo la de mi suegra.  
Pero esta noche la mar  
tiene muy mala madera;  
se ha puesto toro y no hay muro  
de lluvia que la detenga,  
tajamar que la domine  
ni timones que la entiendan.  
Esta noche no podrán  
ir a ganarme las perras.  
Son de talantes esquivos  
varadas en la ribera  
e íntimamente cordiales  
si las espumas las besan.  
Y qué gusto da mirarlas  
por esas mares afuera  
como dos buenas muchachas  
columpiando las caderas.  
Pero este dichoso sur  
se está comiendo una breva  
aunque las sardinas campen  
como si nada ocurriera.  
Y no veré sus *gorgoras*  
ni empuñaré la *jareta*.  
Las sardinas son muy suyas  
y van formando una pella,  
sólo si huelen toninas  
se desparraman y riegan.  
Desde que tengo razón  
son las sardinas mis perlas,  
mis relámpagos del gozo,  
mis hierbas de curandera,  
mis higos chumbos del mar,  
mis cheques de Venezuela.

En torno de sus puñales  
mi noche está dando vueltas.  
Las quiero como a mí mismo,  
son los frutos de mi hacienda.  
Por los planchados azules  
quedan a la descubierta  
los almidonados fuegos  
que burilan las candelas.  
Y viéndolas se me van  
las angustias que me arenan,  
ardiendo en sus *argentíes*  
la obra muerta de mis penas.  
Esta noche no será:  
ni agenciaré mi molienda,  
ni podré pegar un ojo,  
ni dar fondo a la tristeza,  
que yo me la paso en blanco  
cuando se pone tan negra.  
Si siguen así las cosas  
la virgen me favorezca,  
que si todo viene a pelo  
soplando el viento a derechas,  
me basto solo y me sobro  
con mis brazos y mis piernas.

### SANTA CRUZ

*a Domingo Molino Albertos*

Ay Santa Cruz de mi vida,  
qué bien enciendes el alma;  
ver tus luces es sentir  
que estamos ya en nuestra casa.  
Los caminos bregadores  
que andan la isla y desandan  
al vislumbrarte aligeran  
sus borriquillos de carga.

No importa que lleguen tarde  
a descalzar sus andanzas,  
como madre los esperas  
toda tu rostro ventana.  
Dame la mano, que logre  
izarme a tus atalayas,  
esa mano chicharrera,  
cordial y republicana.  
Para labrar tu albedrío  
la tierra no te fue llana,  
solamente dispusiste  
de la mar y la montaña.  
Montañas de firme angustia,  
montañas con la esperanza  
de redimirse y correr  
hacia donde nace el alba,  
llevando a enterrar las penas  
en tus valles sepultadas.  
Pero la mar sí te dio  
horizonte de manzana,  
ligereza de balandro  
y corazón de muchacha.  
La mar, sin llaves ni rejas,  
la mar, soledad que canta,  
acunando libertades  
en medio de las borrascas.  
De las olas aprendiste  
a vivir su democracia:  
todas distintas y todas  
rumor de pueblo que clama.  
Si la tierra dijo no  
dejándote sólo Anaga,  
en los brazos que te reman  
llevas tu estirpe tatuada.  
Una estirpe marinera,  
de singladuras sin tacha,

que está escrita en los anales  
de las piedras que te lanzan.  
Los discos rojos y verdes  
de tus calles y tus plazas  
fueron antes aguas vivas  
balizando las distancias.  
Capital de transparencias,  
urbe en las proas del agua,  
para los mares de leva  
qué luchadora es tu barca.  
Hoy creces como la espuma,  
esa amiga de la infancia  
con quien jugaba tu arena  
al matarile en la playa.  
Ella está siempre contigo,  
te sube casi en volandas  
al caballete en que posan  
las paredes de las casas  
para escalar las alturas  
y guardarte las espaldas.  
Bolsillo de lejanías,  
estafeta de bonanzas,  
los rumbos buscan en ti  
el punto final del ancla.  
Llorar casi nunca lloras,  
pero si brotan tus lágrimas  
son de injusticias que trinan,  
no de mujer despechada.  
No temas, tu intimidad  
de todo riesgo te salva,  
que aun a las noches de lobo  
con tu nobleza desarmas.  
Ciudad de pájaro en vuelo,  
domingo de la mirada,  
arrodílese mi voz  
y cúplete en mis palabras:

algún día tus mercados  
tendrán de la mar naranjas.  
Oh luces de bienvenida,  
nido en las proas del agua,  
a mi descanso le espera  
tu sonrisa de almohada.

# HORA PUNTA DEL HOMBRE

[1970]

*A Domingo Pérez Minik,  
hijo de la libertad,  
de pies a cabeza.*

## LOS ROBOTS DAN LA CARA

## NOCHE DE MUERTE

*a Ventura Doreste*

Dicen que son el cielo  
y sólo vemos  
nidos al revés.

Dicen que son la luz  
y son ríos revueltos  
donde la sombra habita.

Dicen que quieren salvarte  
y te vuelven la espalda  
o encogen de silencio.  
vDicen, diciendo, están  
que son el tiempo joven,  
emisarios del porvenir.

Pero son los robots,  
los robots sin entrañas,  
esos que ya escribieron  
en el fondo del corazón y los caminos:  
«Amar la libertad es peligro de muerte».

## NOCHE DE TRISTEZA

*a Salvador Martín López*

Ha venido de lejos  
a tus sienas.

Los tornos de alfarero,  
las espigas,  
la lluvia,  
la desconocen.

No es sonrisa  
 recental,  
 rama verde.  
 Es niebla  
 que rumia  
 en tu cajón de sastre.  
 La quieres, sí, la quieres  
 y te haces  
 pantalones con sus lágrimas.  
 Todos tus huesos  
 le están haciendo  
 el amor.

Renúnciala,  
 conviértela en paloma  
 sin azotea en que posarse,  
 mácala incluso  
 antes de que haga nido en tu alegría.

#### NOCHE DE EXTERMINIO

*a Alfonso García-Ramos y Fernández del Castillo*

No dio tiempo  
 a que las sirenas hirieran  
 los tímpanos del aire.  
 Súbitas explosiones  
 drogaron las alturas.  
 El ciempiés del espanto  
 atenazaba las gargantas.  
 Se metieron las piedras  
 debajo de sí mismas.  
 Sótanos, sótanos fueron  
 los campos, las ciudades.  
 Abajo, más abajo,  
 se hundían las raíces  
 del croar de los sueños,

las frentes oprimidas,  
el papel de fumar del pensamiento.  
Y desde aquel instante  
los niños,  
apretando sus dedos sonrosados,  
—¡mi ángel! ¡mi luz! ¡mi flor!—  
mamaron nubes radioactivas  
del pecho de las madres.

#### NOCHE DE ABSURDOS

Aunque laves los pies a la lluvia  
nunca dispondrás  
de calcetines blancos que ponerle.

Aunque el telar de angustia de la sangre  
siga tejiendo el lienzo de tu espalda  
nunca lograrás  
la camisa del hombre feliz.

Aunque te multipliquen por música pasacalles  
siempre andarás a paso de tortuga.

Aunque vistan sedas universitarias  
los tuyos, al final  
siempre tendrás el rabo entre las piernas.

Ya pueden los rostros sentir vértigos de esperanza,  
estrecharse la mano los siempres y los nunca,  
dejarse crecer barba las olas de los mares,  
vivir una familia en un grano de arena.

Porque aun aumentando el nivel de vida  
sólo verás de tu renta per cápita  
unos zapatos rotos.

## NOCHE DE DEMAGOGIA

*a Elfidio Alonso Quintero*

Eres libre.

Puedes ganar el pan,  
contemplar las estrellas,  
respirar cuando duermes.

Eres libre.

Léelo en los periódicos,  
apréndelo en la tele,  
escúchalo por radio.

Eres libre.

Como el hierro forjado,  
una angina de pecho,  
un castillo en el aire.

Eres libre.

La noche lo asegura,  
el espejo lo afirma,  
el dogal lo sostiene.

Eres libre.

Los títulos se expiden  
con plumas automáticas  
sobre globos cautivos.

## NOCHE DE PERROS

*a Fernando García-Ramos y Fernández del Castillo*

No dijeron ni pío.

Vinieron sobre rieles.

Sus cejas eran cargos

contra la luz de nuestros ojos.

Y se subió a los áticos el miedo.

Todo cuanto tocaban

caía malherido.

Hallar, no hallaron nada.  
Digo, no; sí encontraron  
el cuerpo del delito:  
la ventana abierta de las ideas  
con su porción de lumbre, sal y agua.

Era bastante  
y se acabó el carbón.

El hacha de la paz aún sigue en alto  
y sin nacer el trigo.

### NOCHE DE IRA

*a Pilar Lojendio*

Hablemos de la noche en que me incluyo,  
del día que no llega.

La razón de tu voz no te protege  
ni el sol de la justicia mientras sigan  
discriminando  
el aire que respiras,  
tu sombra las ciudades,  
tus pasos las aceras.

Los brazos de tu cuerpo  
no terminan en manos:  
púgiles son las dos,  
nudos de piedra,  
ajedrez de pistolas.  
Ved su rostro de guante:  
una sien es asfalto, la otra silla eléctrica:  
cloaca es una oreja y rascacielos otra,  
y si un ojo le llora el otro sangra.

Tiene una visión doble  
y la estrella en la bandera  
es espuela en su costado.

Sus piernas son iguales,  
las dos caminan  
sobre ascuas.

En resumen,  
escucha su lenguaje:  
«Para tener derecho a sonreírme  
un corazón artificial me han puesto».

### NOCHE DE ÁNIMAS

*a José Luis Sampedro*

Nuestros abuelos,  
portando el mendrugo del esclavo,  
trabajaron de sol a sol.

Sin cejar, nuestros padres,  
a costa de despidos,  
huelgas, muertos y soledades,  
ensancharon los días,  
legándonos jornadas de ocho horas,  
para que sonrieran nuestros brazos.

Pero hemos vuelto a las andadas,  
nos han salido al paso  
cuadrillas de horas extras,  
el pluriempleo, salteador del ocio,  
del paraíso del me da la gana.

Ahora trabajamos más que nunca  
y no de sol a sol,  
sino de insomnio a insomnio,  
molidos de cansancio,  
estrujados los huesos.

Estamos condenados  
a sufrir escaladas de fatiga,

a no hallar agujeros al descanso,  
a malbebernos la amistad y el vino.

Trabajamos más horas solamente  
para pagar a plazos  
el ataúd de la esperanza.

### EL ALBA URGE

*a Fernando G. Delgado*

Desde la mar te hablo.  
No una mar de mitos,  
sino desnuda,  
sin gaviotas  
cruceros de turismo  
o marmita de soledad.

No de esta que pisamos  
ni de aquella que vemos  
ni de la otra que es un sueño inútil.  
Sino de la que vive  
educando sus muertes  
con agallas de pueblo,  
esa que nos exige  
el pan de cada día,  
quiero decir,  
la libertad que amamos.

No te detengas tanto  
palpando tus bolsillos vacíos;  
pon el dedo en la llaga del hombre  
que haces tuyo,  
que no sea tan sólo una palabra.  
Andar a su nivel nunca fue fácil.  
La luz en que se envuelve  
bordea el sacrificio  
y el rostro de la cumbre ahuecado en su mano.

Desde la mar te hablo,  
urge que te desnudes  
y que el grano de ira de tu llanto  
libere tu amargura  
de animal acosado.

## PRIMER PLAN DE SOLEDADES

## RESPUESTA DEL CAMPESINO

*a José Moreno Galván  
y a Corola*

Las pinzas de las mariposas  
colgando ausencias,  
el rencor de las ortigas  
picándole las piernas al silencio,  
el borrón de los mirlos  
ennegreciendo el sexo de la angustia,  
la sed de las avispas  
dando cuerda al cadáver de los huertos,  
todo llegaba hasta el sillón de sombra  
que construía el tronco de aquel árbol.

Sólo faltaba el hombre.  
A extramuros  
del río de corbatas de las calles,  
del cálculo de sienes electrónicas,  
tumbábase a sus anchas el olvido  
durmiendo en los barbechos  
que dejó el abandono  
cuando plantó esperanzas  
—él, paria de sequías,  
levadura de surcos y sudores—  
y le nacieron  
desalientos y callos en las manos.  
Tan sólo vio en el viento la cosecha  
de culos blancos de los abejones.

## RESPUESTA DEL PESCADOR

*a Emilio Sánchez Ortiz*

Igual que siempre o nunca  
la mar está aguardando que la llene  
un brazo solidario, los afanes  
de las sangres batientes,  
vasos comunicantes de todos los que aman  
un solo azul, el comunal destino  
que apunta en el vaivén del agua libre.

Yo sigo siempre o nunca  
siendo su paridad a vida o muerte.

Sus olas aún sostienen mis espaldas,  
me enseñan el camino, ese horizonte  
que no tolera nudos ni tijeras.

Si no esperara siempre a que llevase  
mis pesares a unirlos con los suyos,  
el mantel de sus sales  
tendería en el suelo de rapiñas  
en donde el propio lecho me disputa,  
desgreñada y con tizne, la pobreza,  
bajo el peso ilustrísimo  
del responso de luz  
de los tiranos cielos.

Debajo de estas olas jamás seré enterrado  
ya que la mar devuelve nuestras muertes,  
no tiene sitio donde acomodarlas,  
no las quiere ni ver  
porque ya, por morir, hasta perdimos  
la triste libertad de ser esclavos.

## RESPUESTA DEL ESTUDIANTE

*a Nicole Avant*

Hasta que se nos oiga  
hemos de romper puertas,  
matar espantapájaros  
y derribar estatuas.

Hasta que se nos oiga  
colocaremos trapos  
de protesta y de lidia  
en el tablón de anuncios  
de los anacronismos.

Nosotros no tenemos  
compromisos con zoos  
de fantasmas  
ni parques de esperpentos.

Nosotros no queremos  
morirnos de tristeza,  
ni diseccionar ocasos,  
ni andarnos por las ramas.

No queremos ser carne  
de inválidos civiles  
mutilados de espíritu,  
aun antes del viaje  
de final de carrera.

Para que se nos oiga  
hemos de quemar pronto  
las verdades a medias,  
fumigar las palabras  
para que nos expresen.

No queremos comprar  
cadáveres de cera

con el oro de ley  
de nuestros años mozos.

Ni tenemos arrugas  
en el rostro. Luchamos  
para ser transparentes  
como la luz y el agua.

Que nos oigan bien claro.  
Nuestra conducta es ésta:  
queremos claridades  
sin vendajes de nubes.

Queremos sobre todo  
dar vida a nuestro sueño  
y modelar las sienes  
del barro de los días.

Hasta que se nos oiga  
seguiremos sentados  
a las puertas del hombre  
que pone en pie el mañana.

#### RESPUESTA DE LOS OTROS

*a Félix Casanova de Ayala*

Nosotros también somos  
pequeños industriales  
con gestos de aluminio,  
pequeños comerciantes  
con pasos enjaulados,  
tecnócratas del álgebra  
y demás galeotes del etcétera.  
Nosotros también somos  
botones automáticos  
de ascensores que suben y que bajan,  
los comandos de lujo de la pena,  
bielas que no se paran,

que no pueden pararse  
aunque silben los muros.

No hay piezas de recambio  
para el ir y venir de las sienas,  
para nuestra piel de tambor golpeado,  
para nuestra tristeza de no pisar la luna  
después de tanta calma destruida.

Fabricamos la paz de los cañones,  
vendemos ademanes y arco iris,  
hipotecamos nuestra sombra.  
Y luego nos lavamos el cerebro  
con jabones de olvido  
sin espuma ni aroma.

No entramos con un ángulo correcto  
en nuestra intimidad, que nos acusa  
piedras de desamor, sisándonos el sueño.  
Barométricos pulsos nos miden el descanso.  
Contra reloj amamos,  
contra reloj comemos en familia,  
contra reloj dormimos  
a reojo del canto de los gallos.  
(Nosotros sólo somos el recuerdo de nidos  
que en las vigas maestras de la infancia  
dejaron al pasar las golondrinas.)

No podemos pararnos.  
No hay estación de término  
para este desvivirse.  
Nos está prohibido aparcar la esperanza.

## RESPUESTA DEL POETA

*a Arturo Maccanti*

Nací, como el rosal,  
con las espinas de cualquier hombre.  
No las cultivo  
—el poeta no es gallo de pelea—  
mas desdichado el que las pierda:  
con nadie podrá comunicarse.  
Sin su aguda conciencia  
muerden el polvo las palabras.

El poema no es rosa,  
no es agua de remanso  
ni una «miss» elegida  
por molinos de viento.

El poema es un bosque que rebota  
sombra y virginidad,  
trino y contraste,  
la sangre que ilumina los párpados del tiempo,  
una voz desnudándose en zarzales,  
la raíz del relieve de los sueños  
que le dan a la luz rostro y contorno  
de libertad de ala.

La espina nos defiende de los sauces llorones,  
los pantanos, los pozos de ceniza;  
del rincón en que manan los silencios  
éxtasis de infinito  
sin mirar hacia abajo,  
hacia el acontecer de las heridas,  
hacia la rebelión de los caminos  
cansados de ladrar al horizonte  
de los que mueren antes de nacerse.

En medio de las llamas,  
con las espinas de los hombres,  
vinieron a la vida y a la muerte  
el rosal y el poeta.

# LAS ISLAS EN QUE VIVO

[1971]

Los poemas que integran este libro fueron escritos en su totalidad en Los Cristianos y vienen a constituir una crónica poética de mis vacaciones estivales en aquel lugar de mis preferencias entre todas las playas de Tenerife.

Su título —*Las islas en que vivo*— alude lo mismo a una topografía concreta que a una insularidad tanto exterior como mental. No son, pues, exclusivamente, éstas, las islas *donde* vivo, sino aquellas en las que toma cuerpo y se cumple mi vida. Lo que vale tanto como decir islas raíces que buscan, encuentran y se solazan con la amistad de otros archipiélagos que, más que soledades aisladas, son regazo de penas y alegrías en el que el hombre dramatiza el reflejo de su libertad. Es decir, no islas mordiéndose la cola en un círculo de agua sino reductos alzados con hambres de universalidad. Apunté ya que este libro viene a ser la crónica de un acontecimiento junto al mar batiente. Pero no crónica de peripecias excepcionales. Más bien, de sucesos cotidianos. Y más cabalmente aún de moléculas vitales que permanecen chisporroteando en unas plataformas marinas que se resisten a perder terreno, a menoscabar su fidelidad a condiciones humanas virilmente establecidas y salvajemente conservadas.

No hay, por tanto, ningún poema de este libro que no se haya montado sobre una anécdota o que no aparezca ella asomada en el transcurso de su composición. Las formas de la realidad externa son generalmente mucho más abundantes y variadas que las de la fantasía. Gran número de las imágenes que cristalizan en estos poemas son formas ya elaboradas por el pueblo, experien-

cias formales que brotan espontáneas en la conversación cuando ésta se desnuda y deja al descubierto el acervo de vivencias acumuladas por un particular modo de existir.

Así las expresiones *agacharse la brisa*, *la verga de la brisa*, *un brote de la mar*, *la picadera* de la mar, el agua del mar se muere en las salinas y algunas otras aquí recogidas, han surgido de mis charlas con algunas gentes de mar, justamente con las más ariscas y más guardadoras de su intimidad, con las más arriscadamente insulares. Y no ha sido mi propósito salvarlas de su anonimato o de su desaparición, sino el de utilizar su fuerza expresiva y sus bellas siluetas coloquiales para dar calor a mi palabra. Cada poema lleva al pie el año en que fue escrito.

P.G.C.

*a Saulo Torón*

Este charco, este pañuelo de agua  
que asomado al bolsillo de la roca  
abandonó en la tierra la marea,  
es todavía mar, un mar inválido  
de espumas, y horizontes, y rumores  
apenas una lágrima dejada  
en el párpado seco de la orilla  
pero que lleva impresa en su destierro  
el ser la pura soledad de nadie.

(1960)

*a Félix Duarte*

No sé si es criminal que yo escriba un poema  
junto a la mar, sentado en una roca,  
mientras los pescadores  
trabajan con sus barcas allá afuera,  
cerca del horizonte.  
Siento mi pensamiento más débil que sus brazos,  
quiero hundirlo en el fondo de mí mismo  
y es un corcho que flota a la deriva.

Anzuelos de esperanza  
lanzo uno tras otro a las espumas  
y el pez de mi alegría sigue ciego,  
rota la libertad de sus aletas,  
sin hallar un rincón donde afianzarse.  
Pero aquí soy un aprendiz de islas  
y no debo olvidar los arenales  
de esta academia libre de enseñanza.  
Las impurezas de la vida diaria,  
el mezquino lugar común, los caminos  
que no conducen a ninguna parte,  
las algas de la angustia,  
no me dejan llegar a donde quiero.  
Es necesario que desnude el alma,  
que me nazca otra vez  
y que mi oscuridad de galeote  
entre en la mar y se convierta en ola  
que deje en los cantiles y las playas  
la rebeldía que en mi llanto habita.

(1960)

*a Luis Álvarez Cruz*

Pisar por vez primera estos callaos  
que bordonea el mar, estos veriles  
donde la soledad se cría a pierna suelta.  
Saber que eran mucho antes  
que mis pies los pisaran  
igual que tantos hombres  
que no dejaron huella de su paso.  
Son y serán así. Se redondean  
en el innato instinto de defensa  
de no decir a nadie lo que quieren.  
Brotos de islas, piedras de silencio,  
raigones verdaderos  
de una intimidad incommunicable,  
aun cuando alguien crea que son suyos.

Pero ellos siguen siendo  
 propiedad de sí mismos,  
 propiedad de su firme  
 condición de estar solos,  
 sin que nadie les pise  
 su libertad nativa.

(1962)

*a Agustín Millares Sall*

Hombre soy de las islas  
 que toma el sol y bebe lejanías  
 sentado en las terrazas de la mar.  
 Mas, ¿por qué tantas puertas  
 interiores cerradas,  
 tanta arena de oscuridad en la sangre,  
 tantas sienes  
 que murmuran esperanzas que desconozco?  
 ¿Y esa voz,  
 esa otra voz que nos desnuda,  
 que nos solidariza con las olas  
 y grita en la garganta de otros hombres,  
 es sólo risco,  
 aulaga,  
 sed o contrapunto mío?  
 Alguien me está llamando desde adentro,  
 alguien que no consigue abrir mis ojos  
 aunque su aliento ronde mi palabra,  
 tan cercano a la orilla de mí mismo  
 que me debo alejar de mis rumores  
 para poder oírmelo en los labios.  
 Sé que no es soledad, que tiene un nombre  
 que se parece mucho a rebeldía.  
 Huya de mí el descanso hasta que horade  
 en todas direcciones las montañas  
 y brote al fin esta palabra huida  
 en el canto del agua liberada.

(1962)

Aún no sé si la distancia es llanto.  
Distancias en la mar no son las mismas  
que las de tierra firme, bien atadas  
a nuestro pies. Las otras, las del mar,  
son más veloces  
y no se les da fin, no se aproximan.  
Por eso lloran, se nos van llorando  
su poca vecindad, su nomadismo,  
que no puede tomarnos en los brazos  
para subirnos hasta nuestro sueño.  
Mas creo que tal vez sea sonrisa  
mucho mejor que llanto esa distancia  
que nos abre la puerta en ese muro  
que esquivo la esperanza de encontrarnos.  
Y sólo sé que soy melancolía  
cuando le miro el rostro a esas distancias.

(1962)

*a Presentita Delli Cas*

Frente a la mar, cigarro tras cigarro,  
espero la palabra que me traiga  
la soledad que soy,  
esa palabra espejo en la que pueda  
adivinar la viva superficie  
que emborriona la sombra en mis adentros.  
El tarajal que tengo a las espaldas  
y las olas que rompen a mi lado,  
ni me dan su amistad ni me conducen  
a mi interior de pájaro cautivo.  
Piedra tan sólo estoy,  
piedra de oscuridad sobre los días,  
mendigo que se queda a la intemperie  
luchando para abrir su propio sueño  
con la llave en la mano de sí mismo.  
Ayudadme vosotros, los puros, los odiados,  
a darme el santo y seña que me lleve

a descubrir mi intimidad de isla.  
 Dímelo tú, pequeña,  
 que juegas y sonrías, con tu escoba  
 barriendo las arenas de la playa.

(1964)

*a Antonio Vizcaya Carpenter*

Casi nunca la mar en esta costa  
 tiene llano el sonido.  
 Por mucho que la trates en familia  
 siempre hay en su lenguaje  
 expresiones que te hacen  
 levantar la cabeza.  
 Tú la sientes bullir, te estás oyendo  
 en su espejo de voces,  
 la escuchas trabajar tus rebeldías,  
 labrar por las rompientes  
 los arenales de tus inquietudes.  
 Lejos, en ella, mar adentro,  
 no habla:  
 su soledad está entera.  
 Sólo cuando una isla  
 pone un pico de pájaro en las aguas  
 rompe a cantar  
 y rebasa el pudor de su silencio.  
 Y así el isleño todavía entiende  
 el rumor de la mar que le rodea  
 como la intimidad donde descansa  
 el camino de la última alegría.

(1963)

No sé si hoy las olas son distintas,  
 si el horizonte está en el mismo sitio  
 o si es mi sentimiento el que ha cambiado.  
 Me angustia este batir de espumas y rumores  
 que creo inútil para mis adentros

de sal y agua en hombre convertidas.  
 Esto no es soledad, sino silencio;  
 un silencio ancestral puesto a la sombra  
 de unas islas a las que amar es poco  
 si no se siente el gozo de abrazarlas  
 en la pura amistad de este silencio.

(1962)

*a Tomás González y González*

Tengo un amigo marinero.  
 Sus palabras suenan a hombre  
 y si no es coloquial está callado.  
 Se sienta siempre contra el viento.  
 Lía su cigarrillo de tabaco de hoja  
 y lo enciende con su mechero de martillo.  
 Una tarde me dijo:  
 —La mar tiene hoy una *picadera*  
 que no hay quien la aguante.  
 Y otra:  
 —La verga de la brisa  
 pasa por esa nube  
 y llega a Nueva York.  
 Ahora, miradle simplemente.  
 Acaso ya tan sólo diga las buenas tardes  
 al tomar el camino de su casa.  
 Fumar juntos es también conversar.  
 Yes grata la hombredad de su silencio.

(1963)

*a Justo Jorge Padrón*

Un brote de la mar ha llegado a mis pies.  
 Inesperadamente  
 se ha nacido del vientre de una ola  
 con su cuerpo de llantos y rumores  
 como si fuera de verdad una vida.  
 Tan pura exhalación,

tan leche hirviendo  
 coronó su existir apresurado,  
 que ni aún al recuerdo dejó brecha  
 su centella de agua.  
 Apenas si he podido retener un instante  
 su tiempo de morir,  
 su nacer velocísimo a la muerte.  
 Y acaso toda el alma de una isla,  
 más que obsesión de rocas a pie firme,  
 sea un brote de mar encadenado.

(1964)

*a José Mateo Díaz*

Se ha agachado la brisa y hay cosechas de espumas.  
 Tiene esta mar rumor de órgano profundo,  
 clama y protesta con las hambres de un pueblo,  
 no quiere a nadie en sus orillas.  
 Amancebada de sus movimientos  
 se hace y se destruye  
 con absoluta lealtad a sí misma.  
 No hay un lugar común  
 que pueda alimentarse de estas olas;  
 todas son libertad que se desnuda  
 en las arenas que nos oscurecen.  
 ¡Cuánto amor en el agua sin fronteras  
 y cuán blanco su pan de cada día!  
 Así es como me quiero,  
 con pasión y con brío,  
 a pincelada limpia y celo desbordado,  
 amaneciendo desde adentro,  
 desde la oscuridad que me amordaza,  
 comiéndome los riscos que golpean mis sienes.

(1964)

*a Eugenio Padorno*

Hoy es la muerte de una mariposa  
volando sobre el mar  
lo que ha llenado el día.  
Buscaba una ola quieta  
en que poder posarse  
y no volvió del agua.  
No hubo suicidio,  
lucha  
ni tristeza.  
Llegó tan sólo al borde de sí misma,  
al ras con ras de su silencio,  
con esa sencillez con que el cielo es azul,  
nube la nube y pájaro el sonido.  
El mar no la hizo suya,  
no pudo dominarla.  
Cuando cayó estaba ya cumplida  
la mariposa que era,  
el preludio de libertad de su vuelo.

(1964)

*a Luis Diego Cuscoy*

Viene la mar subiendo. Menos isla  
va quedando desnuda.  
Su anillo litoral de desposada  
se va colonizando de rumores.  
Aguas que nunca duermen  
acusan los silencios a la cumbre.  
La isla los anida  
y los monta en los hombros de sus lavas  
con claridad de hombres.  
Salvándolos afirma su victoria.  
Por eso son silencios invencibles,  
nudos rebeldes de la mar que sólo  
los desata el amor y la esperanza  
si en una mano libre se dan cita

con esa intimidad con que una hoguera  
pone su sexo de distancia y lumbre  
en el oscuro vientre de la noche.

(1964)

*a don José Peraza de Ayala*

Mientras escucho fondo y penumbras  
miro mis manos como  
oscuras formas de moluscos  
y de estrellas de mar.  
Lejanas ascendencias  
duermen su noche en mis sentidos  
y me están susurrando  
vidas que me existieron  
antes de conocerme.  
Mi piel es una pausa, el punto de reposo  
de articulados nácares y colores rivales  
que luchan por cumplirse.  
Muchas gotas de sangre habrán rielado  
para darme esta vida  
que se piensa un arroyo en el que latén  
silencios que me ahondan,  
dientes que me progenian,  
manos que me acompañan.  
Muchos combates habrán sido librados  
para darme esta boca con que beso  
la alegría del mar en las arenas  
de olvido de otros labios.  
Y así viviendo estoy sólo de muertes  
subidas al andamio de mi cuerpo  
gritándome que soy la sed del agua  
batiendo en los costados de una roca.

(1964)

*a mi sobrina**María de los Ángeles García Soto*

Un día habrá una isla  
que no sea silencio amordazado.  
Que me entierren en ella,  
donde mi libertad dé sus rumores  
a todos los que pisen sus orillas.  
Solo no estoy. Están conmigo siempre  
horizontes y manos de esperanza,  
aquellos que no cesan  
de mirarse la cara en sus heridas,  
aquellos que no pierden  
el corazón y el rumbo en las tormentas,  
los que lloran de rabia  
y se tragan el tiempo en carne viva.  
Y cuando mis palabras se liberen  
del combate en que muero y en que vivo,  
la alegría del mar le pido a todos  
cuantos partan su pan en esa isla  
que no sea silencio amordazado.

(1964)

*a Carlos Pinto Grote*

El tiempo de la mar  
es otro tiempo:  
ni río ni corcel.  
No es el tiempo que muerde  
llevándose consigo  
en fila india  
a todo lo que nace.  
En la mar no transcurre  
sino hierve y se basta;  
no acontece  
ni se abre camino;  
vivaquea,  
está hecho un ovillo,

ni viene ni se va,  
permanece en su piel.  
Pueden medir mareas,  
tasar distancias,  
ponerle dientes de reloj.  
Todo eso le es ajeno,  
no es el tiempo  
en que la mar se entraña.  
A ella le ha brotado desde el fondo,  
no lo lleva en el aire  
igual que una gaviota  
lo ha convertido en ritmo:  
toda la mar es él.  
Pero tiene sus límites  
y de pies a cabeza  
es tiempo de una vez.  
Una concha en la arena  
está conclusa  
y las olas son siempre,  
son sin atardecer.  
En la tierra es cuchillo,  
se hinca en cada instante,  
avasalla, asesina,  
es un tiempo de sed.  
Pero en la mar no hay ruinas,  
no envejece la espuma  
ni marchita su cara,  
es un instinto  
que en el agua hizo pie.  
El tiempo de la mar  
no es conciencia de nadie,  
es nada más que un siempre.  
Tiempo no condenado  
a vivir de esperanzas,  
tiempo de creación  
sin antes ni después.

(1964)

*a Rafael Arozarena*

También la noche cuenta en una isla.  
Casi no tiene orillas.  
Sus olas son idénticas,  
pero la espuma es gris y los rumores  
más silenciosamente concebidos.  
Y su serenidad nos halla enteros,  
recuperada ya la media parte  
que se nos fue con la melancolía  
de la ilusión inútil de encontrarnos.  
Pero en la noche sí se encuentra uno.  
La noche de la mar, que nos modela  
la oscuridad interior, que nos intima  
como una ola más de sus espaldas,  
sin pedirnos el nombre  
con que bautizaron nuestro sueño,  
llámese Pedro, angustia o rebeldía.  
La noche de la mar sí la entendemos.  
Somos los hijos de su sal batiente  
y nos pone en la punta de la lengua  
su palabra de llanto, el espejismo  
de ver en su amargor nuestro reflejo,  
que es también una isla de la noche  
parpadeando en medio de los mares.

(1964)

A este viejo marino  
no expresan las palabras.  
Sus pasos en la arena  
son quienes dan salida  
a su mundo interior,  
quienes le dan el diálogo,  
el júbilo de ser lumbre callada.  
Sobre la arena húmeda  
es cada paso un pensamiento  
despojado de herencias,

de atardeceres lógicos y trabas.  
Es en su caminar donde se halla,  
donde se da de bruces con sí mismo.  
Sólo sus pies escriben en la arena,  
solamente sus pies,  
los pies analfabetos de su sabiduría.  
Sus manos, no. Sus manos  
trazan signos remotos,  
carpinterías de recuerdos,  
paraguas que no cubren  
su soledad de hombre.  
Sus pies sí que le expresan  
sobre el oscuro sexo de la playa.  
No le dejan atrás  
ni le convierten en vocablos.  
Y siente en sus adentros  
que pisando la arena  
tiene sobre los hombros  
la plenitud del mar.

(1966)

*a Felipe Padrón Sanabria*

La barca allá, a lo lejos,  
es del mismo color que la montaña.  
Mas sabemos que dentro lleva un hombre  
aunque desconozcamos su tristeza  
e ignoremos romper en su semblante  
la espuma de la luz.  
Le sentimos vivir con algo nuestro,  
como si dispusiera  
del eslabón perdido que nos falta  
para cortar la cinta prohibida  
que nos dé posesión del horizonte.  
Algo puede fallarnos,  
pero no los embates

en que nos trasmitimos  
las ondas que nos ponen en las manos  
idénticos pedazos de esperanza.  
La soledad está injerta en cada uno  
pero no en los demás,  
Incluso ni su muerte  
se cierra a nuestro diálogo.  
Mucho menos allá, donde la barca  
tiene color de roca,  
el color de las redes de los riesgos,  
el color de una bomba retardada,  
el color con ojeras  
del reclamo de pan de nuestras hambres.  
El hombre en soledad nunca está solo.  
Las islas de otras noches le acompañan.

(1966)

*a Pedro Lezcano*

No es necesario que a la mar tú vengas  
con la caña de pesca y el atuendo  
de cualquier pescador. Con que te acerques  
desnudo de palabras y de moldes,  
te sientes a su lado y te sumerjas  
olvidado de ti, de tus esquemas  
de ver la vida y de idear el mundo,  
con que dejes tu tiempo a las espaldas  
y te hagas a su ritmo y sus rumores,  
la mar queda engordada para darte  
frutos de creación, nuevos remansos  
que, siendo tuyos, los desconocías.  
Muerto estarás si no te dice nada  
su interior vecindad, si no procrea  
en ti su paraíso sumergido  
peces de nadadoras libertades.  
Muerto, muerto del todo,

aunque prosiga  
viviendo en el cadáver de tu cuerpo  
la dádiva de sangre del camino.

(1966)

*a Lazaro Santana*

Hay familias que vienen de los altos  
a pasar el domingo  
a la orilla del mar cuando está bueno.  
Ellas dicen el mar. La mar es sólo  
para quienes, en habitual desnudez,  
la trabajan a pecho descubierto.  
Se desplazan siguiendo un calendario  
que fluye con el paso de un ser vivo  
y no puede colgarse en las paredes.  
Los días de labor, páginas ocres  
de la tierra en que moran y se apenan,  
conducen al azul de este domingo  
brotado de las olas.  
Buscan rincones solos de las playas,  
lejos de los atuendos y los lujos,  
donde no desentonen  
de los cangrejos y los tarajales,  
allí donde la sombra es el descanso,  
porque el sol para ellas no es el ocio,  
sino el duro sudor de las faenas.  
A la hora del baño  
no pregonan sus carnes las mujeres,  
las reservan  
para que el fuego del amor las tueste  
y las convierta en patria de sus hijos.  
Y cuando el rostro de la tarde esboza  
los rasgos de la noche, sus enseres  
recogen y retornan  
hacia las tierras altas,  
cruzando entre las uñas

que sacan las aulagas como gatos.  
 —Vamos, ya falta poco.  
 Ya dormir de un tirón,  
 todos a una,  
 entre cuatro paredes,  
 hasta que cante el gallo.

(1966)

Tiempo falta a la mar para entenderse  
 con nuestras soledades. Le pedimos  
 todo lo que no tiene:  
 libertad y esperanza.  
 La mar siempre está entera,  
 ni se desdobra  
 ni se rompe en pedazos.  
 Tan ella es, tan toda,  
 que ni siquiera una noción de espejo  
 le pasa por las mientes.  
 No se sabe idear más que en sí misma.  
 Hombre que al mar le pides imposibles,  
 mata ya al limosnero que te habita.  
 La mar salva o ahoga,  
 pero no es artesana de los sueños.  
 Si quieres libertad hazla en ti mismo,  
 nadie te la construye a la medida.  
 Y es cobarde esperar. Jamás tus manos  
 le tomarán el pulso a tus anhelos  
 si en los demás proyectas tu derrota.  
 Aprende la lección que has olvidado.  
 No pidas a la mar lo que has perdido.  
 Ella nunca entendió de esclavitudes.

(1966)

Hoy vengo a ti a buscar la dula de alegría  
 en que relampaguean tus espumas,  
 oh vaticinadora de tiempos de esperanza.

Leo las manos de tus olas. Venas innumerables  
de rutas presentidas  
no asilan ya demencias de crepúsculo,  
sanatorios de ideas mutiladas  
ni hecatombes de árboles heridos.  
Y ni el hombre es dolor de golpe bajo  
ni estridencia de hambre,  
ni es el llanto  
la moneda corriente  
con que pagas el aire que respiras  
y la luz de los ojos que te aman.  
Y ni odio hipoteca los caminos  
ni se asoma la sangre  
de vergüenza a tu rostro.  
Ya no son los hogares las islas de la mar,  
islas a solas defendiendo mendrugos,  
escafandras de sed,  
rocas sin playas.  
Ya los brazos en alto no claman injusticias,  
son sólo libertad  
que ondea el sol de todos.  
Ahora no es un riesgo pensar  
ni se asesina  
en nombre de las patrias o los mares,  
los sombreros de copa  
o de pueblos que aún duermen  
a la sombra de un árbol  
y son analfabetos como un río  
de caudalosas penas.  
Ahora ya las manos son de verdad unas manos  
y la palabra ha vuelto  
a intimar se en la boca,  
y cuando dice hombre  
es saludo  
y abrazo  
y se puebla de estrellas.

Leyendo estoy en esta mar de ahora  
a la luz de mañana.

(1966)

*a Manuel Padorno*

Estoy en las salinas.  
Rebanadas de agua que se tuestan al sol,  
ya demudado el rostro,  
muecas de desventura,  
me salen al encuentro.  
La mar, aquí, agoniza,  
metida entre las rejas de una cárcel,  
secuestrada su hacienda de rumores,  
sin majestad ni hombría.  
Aquí la mar se muere,  
se está muriendo el agua sin fronteras,  
es ya gesto de vidrio,  
túnica de amargura.  
Pero la sal, la sal, la sal naciente,  
puesta de pie sobre su duelo,  
cristaliza en los granos de su llanto  
vendavales de vida.

(1966)

*a doña Alejandra Ganzo, viuda de Cas*

Fue una noche de tantas.  
Llantos desenterrados  
crispaban, aturdían, desolaban.  
Terremoto de puntos cardinales,  
el viento no cedía.  
Hombres, niños, mujeres,  
barrancos y poblados  
en la orilla esperaban.  
Era la barca un sol y ya era noche.  
Perdida, perdida a todas luces,  
irremediabilmente naufragada.

No se sabía el nombre  
de los que en ella iban.  
Verde la proa, la sentían suya.  
Libertad se llamaba.

(1966)

*a Juan Cruz Ruiz*

Todo iba hoy despacio:  
el pájaro, la luz, el cigarrillo.  
Sólo el tiempo tiraba del mantel  
con esa prisa  
con que pone un collar fin a su vida  
desde lo alto de una garganta.  
Mis manos se oponían una a otra,  
dos ritmos me batían y no se desposaban,  
palpábame al revés,  
casi estaba en la celda  
de un condenado a muerte.  
Fue un perro herido entonces,  
tanteando vencer la muralla de roca,  
quien me dio una dedada de miel.  
Intentó varias veces  
saltar por lo más bajo  
y fracasó.  
Fue por lo que parecía más difícil  
de salvar  
por donde halló camino.  
Y ya fue alegre entonces  
el pájaro, la luz, el cigarrillo.  
El ejemplo del perro me había liberado;  
sus patas escalaron mi angustia,  
las sentía trepar mi corazón.  
Y me puse de pie sobre mí mismo,  
dueño de mis heridas,  
para saltar murallas y opresiones.

(1967)

ELEGÍAS MUERTAS DE HAMBRE  
[1975]

## LA MESA ESTÁ SERVIDA

*a Emiliano Díaz Castro*

Aquí estamos los granos  
de todos los países,  
orzuelos de miseria  
en esta sociedad que llaman de consumo.  
Aquí, codo con codo,  
mas de cuerpo presente  
que en festín de abundancia.  
Yaquí desesperamos  
servidos a una mesa  
lejanamente alta,  
una mesa con zancos  
que no alcanzan las manos  
que se mueren de hambre,  
aunque a bombo y platillo nos pregonen.

Nacimos con los pies sobre la tierra,  
pero hemos granado  
dentro de un arco iris.  
Y somos astronautas  
a los que hicieron trizas  
las riendas del regreso,  
consumiendo los neutros combustibles  
que transportan los fraudes.  
¿Y quién ha puesto  
la primera piedra  
para darnos de baja  
en nuestro empeño  
de paneles solares?  
Elegid cualquier sitio.  
Nunca podréis llevarnos a la boca.  
La muerte nos espera.  
Y vosotros morís a nuestro lado,

casi en las yemas de los dedos,  
súbditos de la patria del olvido.

Basta ya de estadísticas  
expresadas con números  
de los que oyen llover bajo cubierto.  
Basta ya de guarismos  
de años luz de justicia que no llega,  
Basta ya de que sean cementerios  
las cunas de la tierra en que nacimos.  
Basta ya de encenderles mariposas  
a los que asesinamos a mansalva  
mientras se sacian los gorgojos.

### ELEGÍA DEL FRIJOL

*Nuestra, Neruda, la noche*

Cómo me duele  
este riñón de grajo  
al que no le recetan  
hervir en las cocinas.  
Cómo agarra la noche  
en mi cara de túnel  
sin tener la amistad  
del carbón encendido.  
Nadie lo creería  
viviendo sobre el ascua  
del amor y del odio  
igual que un guerrillero.  
Toda mi angustia pide  
una Sierra Maestra,  
Che Guevara;  
ser el punto de mira  
de bocas y de ombligos  
o convertirme en plomo  
de fusil en tu mano,

en silbo de una bala,  
lenguaje contundente  
con que se llega ahora  
al corazón del hombre.  
Los niños retadores,  
los niños siniestrados,  
los niños que me arden,  
los niños que me apremian.  
Cómo desearía  
dar jaque mate al hambre  
jugando una partida  
de ajedrez con sus dientes.  
Aunque parezca el negro  
borrón de mis hermanos  
mi dolor llega al rojo  
y al blanco de la ira,  
color universal  
que unifica arco iris  
de infancias que se mueren  
en un corro de lágrimas.

Que no me siembren más  
en páramos de luto:  
germinaré un infierno  
de truenos y relámpagos.  
No quiero ser gatillo  
de pólvora de hieles,  
blasfemia de abundancia  
del paladar de nadie.  
Sembradme en una mano.  
Quiero ser alimento  
de los que necesitan  
masticar las auroras  
y sentir cómo irrumpe  
su sangre en la mañana.  
Mi muerte será entonces

la alegría  
del aire en sus cabellos.

### ELEGÍA DEL ARROZ

*a María Belén y a Federico*

No me miréis tan grano felicísimo,  
aunque quepa en un hoyo de viruela  
tengo más soledades que un desierto.  
Me han convertido en flor de escaparates,  
en cascadas de anuncios luminosos,  
en cupos de una noche de caínes  
contra un día de luz que Abel se llama.  
Desde la cuna, con el agua al cuello.  
De nada me ha servido  
mi niñez de albufera,  
mi gatear de espiga,  
mi dentición de leche.  
A mí mismo no puedo devorarme,  
soy ese desterrado  
que clama por el cielo de una boca.  
Me castigan con motes que no entiendo;  
dicen que soy candor, alba, inocencia  
y tantas cosas más: las camisillas  
con que la nieve escayoló mi cuerpo.  
No crezco ante el castigo. Si creciera  
sería un Himalaya a estas alturas. ▽

Abridme las compuertas,  
dejadme ser un río.  
Cómo me dais envidia,  
cubos de la basura.  
Vosotros recogéis lo ya inservible,  
lo que tuvo una infancia y una muerte,  
lo que cumplió su vida,  
pertrechos que ya vieron el alba y el ocaso.

Pero yo nazco muerto  
aunque llene los trojes y los trenes  
que no conducen a ninguna parte.  
Sólo soy un payaso  
que no encuentra  
ojos donde llorar.  
Y más que una semilla  
soy hambre embalsamada,  
un robot al que ordenan  
ignorar a los fuegos salvadores,  
los fuegos que subliman los calderos,  
los fuegos camaradas  
del aceite y la sal,  
los fuegos que humanizan  
manos y gestos, piernas y miradas.  
Quiero, quiero encarnarme,  
dormir la noche y respirar el día  
en un cuerpo que ame y que confie.

No les tiréis a los reciencasados  
la pocilga que alberga mi blancura,  
que cada grano mío es la protesta  
contra esta sinrazón de la abundancia  
que deja el techo abierto a la injusticia  
para talar las rondas infantiles  
que cantan a una patria sin fronteras  
con música de bosques y de ríos.  
No me tiréis a los reciencasados  
que llevo un hijo muerto en las entrañas.

### ELEGÍA DE LA LENTEJA

*a Rafael Alberti*

Ciega de soledad, ciega del todo.  
Quién me iba a decir  
que la verde pupila de mi infancia

tendría por calvario  
este punto y aparte  
en el que ahora vivo.  
Encarcelada estoy,  
ni al revés ni al derecho tiene enmienda  
mi abeja sin panal.  
Nado siempre en el fondo  
del rancho de los presos.  
Un plato con las niñas de mis ojos.  
Fue lo último que vi. Desde ese instante  
ni una brizna de luz.  
Yo misma soy un plato en miniatura,  
la matriz de una lágrima  
que no puede salir de su agujero.  
¡Qué lejos ya la vaina de mis párpados  
y su raíz de lluvia!  
Entonces no sabía de secuestros,  
de que pudieran marginarme  
a ceguera perpetua.  
Da pena que me impidan  
emborronar palotes  
en los dientes de un niño  
y vender lotería por las calles  
para dar de comer a las tinieblas.  
Estoy a ras de aquellos que miraron  
la libertad  
sin convenciones de ahumadas lentes,  
tendiendo en los petates  
nudos de angustia y nanas de cebolla.  
  
Cogedme de la mano,  
lazarillos del viento,  
para llegar hasta vosotros,  
rehenes de los bosques y los mares,  
y acabar triturándome en mandíbulas  
que mascan las raíces de la muerte

en las tierras sin patria del olvido.  
Cogedme de la mano  
para resucitar a los sepulcros  
en donde yace viva la ceguera  
de todos y de nadie.

### ELEGÍA DEL TRIGO

*a Ricardo Senabre*

Nací siendo una idea  
y en un vaivén de acordeón crecía  
germinando mi frente  
una fraternidad de mar y cielo.  
Traía de la noche de la nada  
mi corazón de estrella,  
ya vencidas  
las discordias del fuego,  
los trogloditas pedernales.  
No hay músculo que sea analfabeto  
a mi querencia. Soy  
creación sin tacha,  
cabezal de aleluya,  
noria de enhorabuena.  
Todos luchan por mí,  
un dios viviente  
timoneando océanos,  
esclareciendo minas,  
enjalbegando penas,  
un dios que nunca deja de estar vivo  
y que llaman el pan de cada día.  
Y ahora estoy en medio de las gentes  
subrayando  
los signos de un zodiaco de amarguras,  
casi discriminando servidumbres  
de mis ancestros siderales.

Mi zurco de harina  
arrulla las fronteras.  
Todas las patrias  
cabén en mi seno,  
patrias que canten, besen y forniquen,  
se den la mano,  
fumen y conversen  
bajo un olivo de palomas.  
Así es como me quiero,  
nunca en el parador de la impotencia  
de silos y mazmorras.  
Odio,  
odio por toneladas  
la camisa de fuerza que me impide  
aletear los huesos de los niños,  
hozar mi miga por sus vientres,  
tornear en la concha de su oreja  
mi crujiente mejilla,  
ser viento de su sangre  
moviendo los visillos de sus sienes  
y troquelarme en júbilo de sexos  
muslos abajo de los ríos,  
aguas arriba del amor.

Soy alma universal, pero no puedo  
saltar con mis espumas  
riscos de nombres propios  
escritos con mayúsculas  
de fillos de puñales.  
Y lo mejor de mí se queda fuera  
de los cuadros sinópticos  
en los cuales entierran los tecnócratas  
los bostezos del hambre sobre el nivel del mar.  
No caminan mis pies.  
Me engranan a relojes sin tic tac,  
me vendan la conciencia,

me inmolan en palacios  
donde celebran juntas los halcones  
y hablan de mí como si fuera otro,  
endomingados de solemnidades.  
Y me obligan a piel de cocodrilo,  
pasto sin comensales,  
balas que matan sin herir,  
todos los artilugios que destruyen  
mi vuelo enamorado.  
Gracias, ratón, que vienes a morderme  
burlando lodazales  
de dólares y libras.  
Gracias por convertirme  
en parte de ti mismo.  
Al menos tú redimes  
mi cuerpo a dentelladas.

### ELEGÍA DEL GARBANZO

*a Federico Carbajo*

Dadme gorra y macuto,  
quiero ser miliciano,  
combatir por los parias  
de todos los países  
y defender los fueros  
de mi tribal progenie,  
incluso los garbanzos  
negros de la familia.  
No he de rendir las armas  
ante los alaridos  
de un invierno de lobos  
y si me aprieta el hambre  
requisaré gallinas  
en el huerto del cura  
o en casa de los ricos.  
Si un día me colgaran

no será por mi culpa.  
Dios le da a cada quisque  
una piedra y un palo  
y a los dones de Dios  
no les vuelvo la espalda,  
los empleo en la forma  
que me dicta mi almario  
y es nadie la justicia  
para pedirme cuentas.

No bajaré la guardia  
mientras haya quien coma  
la olla de cocido  
que se cuece en el pecho  
de la hoguera en que ardo.  
Alto daré al camino  
que descansen a la sombra,  
alto a las torrenteras  
que no vayan deprisa,  
alto a los mercaderes  
y al lucero del alba,  
alto a los que consientan  
que los frutos desnudos  
del terrón de la vida  
se los lleve el pedrisco  
de las malas entrañas.  
Tuve también mi novia,  
una verdad de carne  
a la que condenaron  
a derribar los cuatro  
muros en que vivía  
y a recubrir de sal  
el sitio que ocupaban  
para que ni la hierba  
pudiese recordarnos.  
Se conoce que el código

no se anda con remilgos  
en tocar a rebato  
y apagar corazones.  
Pero a pesar de todo  
me conservo en mis trece  
y a todos los fusiles  
pondré balas de urgencia  
para que se apresuren  
a cazar alimañas  
con sombreros de copa  
y conducta de espino,  
con braguetas que esconden  
tizones de los diablos  
y que todo lo ensucian  
con melosas palabras.

Cuando llegue mi hora  
repartiré mi muerte  
entre aquellos que sufren  
hambre y sed de garbanzo.  
Mi redondez de buey,  
a los vientres que rumian  
un silencio de ombligo;  
mi piel, a los que visten  
agujeros de aire;  
las alas de mis sueños,  
a los desangelados.  
Y a los inmoladores  
de millones de niños  
los salitres que exudo  
mientras me recolectan.  
No olvidéis, sin embargo,  
el perfil de mi cara,  
la nariz que olfatea  
en el alma de todos  
mi propia rebeldía,

bien cosida al macuto  
del que nunca se rinde.  
Lo juro por mi gorra  
y honor de miliciano.

### ELEGÍA DE LA JUDÍA

*a Danielle Sotto*

Y para qué mi traje de enfermera  
si soy ingravidez  
de astronauta en la Luna.  
Para qué mi belleza  
de Venus mutilada  
si mi estéril regazo  
no puede dar a luz más que la nieve,  
los canutos de nieve de la muerte.  
Miradme desangrada en mi blancura,  
madre a la que condenan que sus hijos  
sean divisas de un tesoro helado.  
Con la vida aplazada  
a muchos grados bajo cero,  
conejillo hibernético,  
ojos de estatua,  
leo el texto vacío  
de un corazón sin nadie.  
Pero el hambre del hombre  
no es para congelar,  
sería glaciación sin precedentes  
en los anales del planeta.  
Todo me lo han quitado:  
mi bondad de aspirina,  
mi sonrisa de menta.  
Sólo un lingote de mutismo,  
un ovario de ventisquero  
duermen ahora en mí.

Oh colmillos montados al desgaire,  
rayos de sol descalzos en las cunas del frío,  
ya nunca más podré  
escayolar sus rotas alegrías,  
auscultar el *tam tam* de las escarchas  
en su piel de tambores golpeados,  
arponear los globos en que sube  
el simún de la fiebre,  
tantos y tantos traumas de las noches  
que pudren claridades.  
Ni siquiera las gráficas,  
el espejo en que miro  
las pestañas  
de la desolación.  
Ved qué lejana estoy, qué remotísima  
de volver a nacer  
y tocar nuevamente mis dinteles.  
Cuántos largometrajes de pasillos  
para llegar al fin,  
salir a zonas libres  
entrando en vuestras bocas de la mano.  
Mientras,  
volviéndome la espalda,  
bosques y mares siguen dando vueltas  
alrededor de mi lágrima de hielo.

### ELEGÍA DEL MAÍZ

*a Telesforo Fuentes Suárez*

Yo no soy ese grano al que acicalan  
con carnes y mariscos  
y sirven a la mesa camareros  
que aprendieron el paso  
ritual de la sonrisa,  
sino el peón de brega al que rasuran  
el mechón de la barba y desarropan,

ese descamisado sin padrinos  
que se bebe la luz y el aire en cueros,  
aunque a veces me duelan las caderas  
de tanto trabajar mis agonías  
y granar mi mendrugo de borona  
en las mazorcas del silencio.  
Menos mal que soy gallo de pelea  
y no me tiembla el pico  
hasta dar con la herida en que termine.  
¡Viva el sol! Sea él quien me deje  
la quietud de la muerte  
tatuada en las costillas.  
Pero antes quiero ser  
cotufa  
reventando  
en un gran tostador de mar con viento.  
Que me arranquen las muelas en las islas  
y me hagan gofio de verdad y molienda,  
solo o con la cebada  
y su cola de alpisa  
o con mi amigo el trigo  
y sus dientes de oro.  
No quiero, no, el verdor de los maizales,  
recordar los machetes de la infancia  
que les sacaron filos a mis hojas.  
Me quiero en el cetrino  
rostro de las llamadas,  
transportado en los hombros de los indios,  
apretando mis penas con las suyas.  
Que me frangollen los desheredados.  
Y sin decir adiós ni a la tristeza,  
este grano que soy muere sangrando,  
solidario del hambre de los niños,  
muy cerca de mi propia lejanía.

## ELEGÍA DE LA ARVEJA

Redonda,  
redondísima gota  
de la movilidad.  
Tal vez por eso el más absurdo  
de los granos,  
tránsfuga y corredera  
del cojinete de las soledades,  
sin encontrar un niño en quien meterme  
y quedarme dormida.  
El descanso me huye. En ningún sitio  
mi nómada centella  
puede aparcarse sus curvas.  
Nací a salto de mata  
y el freno que pudiera detenerme  
lo perdí en el camino.  
Iba buscando vientres,  
un cálido redil que me albergara,  
convertirme en mujer de carne y hueso,  
sentir mi vida en el aval de un rostro,  
amar y ser amada  
sobre lechos de arena,  
camastros de ciudades  
y axilas de los bosques.  
Ir a donde me aguardan.  
Pero me han recluso en sus ruletas  
los saltimbanquis de la bolsa,  
los artesanos de las villanías.  
Ya mis bolas de azar,  
amaestrados perros de los circos,  
no las dejan que acierten  
el pleno de la infancia.  
Barren con sus escobas  
desde el grito mortal de los estómagos  
al ángel muerto de hambre de su guarda.

Y he de seguir corriendo tras de nadie,  
 cosiendo y descosiendo  
 la media que no llevo,  
 cántaro de una fuente  
 que me prohíbe el beso y la ternura  
 de los contaminados de esperanza.  
 Ya es hora de que acabe  
 mi fatiga de trocha  
 que no gana la meta.  
 Dejadme descansar y me sepulten  
 en bocas que maldicen  
 la triste esclavitud de haber nacido.

### ELEGÍA DEL MIJO

*a Alfonso Armas Ayala*

Yo soy el trotamundos de una noche  
 que no encuentra su día.  
 Un atleta insurgente  
 que se cayó de bruces  
 en esta mesa puesta  
 donde mis compañeros no pueden ayudarme  
 a proseguir la ruta.  
 Vienen corriendo mis zancadas  
 desde la prehistoria,  
 del tiempo en que las flechas  
 cazaban el relámpago  
 y no se cotizaban todavía  
 las infantiles hecatombes.  
 Todo para que lloren los tobillos  
 de mi torcida oscuridad, ya inútil  
 el gamo de la sangre  
 para entregar la antorcha del relevo  
 a los talones de las claridades.

Ha visto muchas veces mi experiencia  
atrapado el cachorro de la vida  
en las fauces del hambre  
cuando las plagas se ensañaban  
en no dejarme levantar cabeza.  
Pero jamás he visto tanta orgía  
de hieles como ahora,  
la destrucción de tanta transparencia,  
aun teniéndome al lado,  
listos para el consumo mis graneros.  
Uno no sabe nunca cuándo acabe  
tanto mundo al revés.

No demando su duelo a los oasis  
poniendo a media asta sus palmeras,  
ni que el fuego despójese de llamas,  
ni toda fuente se convierta en nube,  
ni que la luz se corte los cabellos.  
Sí una huelga total de soledades  
en la que se oiga solamente un nombre  
apretado a los brazos del recuerdo,  
el nombre de aquel niño en que estuvimos,  
la voz a reacción de nuestra infancia,  
la ola del juguete que dio rumbo  
al golpe de timón que ahora somos.  
Ya mis tinieblas vuelvo,  
al tiempo en que soñaban las cavernas  
las mieles de un futuro paraíso.  
Aquí quedo, en el podio de la muerte,  
ídolo con olor a multitudes  
que, aun poniéndose en pie sobre sus tumbas,  
no llegan a tocarme con las manos.  
Sí, a mis tinieblas vuelvo,  
cogido en este cepo de abundancia.

## ELEGÍA DEL HABA

*a René L. F. Durand*

Debo haber transmigrado de otras hambres  
gemelas de las mías.  
Aunque hacia atrás no gire  
mi reloj de pulsera  
hay un sollozo en mi alimento,  
un sollozo de pulpa condenada  
a volver a nacer,  
persiguiendo la paz  
a través de naufragios en cadena.  
Y no quiero que otros  
se carguen con las muertes  
que a mí me corresponden.  
Rasgad, abrid  
el guardapelo de peregrinajes  
que ennegrecen mis nalgas.  
Encontraréis sabores  
de un hogar donde caben  
las siestas de cordero de las barrigas llenas.  
Probad, probad también la cola ausente  
del color de mi llanto,  
con espectros de ojos  
que no hallaron clemencia  
para seguir mirando a toda hora  
la herencia a gritos de la bienvenida,  
la luz que por igual se nos dio a todos,  
desde el vello del alba al adiós del silencio.  
A pesar mío tengo que embrujarme,  
hacer que lo real sea una frente  
por la que voy tejiendo tropezones,  
izando la sonrisa que se arría  
en el negro listón de mi epidermis.

En muchas ocasiones he votado  
al conjuro de otros,  
dije que sí o que no, sin adherirme  
a ningún avispero, conservando  
mi propia libertad de refugiarme  
en el descanso de una mano amiga.  
Pero ahora las manos son asilos  
de fuegos sin entrañas que no siembran  
sino los vendavales del desprecio,  
desoyendo esperanzas en pañales  
que llaman con nudillos de intemperie  
a las cerradas puertas de la vida.

Os recuerdo que soy el haba, lupa  
fugaz en que me leo  
irme apenas llegando, mis vagidos  
ya con la noche bajo el brazo,  
moneda que cotiza  
los trinos de la infancia.  
Y os recuerdo también que soy urgencia  
y que no puedo soportar más tiempo  
el hambre de los niños en que muere  
el cielo azul, el aire y la mañana.

OJOS QUE NO VEN  
[1977]

## POLUCIÓN

Ahora sí que estamos en capilla.  
Ningún juez ha firmado la sentencia  
para dejar de ver el rostro de los días,  
los cabellos del aire,  
los pies de las montañas.  
Las fábricas se salen con las suyas:  
inmolan  
lo que aún nos quedaba en el haber.  
Y la muerte produce dividendos  
en esta sociedad a tumba abierta  
que llaman de consumo.  
Hasta a la mar le duele el horizonte,  
la soledad de nuestra compañía.  
Está perdiendo el aire los pulmones,  
la mar sus esperanzas  
y los ríos sus muslos sin regazo.  
Y no digamos nada de las penas  
de quienes van la noche trabajando  
para dar con el alba.  
Haced un plebiscito.  
Y que voten los árboles  
con sus nidos vacíos,  
las aguas con sus peces flotando a la deriva,  
las desprovistas madrigueras.  
Y que voten también los desiertos,  
las islas, las arenas,  
los cestos de basura de las calles,  
el beso de los novios y los cines.  
Sí, votemos por el sueño de la vida  
los que estamos al borde de la muerte.

## REUNIÓN EN LA CUMBRE

Se habían reunido los tecnócratas.  
Iban a renovar las estructuras.  
Pusieron las palabras en invernaderos de plástico,  
enseñaron a orinar por teléfono a los astronautas,  
hicieron reformatorios para arco iris subdesarrollados,  
crearon la medalla del exterminio  
para el bosque con mejor sombra  
y otras varias especies de epifanías.  
Aplaudieron los rascacielos,  
los aviones de caza,  
las industriales humaredas.  
Pero las multitudes,  
las sirenas de alarma,  
los toros de los mares  
gritaron:

¡Penalty!

Los archipámpanos  
continuaron el juego  
con callos en el alma  
y alergia a las razones de las fuentes.  
Sólo después de oír a los eriales  
concibieron la idea del oasis  
y exclamaron:

—Se levanta la sesión  
hasta que los árboles se escriban a máquina.

Ya trancas y barrancas  
proseguimos comiéndonos  
el pan con soledades.

## CHOQUE EN CADENA

Una centella,  
después la alforja de un mendigo,  
luego un loro de frac,  
una mujer encinta  
y un faro con una guitarra.

Frenó el loro y el faro cayó de rodillas,  
se abolló la centella en la punta de un pino  
y el mendigo quedó con la espalda encordada.  
Solamente hubo un muerto en el paso de cebra:  
la libertad que indicaba el camino.

Ningún guardia de tráfico levantó el atestado.  
Lloraba, lloraba el semáforo  
su lágrima en rojo.  
Y mientras, a ciegas,  
seguía, sin aire, girando el molino.

## ORDENADORES ELECTRÓNICOS

Ya nos habían dicho  
cuántos millones de emigrantes  
viajan sobre una lágrima  
y a cómo costará  
el metro cuadrado  
de silencio en la luna.  
Tocados por efluvios  
de primaveras supersónicas  
registraron también  
los evos de años luz  
que emplea una galaxia  
en llegar al bikini de una rosa.  
Todo marchaba por lo remotísimo  
en una orgía de relámpagos.  
De súbito,  
en la esquina sin luz de la impotencia,

dieron de bruces.  
Fueron brazos caídos,  
mentes pasadas de rosca,  
desterradas más allá de los astros.  
Entonces  
diagnosticaron los profetas  
de la electricidad y el celuloide:  
—Trombosis metafísica  
a muy altos niveles.  
No hubo manera  
de conectar el vuelo de un mosquito  
a sus cerebros ultrarrápidos.  
La causa era sencilla. Se rindieron  
al calcular las penas de los hombres.

#### SOLILOQUIO A UN POETA

Sí, poeta, puedes hacer retumbar el trueno  
en los élitros de una pajarita de papel.  
Puedes abrir la jaula de la lluvia  
dejando en libertad los bofetones de tu infancia.  
Puedes embriagarte chupando  
la caña de azúcar de las evasiones,  
improvisar diabluras de cornetín de órdenes,  
decir fu a la moneda  
con que compras tus desamparos.  
Puedes despilfarrarte midiendo  
órbitas de satélites  
con la unidad de una lombriz de tierra.  
Puedes combinar los absurdos microbios  
de las cosmogonías,  
el cuello de penumbras de un patíbulo  
y hasta beber inocencia de alacranes  
en el pie torcido de una bailarina.  
Pero oye, oye, oye...  
Si no te miras con lupa de millones de años-luz

para que en cada uno de tus gestos  
anide una paloma mensajera,  
sólo camuflarás en tus palabras  
los volatines de los narcisismos,  
la momia del porvenir de tu derrota,  
el visto bueno a los espejos donde  
la esclavitud refleja tu semblante.  
Sí, poeta, no cargues con el crimen  
de abandonar el sueño en que flameas  
cerrándole las puertas de ti mismo.  
Más allá de metáforas  
la naranja del mar está esperando  
redondear el mundo de tu mano.

### JUGUEMOS AL PING PONG

De boca a boca, el vino y la sonrisa;  
de mar a mar, una amistad de río  
y una estrella fugaz de cielo a cielo.  
Juguemos al ping pong.

A tus ojos de sapo contrapongo mis cejas,  
a tus hambres contesto con millones de niños,  
a tus sombras chinescas replico con cañones  
y a tus bombas atómicas con palillos de dientes.  
Juguemos al ping pong.

Para mis alimañas tu revés de canela,  
para mis rascacielos tus llaves de yudoca,  
para tus reverencias mis piedras de la luna  
y un tren de cocodrilos para tus artimañas.  
Juguemos al ping pong.

Póngole a tus arroces tropezones de acero,  
mándale a mis satélites nidos de golondrina,  
yo le echaré a mis sopas tus yemas de bambúes  
y tú asarás al horno mis angelitos negros.  
Juguemos al ping pong.

A tus ríos opongo lagos contaminados,  
 a tus gafas de sol represalias de hormigas,  
 para tus cielos guardo cascabeles de plomo  
 y para tu descanso los potros del tormento.  
 Dejemos el ping pong.  
 De ahora en adelante  
 juguemos al amor de los amores.

#### DATOS PARA UN INFORME

Paseaban sus trajes de colores,  
 provistos de bicheros,  
 alanceando rocas fracturadas  
 —guardida de los pulpos.  
 Yo me había sacado  
 éste que entrecomillo  
 de mis íntimas mangas:  
 «Y todo su dolor izó la vela  
 en el altorrelieve de un suspiro».  
 Este pulpo, esta imagen  
 fue todo lo que pudo  
 encontrar el bichero de mi pluma  
 en aquella jornada  
 de mar y de muchachos  
 con trajes de colores.  
 Y ahora que el poema ha terminado  
 pienso en las soledades de consumo  
 —soledades pasadas a cuchillo—  
 que no contabilizan los que llevan  
 tantos por cientos de nocturnidades.

#### INVASIÓN DE CAIMANES

Se fueron hacia arriba las ciudades,  
 a los grandes espacios  
 de humo acondicionado.  
 Torres, más torres, alzatorres

contra el invierno, cortafríos,  
bufandas de metal,  
cemento a las estrellas.  
Esfumaron el rostro las personas.  
Ni sabían vivir entre las nubes  
ni podían hablar. Sólo pulsaban  
vigías automáticos,  
almudes de ascensores.  
Viviendas. Más viviendas. Catapultas.  
Hay que elevar a todos los niveles  
la esclavitud. ¡El hombre  
es lo primero!  
Y un día los titanes de la altura  
doblaron las rodillas.  
Se contaron los muertos  
a efectos estadísticos  
de establecer un «récord».  
¡Pero el alma no muere!  
Altas  
—muy altas sí, pero sin vuelo—  
tenían pies de barro las ciudades.  
Con las costillas rotas  
y el retraso mental de sus paredes  
no pudieron vencer  
a los caimanes de los socavones.

### TRIUNFALISMO

Todo subía sin hallar techumbre,  
todo era leche hirviendo.  
Los números dejaron de ser rígidos,  
los tesoneros 2 y 2 son cuatro  
promocionaron coyunturas, alentados  
por fórmulas espúreas  
de abigarradas primaveras.  
Ni jaula sin alpiste

ni barrica sin duelas.  
Los anemómetros midieron  
las vísperas de amor de las alondras,  
rayos ultravioleta se aislaron  
de la tristeza azul de un loro verde  
y una estrella con sexo de burdel  
fue coronada «miss» de la esperanza.  
Se concedieron laudos  
en la Universidad cara al futuro  
por tesis como ésta: «Semejanzas  
del tiburón y el violoncelo»,  
Los sociólogos también sentaron plaza  
de que para que un pueblo se despierte  
debe seguir durmiendo como el mármol.  
Al mejor cazador de libertades  
le dieron la medalla  
de oro del silencio  
y miles de estudiantes  
fueron apaleados  
tan sólo por decir  
que el papel de fumar no era del régimen.  
Nubes al portador se estampillaron,  
se sirvió a domicilio el desayuno  
y germinó la rosa de los vientos  
una nueva emisión de direcciones  
para ocultarle el norte a los caminos.  
Pero a pesar de tantas lentejuelas  
sólo quedó flotando en las alturas  
la diana floreada de los duelos.

#### EL FANTASMA DE LA ESPERANZA

Llegaron a la casa de la noche.  
Cada uno alumbraba  
el candil de una idea.  
Quien, había dejado

las aspas puestas al molino.  
Quien, se puso una hoja entre los dientes  
para no estar tan solo.  
Quien, amarró el silencio  
en el tronco del árbol que plantara.  
Quien, tocó la madera  
que dormía en el sueño de sus hijos.  
Conspiraban  
para tener derecho  
a vendimiar sus penas  
y no mirar con odio los callos de las manos.  
Y cada uno tuvo  
un apretón de hierro por esposa.  
Fueron sus delatores  
los perros al ladrar a su esperanza.

#### SECRETARIA DE CONSUMO

La invitan a cenar  
nubes en salsa de tomates  
y mitos con cebollas.  
Los bocadillos  
de ave de paraíso los reservan  
para tus desayunos de máquina contable  
y sexo de mochuelo o de lechuza  
según el año sea de mujer o de hombre.  
No metas el bolígrafo en el bolso.  
Déjalo con su dieta  
de números romanos.  
Ni tampoco el teléfono.  
Que se olvide de citas automáticas  
su disco de amapola  
menstruando en una mesa de formica.

El texto de tus senos y tu vientre  
los signos en vestidos taquigráficos  
cuando el sol se despierta.

Sus colores asépticos  
duran una jornada  
de paloma o de grifa.  
Todo depende del desodorante  
que florezca tu rosa de los vientos.

Luego,  
con la noche vencida,  
fuyes del anagrama de tus ropas  
y se queda al desnudo tu lenguaje  
de pan, vino y pereza.

No importa que confundas  
caderas por molinos,  
muslos por andoriñas  
y anzuelos por pestañas.  
Siempre serás la misma fumarola  
traduciendo tus mentas.

Otra vez a endosar muy señor mío,  
la ópera no cabe en mis sostenes,  
prefiero un chapuzón de roc and rol  
en la pecera de una discoteca.

Y así hasta que te rayes y procrees  
un hijo domador o domadora  
de rascacielos o de rompenieves  
si antes la CIA no te pasaporta  
a castrar morrocayos en la luna.

### HEGEMONÍA DE ARTILUGIOS

Vinieron otros bosques. Nuevos modos  
de marchitar la sombra destronaron  
las verdes celosías, las hojas que anunciaban  
artesonados ritmos.

Condenaron a muerte las espigas.  
El lavado de frondas fue absoluto

por valles y montañas y llanuras.  
 Todo lo que latiera  
 el beso de una flor  
 se vino abajo.  
 Y la tierra llenóse de andamiajes  
 que no los conmovían primaveras  
 ni seniles otoños.  
 Una sola estación,  
 a caos de espolazos, impusieron  
 los cascos industriales.  
 Orquestas de metal sinfonizaron  
 humaredas. Diagramas de aquelarres  
 enloquecieron bielas y relámpagos.  
 Cocearon las luces. Nos hundieron  
 en la pobreza de un suspiro.  
  
 Después de tanto crimen,  
 de asesinar palabras valederas  
 en aras de los plásticos,  
 encontraron un trébol  
 que se había salvado de la quema.  
 Las sojuzgadas máquinas pararon  
 viendo la libertad de aquel prodigio.  
 Y al asfalto nacieron ojos verdes  
 viendo la valentía de una hoja.

### EL MAYOR DESATINO

El campo está de luto.  
 Ni los ajos levantan la cabeza  
 ni se riza el cabello la lechuga  
 ni se tornea el pecho la cebolla  
 entre las malas hierbas que amortajan  
 las raíces de tallos y sudores.  
 Los anti apabullan. Antirrábanos  
 se cogen por las hojas antiverdes,  
 anticuerpos abonan soledades

y antiparras abrevan abejones.  
Todas las antinomias proliferan  
pantalones vaqueros  
de andar a lo que salga.  
No hay camillas que lleven estos campos  
a hospitales de urgencia  
donde remienden agonías  
y extirpen rascacielos.  
Las tierras de labor han malparido  
y son metros cuadrados de cemento  
menudeando antenas,  
sustituyendo el aire por prismas de abalorios  
y el brindis de alegría de los árboles  
por mástiles de hollines.  
Las yuntas se han uncido a los crepúsculos  
y han puesto freno a las simientes  
cerrándoles las puertas  
a la flor del trabajo,  
al crecer con holgura  
de amar epifanías  
que despabilen júbilos de dientes.  
Milimetran metáforas,  
sinoptizan augurios,  
disfrazan la razón de los terrones  
y no matan el hambre.  
Todo está sometido  
a fabricar tantos por cientos,  
a producir verbenas y artificios,  
a facturar barbechos de papeles  
Ya las mieses del pan,  
al arado y la hoz,  
a las cosechas  
que los parta un rayo.

## CARTAS EXPLOSIVAS

Ya no tenían patria  
donde plantar olivos.  
Las cordilleras anidaron  
ciempieses de radares  
y mandos invisibles dispusieron  
entrar a saco en sus asuntos.  
Amaban sus orejas de oír claro,  
sus dientes de mascar las pesadumbres.  
Eran los suyos y del viento.  
Yaun los mismos rayos  
hablábanles con tonos familiares.  
Les despojaron hasta las pestañas.  
Ya no cabían en su esclavitud.  
Reclamaron sus fueros día y noche.  
No les hacían caso.  
Palabras y palabras y palabras  
y sin llegarles la camisa al cuerpo.  
Piedras, piedras y piedras. Pedernales  
donde morir tascando rebeldías.  
Y entonces idearon,  
en nombre de su infancia secuestrada,  
certificar su muerte con sellos de correo.

## TECNOLOGÍA DE MUERTE

Ya no se necesita  
esconder los secretos  
de montar agresiones,  
introducir divorcios en los mares  
ni mechar las fronteras.  
Hasta los artefactos han perdido  
su talante de monstruos,  
sus trajes de etiqueta de ultratumba,  
sus costumbres hertzianas  
de avituallar con úlceras la noche.

Ahora se empaquetan de humanismo  
científico de porra,  
los más fetales  
descendientes del odio.  
Van a civilizar las hecatombes,  
matar el perro y acabar la rabia.  
La destrucción se ha puesto  
en mangas de camisa.  
Ha tomado los hábitos  
del aire azul y de la mano abierta,  
del beso y la caricia  
en los que nunca procreó el recelo.  
Vemos tan natural su convivencia  
como a los ojos las pestañas  
y al pájaro las plumas.  
Y un día todo saltará.  
Será un «te amo» la consigna  
que apague la cerilla en la que ardemos.

#### LA CESTA DE LA COMPRA

En el supermercado  
el pan tenía rostro de hambre.  
Miré el estercolero de los precios.  
Quise comprar acelgas.  
No había sino nubes  
diciendo adiós al prado de mis ojos.  
Las papas dormitaban de silencio  
en la cabeza de un pelicano  
y flotaba el aceite  
encima del regazo de una lágrima.  
Y hasta el buen perejil mordió el anzuelo:  
se vistió el uniforme de los zancos  
para dejar de ser el inocente  
chocolate del loro.  
Sólo vendían

amarguras de sal por todas partes,  
sal en las ramas verdes,  
sal y enojo en los granos,  
sal manufacturada  
con los emblemas de las frustraciones.  
Ya mis lares retorno  
todo mi cuerpo respirando ortigas.  
Para llenar la cesta de la compra  
sólo la rabia no tenía dueño.

### NUEVO FEUDALISMO

Los ruidos en camisa,  
los ruidos insurrectos  
ponen tributo a los latidos,  
radiografían tímpanos,  
apedrean el sueño.  
Un lazareto de estridencias  
las plazas,  
araucarias de explosiones  
las calles,  
patriotismos del trueno  
las ciudades.  
La saña del señor de horca y cuchilla  
reencarna motores,  
despilfarra magnetos,  
frunce el ceño en antenas.  
En su motocicleta  
nos allana el descanso,  
entra a saco en los nervios,  
amotina serpientes  
y convierte en huida.  
Ahora nos torturan a distancia,  
mártires inmolados  
en parrillas horrísonas  
de altisonantes basureros.

La sordera de un nuevo feudalismo  
ha puesto a mal recaudo  
el derecho a la vida.

### LA PRÓXIMA OLIMPIADA

Es la hora de las vidas salientes.  
Se han desposeído de agujeros,  
del parabrisas de las ciénagas.  
Y están confabuladas con sí mismas,  
con los fantasmas del estar muriendo  
sobre las rocas de las maldiciones.  
Los otros, los de siempre  
—burbujas en cuclillas,  
tic-tac de soledades—,  
tiran la luz y el movimiento esconden  
en la estrategia del dolor en cueros.  
Ni estrellas ni satélites los miran.  
No les ha sido dada  
la ley de tener ojos y acercarse  
a la sonrisa de la llama  
de los atletas de la libertad.

### PARIENTES ONTOLÓGICOS

Un perro de la calle,  
fiel amigo del viento y las esquinas,  
me acompañaba a veces  
a mi rincón de párvulo  
aprendiz de la mar.  
Ignoraba su nombre si acaso lo tenía.  
Era un perro de base,  
sin que un collar lo distinguiera  
ni tuviese educados los ladridos.  
Un perro que era un puro  
manantial de alegría  
y un trotador del hambre.

Uno a otro nos dábamos presencia,  
ambos nos compartíamos:  
yo despertaba en su descanso  
y él se echaba a dormir en un poema.  
Resonando de atrás,  
de las cureñas del azar del agua,  
ritmos de la igualdad, fraternizábamos  
un perro de la calle y un hombre sin fronteras,  
dos cuentagotas de la eternidad.

### ISLAS DEL DESPERTAR

Basta de ser colillas apagadas  
del cenicero de los mares.  
Omblicos de la sed,  
sólo un placer de humanidad nos puede.  
Vivimos como ardemos y pensamos,  
con nuestro sentimiento de volcanes  
y la melancolía de estar solas.  
La pirotecnia de un amor de fondo  
nos acelera el ir aunque parezca,  
de tan veloz, cronómetro parado.  
Esperar no es un fin.  
Borrón y cuenta nueva a la molicie  
de rumiar soledades.  
Nuestro matalotaje de esperanzas  
no oculta el puño de la rebeldía.  
Y hemos roto el pijama del silencio.  
Ni somos descendientes  
de una lengua cortada  
ni queremos sudar hiel y vinagre  
ni seguir siendo súbditas  
de una feria de olvidos.  
No deseamos otras pertenencias  
que no sean las alas de los vuelos.

## FIEBRE DE DESARROLLO

Se hicieron emisiones  
de sellos de correo  
conmemorando fábricas  
de sillas de montar los arco iris  
Se idearon neveras  
con culos de mujer y narices de perro.  
Se organizaron nubes de langosta  
para atracción de los turistas  
en los desfiles oficiales.  
Se extrajeron relojes de la jota,  
fibras textiles de la equis  
y terrones de azúcar de la zeta.  
Se sirvieron almuerzos de trabajo  
para trazar las siglas  
y los menús de los congresos.  
Se verticalizaron sindicatos  
para encender las velas  
contra los apagones.  
Se recogieron firmas a porrillo  
para pedir al mar que renunciase  
a los embates del mal tiempo.  
Le pusieron un *de* a los barrenderos  
y una y a los mendigos.  
Desactivaron las palabras nobles  
para que no explotasen rebeldías  
y se confabularan  
en dar gato por liebre.  
Condecoraron con espantapájaros  
la quintaesencia de las oquedades.  
Y viendo tanto énfasis,  
desde su pequeñez, reía a carcajadas  
un granito de trigo.

## RING DE LAS PANACEAS

Nadie desecha el superpasatiempo  
de cazar una esquina  
donde un cartel se rompa las narices  
escalando agresiones.  
Uvas para diabéticos,  
pisos para dormir sin pesadillas,  
quinielas de catorce resultados,  
bálsamo de curar los trópezones.  
Se modelan alianzas  
que amadrinan divorcios.  
Bebe, bebe retruécanos  
de peces de colores.  
Prueba los bocadillos de colas de sirena.  
Botas de fútbol con el gol del triunfo,  
boinas para las nubes de la lluvia,  
balas al natural,  
gatillo a la chilena,  
ciudades de escorpiones,  
tornillos para locos,  
nueva emisión de puntos cardinales,  
ministros sin cartera,  
trompos para viajar a la redonda.  
Y para las parejas sin recursos  
lentes de atolondradas esperanzas,  
lunas de miel con penes de repuesto  
y el galgo de un adiós como propina.  
Pelillos a la mar.  
Jauja se llama ahora la reoca.

## PIEDRAS DE DEMOCRACIA

Ya las movió la mar.  
No son las mismas  
piedras de ojos azules  
que miraban la sombra

de una muerta tabaiba.  
Han perdido niñez de soledades.  
Fluidas curvas despersonalizan  
su desnudez de ayer.  
Ahora es imposible proseguirlas  
en la farsa de antaño.  
Se han hecho ajuar de convivencia,  
lares de democracia.  
El pueblo de las rocas ha fundido  
rasgos sobresalientes, ha domado  
su oratoria de líder, sus atuendos  
de páramos batidos por las olas.  
Y ya no son recuerdos de picachos,  
arias de escaparates,  
sino global alianza,  
coro de multitudes.  
Y he aquí lo que dicen:  
nadie pretenda descifrarse  
fuera de los demás.  
La mar, la mar alienta  
—unidad a la intemperie—  
hasta en la coalición de los naufragios.

# HACIA LA LIBERTAD

[1978]

## LOS INVENCIBLES

Van viviendo una idea,  
el puro tránsito  
de fraguar el camino.  
Polen de sus entrañas, hacia adentro  
su propia luz respiran.  
y no llevan el alma boca abajo.  
Sus pisadas engendran los latidos  
de la sien que los guía  
y no doblarán los paredones  
el sueño del que nacen.  
Ninguna mar les detendrá la marcha.  
Ni siquiera la muerte.  
Son los romeros de la libertad.

## EN LA TIERRA DE NADIE

En la tierra de nadie,  
entre las rocas de las despedidas  
y las vanguardias del rumor.

En la tierra de nadie,  
entre los buscapiés de los lagartos  
y el peón de ajedrez de los cangrejos.

En la tierra de nadie,  
entre el amor que sopla las arenas  
y la sed que amamanta los caminos.

En la tierra de nadie  
entre el ladrar del hambre de los días  
y el menú de bostezos de la noche.

En la tierra de nadie,  
entre la espada y la  
entre la i-

## DABAN VUELTAS Y VUELTAS

Daban vueltas y vueltas  
como el buzo de un pez  
en su rueda de vidrio.

Daban vueltas y vueltas  
como los timoneles  
de barbadas espumas.

Daban vueltas y vueltas  
como las andoriñas  
de los tirabuzones.

Daban vueltas y vueltas  
como gajos de sombra  
en un reloj de arena.

Daban vueltas y vueltas  
como vals de cucharas  
en un café con leche.

Daban vueltas y vueltas  
como los exiliados  
que no encuentran su patria.

## DONDEQUIERA

*Mi patria son mis amigos.*

MARÍA TERESA LEÓN

Dondequiera que mueras viviendo,  
dondequiera.  
Tomando chocolate o comiendo madroños,  
dondequiera.  
Horneando la ausencia o caminando a gatas,  
dondequiera.  
En la melancolía o en los ásperos mares,  
dondequiera.

Mirando lagartijas o rompiendo agujones,  
dondequiera.  
En el canto del gallo o en los dientes de un peine,  
dondequiera.  
Dondequiera que vivas muriendo,  
dondequiera,  
eres amigo mío,  
dondequiera.

### BALLET DE ESPERANZAS

No estamos en las nubes.  
Por detrás de nosotras  
—cartografías de las soledades—  
palademos el cristal de aumento  
de rostros que aún aguardan la respuesta  
después de haber llamado a lo imposible.  
Oímos acercarse lejanías.  
Confidencias nos hablan  
sin levantar la voz,  
que no hay puertas cerradas  
a los nudillos de la luz.  
Y estos fondos en pie, que claraboyan  
el ballet de silencios de la mar,  
no se cruzan de brazos,  
cavilan para abrirnos  
la noche en que amasamos  
el pan de la esperanza.

### SÁLVESE QUIEN PUEDA

Ahora las ciudades  
dejan por fuera el hombre.  
Son espacios felinos  
con sus cortacircuitos y sus pasos de cebra,  
donde coger la flor del horizonte  
es reparar a un cadalso.

Calles, calles y calles,  
retortijones de cemento;  
parihuelas de insomnios y vigias  
ponen a tu servicio  
monstruos aparcados,  
babeles de aspavientos.  
Yo no deseo ser sólo un inválido  
de mi rumor de intimidación,  
un preso de semáforos y anuncios  
que golpean con guantes de boxeo.  
Y he aquí dónde tengo la morada,  
en el fiel del peligro,  
en un cilicio de perplejidades  
que te tiende sus trampas sonriendo.

### AMNISTÍA

Pido amnistía para los que llevan  
plomo en las alas, para los que han roto  
los pantalones de las pesadumbres.

Pido amnistía para el trigo limpio,  
para las frutas del amor caídas  
en los zarzales que nos aprisionan.

Pido amnistía para los que beben  
el café sin azúcar de su sombra  
y se tragan el rancho de sus penas.

Pido amnistía para los que luchan  
por tener un colchón donde descansen  
las sonrisas abiertas de sus hijos.

Pido amnistía para los fortines  
del pecho de las madres, esas patrias  
sin polución de cárceles y espinas.

Pido amnistía para los exilios  
de los que amamos, para la ternura  
de quien nos dice adiós en una carta.

Pido amnistía para el verso libre,  
para los locutorios de las rejas,  
y los taladros de las soledades.

Pido amnistía, en fin, para la sed  
de los que están buscando día y noche  
el vaso de agua de la libertad.

#### A VOZ EN CUELLO

Contra viento y marea,  
con el alma en un hilo  
entre luces y sombras,  
amo la libertad.

Contra el frío y la nieve,  
con un puñal clavado  
entre el pecho y espalda,  
amo la libertad.

Contra cepos y rejas,  
con la pena insepulta  
entre espinas y lágrimas,  
amo la libertad.

Contra el agua y el fuego,  
con un trozo de júbilo  
entre dientes y muelas,  
amo la libertad.

Contra pitos y flautas,  
con tu mano en la mía  
entre trinos y trenos,  
amo la libertad.

Contra penas de muerte,  
con la risa de un hijo  
entre tiros de gracia,  
amo la libertad.

Contra todo pronóstico,  
 con el cuerpo dormido  
 entre sábanas blancas,  
 amo la libertad.

#### SILENCIOS A LA ESPALDA

Doy la postrer mirada  
 —ovario de abandonos,  
 escafandra de olvidos—  
 a la celda en que estuve prisionero  
 antes de retornar al aire libre.  
 Pero ahí no se quedan las paredes.  
 Sus ojeras de huérfanos caballos  
 irán siempre conmigo  
 madurando silencios.  
 Fueron mis camaradas,  
 baluartes de huracanes,  
 a los que di pedazos de mí mismo  
 para que no agrietasen ni rindiesen  
 mi techo de abrumados pensamientos.  
 ¡Oh los muros, los muros!  
 Apenas caminar, ya se levantan.

#### EL ÚLTIMO INQUILINO

¡Qué ágil se desliza  
 tu zarzal con bigotes,  
 los tres pies  
 en  
     que  
         enarcas  
 siete vidas  
 desde la escoba del medalagana!

En esta misma colección:

*Juan Andrés*

**Origen, progresos y estado actual de  
toda la literatura**

Vol. I. Estudio preliminar.  
Historia de toda la literatura.

Vol. II. Poesía.

Vol. III. Elocuencia. Historia.  
Gramática.

Vol. IV. Ciencia Naturales.

Vol. V. Ciencias Naturales. Filosofía.  
Jurisprudencia.

Vol. VI. Ciencias Eclesiásticas.  
Addenda. Onomástica.

*Juan Chabás*

**Literatura española contemporánea  
(1898-1950)**

*F. Bouterwek*

**Historia de la literatura española**

*José Lezama Lima*

**Antología de la poesía cubana**

*Manuel Milá y Fontanals*

**Estética y teoría literaria**

*Pedro Aullón de Haro (ed.)*

**Barroco**

*Juan Andrés*

**Cartas familiares  
(Viaje de Italia)**

*Pedro García Cabrera*

**Obra selecta**

Esta poesía de Pedro García Cabrera es a la vez combate y consolación. Pedro García Cabrera une lamento y alabanza; todo lo que amargamente echa de menos lo evoca como presente, acaricia sus sueños hasta que adquieren realidad. (Artur Lundkvist).

Un cántico generoso de la conciencia humana, mucho más todavía que de la esperanza de los hombres. Su rico verso se despliega con algo de la ola del mar, que invoca, y nos cubre y en cierto modo nos hace (Vicente Aleixandre).



**Gobierno de Canarias**  
Consejería de Educación,  
Cultura y Deportes



Fundación  
**PEDRO GARCÍA CABRERA**

ISBN 84-7962-330-6



9 788479 623302